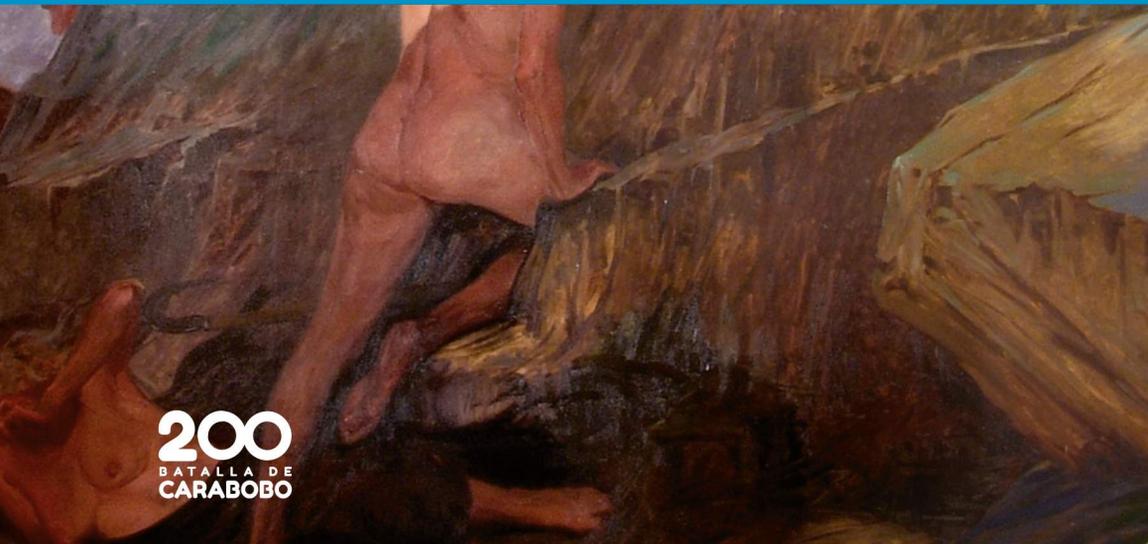




# José Rafael Núñez Tenorio

REENCARNAR EL ESPÍRITU DE BOLÍVAR  
Bolívar y la guerra revolucionaria

COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO



**200**  
BATALLA DE  
CARABOBO

**José Rafael Núñez Tenorio** Luchador revolucionario, filósofo, sociólogo, docente, ensayista. Nacido en 1933, fue uno de los principales pensadores marxistas de Venezuela y Nuestra América. Rompió en 1969 con el PCV luego de 20 años de militancia. Fue coprotagonista de la Renovación Universitaria a finales de los años 60, participó en la lucha armada contra el puntofijismo y fue encarcelado en varias ocasiones. Tomó partido por la causa bolivariana, se sumó al Movimiento Quinta República y trabajó por la candidatura de Chávez, pero murió en octubre de 1998. Escribió una gran cantidad de libros, entre los que destacan: *Introducción a la ciencia*, *Introducción a la filosofía*, *Introducción a la sociología marxista*, *El carácter de la revolución venezolana*, *Venezuela y la revolución socialista*.

«*Apoteosis del Libertador (detalle)*». Tito Salas (1887-1974).  
1929-1930. Óleo sobre tela 398 x 464,7 cm  
Casa Natal del Libertador Simón Bolívar.



**Reencarnar el espíritu de Bolívar**

Bolívar y la guerra revolucionaria

J.R. NÚÑEZ TENORIO



## COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO

---

### EN HOMENAJE AL PUEBLO VENEZOLANO

El 24 de junio de 1821 el pueblo venezolano, en unión cívico-militar y congregado alrededor del liderazgo del **LIBERTADOR SIMÓN BOLÍVAR**, enarboló el proyecto republicano de igualdad e “independencia o nada”. Puso fin al dominio colonial español en estas tierras y marcó el inicio de una nueva etapa en la historia de la Patria. Ese día se libró la **BATALLA DE CARABOBO**.

La conmemoración de los 200 años de ese acontecimiento es propicia para inventariar el recorrido intelectual de estos dos siglos de esfuerzos, luchas y realizaciones. Es por ello que la **COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO** reúne obras primordiales del ser y el quehacer venezolanos, forjadas a lo largo de ese tiempo. La lectura de estos libros permite apreciar el valor y la dimensión de la contribución que han hecho artistas, creadores, pensadores y científicos en la faena de construir la república.

La **COMISIÓN PRESIDENCIAL BICENTENARIA DE LA BATALLA Y LA VICTORIA DE CARABOBO** ofrece ese acervo reunido en esta colección como tributo al esfuerzo libertario del pueblo venezolano, siempre insurgente. Revisitar nuestro patrimonio cultural, científico y social es una acción celebratoria de la venezolanidad, de nuestra identidad.

Hoy, como hace 200 años en Carabobo, el pueblo venezolano continúa librando batallas contra los nuevos imperios bajo la guía del pensamiento bolivariano. Y celebra con gran orgullo lo que fuimos, somos y, especialmente, lo que seremos en los siglos venideros: un pueblo libre, soberano e independiente.

**Nicolás Maduro Moros**

**PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA BOLIVARIANA DE VENEZUELA**



COMISIÓN PRESIDENCIAL BICENTENARIA DE LA BATALLA Y LA VICTORIA DE CARABOBO

---

**Delcy Eloína Rodríguez Gómez**

**Vladimir Padrino López**

**Aristóbulo Iztúriz Almeida**

**Jorge Rodríguez Gómez**

**Freddy Nández Contreras**

**Ernesto Villegas Poljak**

**Jorge Márquez Monsalve**

**Rafael Lacava Evangelista**

**Jesús Rafael Suárez Chourio**

**Félix Osorio Guzmán**

**Pedro Enrique Calzadilla**



# Reencarnar el espíritu de Bolívar

Bolívar y la guerra revolucionaria

J.R. NÚÑEZ TENORIO





# Índice

- 11 Reencarnar el espíritu de Bolívar
- 13 Prólogo a la cuarta edición
- 23 A manera de prólogo
- 27 Presentación de la edición chilena
- 31 Introducción. La destrucción del mito de la democracia reformista
- 37 Capítulo 1. Reencarnar el espíritu de Bolívar
- 57 Capítulo 2. Un programa en el camino de Bolívar
- 61 Capítulo 3. La emancipación de América (Ribas en La Victoria)
- 75 Capítulo 4. La Guerra a Muerte (Ricaurte en San Mateo)
- 95 Capítulo 5. La soberanía popular (Piar en San Félix)
- 109 Capítulo 6. La guerra de guerrillas (Arismendi en Margarita)
- 133 Capítulo 7. Libertad o tiranía (Páez en Carabobo)
- 155 Capítulo 8. La Guerra Federal
- 175 Capítulo 9. La dictadura militar-latifundista
- 189 Capítulo 10. Las dictaduras militar-policíaca  
y democrático-reformista
- 199 Conclusión. Lo sustancial del mensaje transitado



# Reencarnar el espíritu de Bolívar

## Bolívar y la guerra revolucionaria

---

Este libro fue escrito en 1967, estando preso en la cárcel de la Pica (Maturín). Las circunstancias condujeron a permitirme leer solo las obras de Bolívar: los dos tomos de la Editorial Lex de La Habana (en papel cebolla), preparados por Vicente Lecuna.

La situación hoy, en 1998, ha terminado por hacer realidad lo que fue el subtítulo del libro *Reencarnar el espíritu de Bolívar*. Los sucesos del 4 de febrero de 1992 iniciaron la gesta. La creación del MBR-200 ayer y hoy de su aparato político-electoral: el Movimiento V República (MVR), con la candidatura presidencial del Comandante Hugo Chávez Frías, constituyen la reencarnación del espíritu bolivariano. Una vez más la historia nos muestra el sendero de la victoria. De allí que decidiera, en esta cuarta edición del libro –siempre agotado– cambiar el título por el subtítulo, dejando, desde luego, ahora como subtítulo el título primerizo: *Bolívar y la guerra revolucionaria*. Los procesos y los hechos están a la vista de todos. Esta reencarnación nos llevará a la V República: la democracia patriótica de nuestro proyecto político.

Una vez más, como acostumbro, espero la crítica de todos los lectores. Crítica que ya no será solo teórica, sino, al mismo tiempo, práctica; en conjunción con la actual situación política que vive la nación: el proceso electoral que llevará a la Presidencia de la República a Hugo Chávez Frías.

Caracas, mayo de 1998.

El autor.



## Prólogo a la cuarta edición

La gesta de la emancipación americana tiene en Bolívar un paladín indiscutible. Los fastos de nuestra historia fecundan los ánimos más endeble, imprimiéndoles un empeño sin par. Lastimosamente los historiadores y sociólogos, incluso aquellos que a sí mismos se denominan “bolivarianos”, no han sabido penetrar en la raíz de su figura. Cientos de libros, discursos y estatuas se han hecho y se seguirán haciendo, pero no se diseña allí la figura del héroe. Sus actos quedan pintados a una altura demasiado abstracta que intelectualizan la experiencia histórica, anonadando los espíritus. Se quedan en nubes resplandecientes, en auroras boreales, sin salpicarse los pies con el polvo de la tierra, con el lodo de la vida. Ante el niño de nuestras escuelas se abren dos mundos incommunicables: el de la historia, el pasado, los libertadores y el de nuestros días, la corrupción, la fraudecracia; con un abismo infranqueable entre ellos. No se vincula la proeza del pasado con el presente ruin. Pareciera algo aliñado con seres extraterrestres. Ni un palmo se asimila como lección, como praxis libertaria, como cultura sudada por la tierra. Por eso, cada vez, como lo desean nuestros adversarios, nos alejamos de Bolívar, justamente a través de aquellos que, inconscientes, pretenden recordárnoslo. Mas, justo ahí está el error: no se trata de recordarlo, sino de reencarnarlo en una práctica

revolucionaria que haga realidad sus proyectos de ayer. Y será así mientras los emancipadores de pasados no se vean y se sientan a través de los ojos y los sentimientos presentes.

Mientras el ánimo de nuestros hijos no se ha sacudido con la exigencia cierta de una apertura en el camino de Bolívar, todo seguirá igual; la corruptocracia que tenemos. Ese camino está expedito. La República está harta de tanta opresión, despojo y pobreza. El sendero trillado por los Libertadores absorbe a todos los venezolanos para exaltar el patriotismo. La lucha de ayer solo se asimila en los combates de hoy. No hay otra alternativa. Examinar a Bolívar en el ambiente de nuestra época es acercarlo a nosotros, animarlo de venezolanidad, foguearlo de sentimiento patrio, verlo tal cual es: en su carne y en sus virtudes, en sus vicios y huesos, en su bizarría y con sus debilidades. Este es el Bolívar que nosotros deseamos reencarnar.

¿Cómo, de unas cuantas pinceladas recoger la experiencia libertaria, para que nos guíe en los combates de hoy? Esa es la pretensión que solo parcial y débilmente, podemos ofrecer.

La primera idea fue sin duda alguna la necesidad de la emancipación de América. Si alguna batalla la plasmó con toda la carga amaneciente de su anuncio postrero, fue aquella donde la juventud caraqueña, estudiantil y rebelde, entregó su sangre, a manera de compromiso con las generaciones venideras. La Victoria (12 de febrero de 1814). Allí José Félix Ribas templó su acero con el fuego de la libertad.

Al comenzar la guerra emancipadora, el Libertador se vio obligado a sorprender al mundo con un controversial gesto doctrinario que agiganta su figura; el decreto de guerra a muerte contra los españoles y canarios, en el curso de su Campaña Admirable. Este es el segundo gran momento. La proeza soberbia de Ricaurte en San Mateo (marzo de 1814) nos simboliza esta tesis de su doctrina. Bolívar fue incansable en sostener que la soberanía reside en el pueblo. Este principio de la democracia constitucional fue norte permanente de todas sus proclamas y discursos, imprimiéndole un carácter genuinamente soberano y popular. Las jornadas heroicas de Piar en Maturín y San Félix signan la exposición

de estas ideas, tal como la conquista de Guayana garantizó echar las bases de la III República con su famoso discurso en el Congreso de Angostura. Existe un cuarto punto, pocas veces revelado y muchas veces olvidado, en la práctica y teoría militar del Libertador: nos referimos a la guerra de guerrillas y las normas y preceptos fundamentales de su doctrina y práctica militar, que brotaron de su propia experiencia bélica. La insurgencia armada en Nueva Esparta (Margarita), culminada en la famosa batalla de Matasiete (1817) y la inmoral figura de Arismendi nos sirven de símbolos de esta estrategia y táctica militar bolivariana, que luego culminarán también en la bizarra lección de las Queseras (1819).

Por último, la figura de José A. Páez, en el campo de Carabobo (24 de junio de 1821) facilita significar el principio que sintetiza la teoría política bolivariana: Libertad o tiranía, no hay otra alternativa. Se trata, pues, de una apretada síntesis teórico-práctica, en base al pensamiento y a la acción emancipadora del Libertador, que nos llama hoy a reencarnar su espíritu.

### **El evangelio de la libertad**

El camino de nuestra historia ha estado transitado de epopeyas. Ellas fueron las diferentes soluciones históricas a pujantes conflictos sociales de fuerzas, de los cuales, en su lúcida consciencia, Bolívar fue testimonio en sus momentos más estelares. Recojamos estas enseñanzas. Las tenazas dialécticas más amplias del la lucha entre el conflicto y el progreso. Todas las formas político-militar-jurídicas que pueda acarrear el combate, sus diversos modos multifacéticos, quedan sellados en este par categorial, como expresión pensativa de las relaciones, proceso y estructuras históricas. Fuerzas reaccionarias y fuerzas de avanzada, conservadoras y revolucionarias, han sido, de una u otra manera, los contendientes en el paisaje de nuestra vida republicana.

La evolución cromática de las distintas posiciones, según el momento concreto de la batalla, fue el reflejo particular de estas dos corrientes socio-históricas. Lo individual y personal, lo azaroso y subjetivo, lo condicionado y relativo,

influyendo marcadamente en el curso de los acontecimientos, no llega a tener el empuje suficiente para desviar, a favor de la libertad, la marcha objetiva de los procesos históricos. La posición más insignificante termina por tomar partido: atraso o avanzada; evolución o revolución; reforma o transformación, conservación o mutación, lo constituido y lo constituyente.

Si intentáramos sintetizar la variedad de formas, modos y maneras que esta pugna segrega a través de los siglos, nos atreveríamos a proponer, siguiendo al propio Libertador, las siguientes. En una primera fase el atraso se evidencia como barbarie y el avance como cultura. Esta contienda se expresa desde el incipiente batallar de nuestro pueblo aborígen por engendrar su “identidad” histórica. Con la conquista y la colonización no quedaron enterrados “para siempre” el salvajismo y la barbarie —como dejan entrever los ingenuos teóricos de la piratería sociológica e histórica—. Tampoco con la independencia. Menos aún con la liquidación del caudillismo militarista-feudal. Ni siquiera con el advenimiento de la penetración imperial y del democratismo reformista y representativo. La barbarie está ahí: atosigados estamos en ella. ¿Quieren más barbarie que los muertos inocentes posteriores a la insurrección acéfala del 27 de febrero de 1989? Y nuestra cultura ¿acaso no se intenta en todas las formas, la portorriqueñización de nuestra patria, gracias a los medios de comunicación social? Bolívar fue incansable en maldecir al soldado que dispara contra su pueblo y en levantar el papel de la educación, la moral y la cultura en la lucha por el avance de la patria. Y esta bandera bolivariana estuvo ceñida a las aspiraciones más sentidas del pueblo venezolano. Hela ahí:

...las naciones marchan hacia el término de su grandeza con el mismo paso con que camina la educación. Ellas vuelan si esta vuela, retrogradan si retrograda, se precipitan y hunden en la oscuridad si se rompe o absolutamente se abandona<sup>1</sup>

---

[1]\_ S. Bolívar. *La Instrucción Pública*. 1825, *Obras Completas*. Editorial Lex La Habana, 1947. Tomo II, p. 1291.

La población expoliada y sojuzgada consideró siempre a la cultura y la educación como un estandarte inseparable en su colisión con los poderosos. Esta conjunción no es casual. El inmenso panorama que abarca la oposición histórica entre el atraso y el progreso cobra la forma político-social de una contradicción entre el poder tiránico y el poder del pueblo, como gustaba decir al Libertador. De allí que la opresión —española, caudillista-militarista, reformismo neocolonial— está acoplada a la barbarie, en tanto que la gesta del pueblo por la libertad se identifica con la cultura y la educación popular, democrática y patriótica. El siguiente texto bolivariano es muy citado al respecto:

Uncido el Pueblo Americano al *triple yugo de la ignorancia, de la tiranía y del vicio*, no hemos podido adquirir *ni saber, ni poder, ni virtud*. Discípulos de tan perniciosos maestros, las lecciones que hemos recibido y los ejemplos que hemos estudiado, son los más destructores. Por el engaño se nos ha dominado más que por la fuerza, y por el vicio se nos ha degradado más bien que por la superstición. *La esclavitud es la hija de las tinieblas: un pueblo ignorante es un instrumento ciego de su propia destrucción*: la ambición, la intriga abusan de la credulidad y de la inexperiencia de hombres ajenos a todo conocimiento político, económico y civil; adoptan como realidades las que son puras ilusiones; toman la licencia por la libertad, la traición por el patriotismo, la venganza por la justicia<sup>2</sup>

El opresor, no solo es un bárbaro y tipifica el atraso, sino que al mismo tiempo un tirano. Viven del sudor, de la sangre y de las lágrimas del pueblo trabajador. La naturaleza hizo a todos los hombres iguales, a pesar de sus diferencias físicas, espirituales y morales. Sin embargo el régimen político-social

---

[2]\_ S. Bolívar, *Discurso de Angostura*, 15 de febrero de 1819, Ob. cit. Tomo II, p. 1135; Cursivas nuestras.

divide a los hombres en opresores y oprimidos. Esto no responde a la naturaleza humana, sino que es un producto histórico de las luchas sociales; de allí la injusticia y la desigualdad social. La justicia social en oposición a la opresión política significa el enfrentamiento contra los opresores para que “en el futuro no habrá en Venezuela más que una clase de hombres: todos serán ciudadanos”<sup>3</sup>, según el texto bolivariano. El combate por la independencia y la libertad están indisolublemente unidos a la lucha por la justicia social. Así lo entendió nuestra primera epopeya revolucionaria gracias a Bolívar; así lo comprende hoy el pueblo venezolano, a partir de la gesta del 4 de febrero del 92. Esta es la fase actual del drama político que sacude a nuestro suelo. Ella impregna también la totalidad de nuestra lucha.

Si en el terreno económico-social el deslinde es entre el atraso, la barbarie y la opresión, como caracteres del opresor, y el progreso, la educación y la justicia, como rasgos de nuestro pueblo sometido, la expresión política principal de este antagonismo es el enfrentamiento entre despotismo y libertad. Esta es otra curva de la espiral de nuestra historia. El opresor tiene que utilizar la fuerza para mantener su dominio: el colonialismo español, dictadura militar-feudal, satrapía democrático-corrupta. El pueblo batalla por su libertad: contra el conquistador español, el militar oligarca, el civil corrupto. El enfrentamiento entre despotismo y libertad llena la superficie de la lucha; hace vibrar las fibras más hondas de los combatientes; recoge toda la carga histórica acumulada. Fue el heraldo diario de Bolívar: a cada instante, en todas partes tanto cuanto se dirigía al pueblo como a los organismos representativos y a sus soldados. Y esto no fue casual. Las primeras palabras públicas del Libertador, aquellas tamizadas por los años, en la Junta Patriótica, bastan para comprender el empuje de su convicción libertaria. Ellas solas son más elocuentes que las tres mil páginas de toda su obra. En apretada síntesis expande todo el vigor que enardece su espíritu:

---

[3]\_ *Sobre la libertad de los esclavos*, 16 de julio de 1818, *Ibíd.* Tomo II, p. 1123.

No es que hay dos congresos. ¿Cómo fomentarán el cisma los que conocen más la necesidad de la unión? Lo que queremos es que esa unión sea efectiva y para animarnos a la gloriosa empresa de nuestra libertad; unírnos para reposar, para dormir en los brazos de la apatía, ayer fue una mengua, hoy es una traición. Se discute en el Congreso Nacional lo que debiera estar decidido. ¿Y qué dicen? que debemos comenzar por una confederación, como si todos no estuviéramos confederados contra la tiranía extranjera. Que debemos esperar a los resultados de la política de España, ¿Qué nos importa que España venda a Bonaparte sus esclavos o que los conserve, si estamos resueltos a ser libres? Estas dudas son tristes efectos de las antiguas cadenas. ¡Que los grandes proyectos deben prepararse en calma! Trescientos años de calma ¿no bastan? La Junta Patriótica respeta, como debe, al Congreso de la nación, pero el Congreso debe oír a la Junta Patriótica, centro de luces y de todos los intereses revolucionarios. Pongamos sin temor la piedra fundamental de la libertad suramericana: vacilar es perdersos.<sup>4</sup>

Ningún texto tan corto pudo mostrar esta gigantesca enseñanza a través de los lustros. En cada combate por la libertad estas palabras tienen que ser nuestro evangelio.

Unidad para la lucha; lucha forjada al calor de la unidad. Esa es la orientación táctica del Libertador.

Los pliegues de la libertad no solo cubren nuestra epopeya, también medran nuestros laureles en la guerra implacable contra el vasallaje extranjero en aras de la soberanía nacional. Se augura así el despertar de la patria.

Avasallar al débil fue la tónica del colonizador poderoso. Si el movimiento emancipador de la Independencia cabalgó sobre el potro de la libertad, en nuestros días, en irremediable conexión, el movimiento revolucionario a favor de la democracia patriótica de la V República cabalga sobre las crines hirsutas

---

[4]\_ *Discurso en la Sociedad Patriótica de Caracas*, 4 de julio de 1812. *Op. cit.* Tomo II, p. 993. *Cursivas nuestras.*

del logro de la soberanía nacional. Ayer, el cebo de la independencia nacional concitó en un solo haz todas las batallas del pueblo oprimido, particularmente la conquista del poder popular que degollara el despotismo. Hoy, las exigencias democráticas, patrióticas y populares constituyen la cepa de la cual destellan en arco iris todas las contiendas de nuestra tierra, en especial la emancipación del tutelaje neocolonial. La hartura de la revolución es impresionante: la hibridez del camino, su diversidad de formas no quitan impetuosidad a la lid. Al contrario, la no acertada combinación trajinan los grandes movimientos emancipadores de nuestra historia. Y esto lo comprendía con brillo Bolívar, para quien la independencia era al mismo tiempo la libertad, la igualdad y el reino de la justicia para su pueblo. El 9 de enero de 1817, al dirigirse a los caraqueños desde su Cuartel General en Ocumare del Tuy, el Libertador fue escueto en este designio:

Yo vuelo a la cabeza de mis compañeros de armas a romper vuestras cadenas. Ya no habrá más esclavos en Venezuela. Todos los ciudadanos *serán iguales* ante la ley. La cruel España no reinará más tiempo en nuestras comarcas. *Seremos para siempre libres*, iguales e independientes.<sup>5</sup>

¡Y lo fuimos, en el naciente sol de la guerra emancipadora! Romper las cadenas de la España realista significaba el exterminio de la desigualdad entre los hombres, redimiendo a la patria de la esclavitud colonial y a los hombres de la tiranía civil. Esta exigencia fue constante:

Soldados; vosotros lo sabéis: *la igualdad, la libertad y la Independencia son nuestra divisa*. ¿La humanidad no ha recobrado sus derechos por nuestras leyes? ¿Nuestras armas no han roto las cadenas de los esclavos? ¿La odiosa diferencia de clases y colores no ha sido abolida para siempre? ¿Los bienes nacionales no se han mandado repartir entre vosotros? ¿La fortuna, el saber y la gloria no os esperan?

---

[5]\_ S. Bolívar. *A los caraqueños*. *Op. cit.* Tomo II, p. 1097. Cursivas nuestras.

¿Vuestros méritos no son remunerados con profusión por lo menos, con justicia?<sup>6</sup>

El decreto de guerra a muerte simbolizó el odio patriótico contra el vasallaje español. No hemos sido para siempre libres, iguales e independientes como lo quiso El Libertador. Pero el huracán de la revolución sigue vomitando su metralla libertadora. Estamos en otra fase de la ola redentora. Las palabras de Bolívar, ayer como hoy, continúan enardeciendo los espíritus prosélitos y nuevos paladines profanan el templo de la historia.

La ideología bolivariana no podía adelantarse a la posteridad. Pudo aglutinar lo más avanzado en el campo político, militar y cultural que existía para su época. Las preñadas pugnas económico-sociales del porvenir persistían en sus bóvedas. Basta examinar su obra con relativo detenimiento para encontrar una orientación revolucionaria y acertada sobre los diversos problemas políticos y militares. Un manantial inmensamente rico en experiencias y doctrinas palpita densamente en nuestro pasado histórico, cuyos legajos debemos estudiar.

Con la penetración transnacional actual, la lucha contra el vasallaje extranjero se trueca gigantesca. El pueblo venezolano como oprimido y el imperio foráneo y la oligarquía criolla como opresores reducen, en esencia, las fuerzas en pugna. Los gobiernos republicanos —militares o civiles— no han sido otra cosa que instrumentos del engranaje económico, social, político, militar y cultural que el sojuzgamiento neocolonial ejerce sobre la patria. Por eso, las variadas fases y pliegues de nuestro manto histórico se ven constreñidos a una nueva vestimenta que sacude su cuerpo. El dogma imperial recrudece la explotación de nuestras riquezas naturales y espirituales bajo el látigo de nuevos caporales. Ahora atraso, opresión, barbarie, expoliación, despotismo y vasallaje significan neocolonialismo, transnacionales, globalización neoliberal. Pareciera que por traición casera nuestro empeño libertario se enreda con fuerzas

---

[6]\_ S. Bolívar. *A los soldados del Ejército Libertador*. *Op. cit.* Tomo II, p. 1110. Curativas nuestras.

más ciclópeas. Las tinieblas obnubilan las mentes más perspicaces que atónitas justifican las nuevas cadenas. Pero el sudor de la tierra y de la sangre del hombre, del cielo tempestuoso, de la savia de la vida, brota de nuevo, una vez más, la audacia de héroes y del pueblo: 27 de febrero de 1989 y 4 de febrero de 1992. Se baten de nuevo los tambores, un nuevo resplandor enrojece el suelo con la sangre de los hombres y mujeres caídos en combate y los que hoy se levantan para refundar la República. Los oprimidos alzan de nuevo sus banderas y el progreso, la cultura, la justicia, la libertad, la igualdad, la emancipación sacuden con estrépito la tierra venezolana y latinoamericana. A los conflictos anteriores se agrega un nuevo antagonismo: el patriotismo contra el vasallaje extranjero pasa a ser la meta magna sobre la faz de América. Y nuestra batalla por la justicia y la igualdad se conjuga impetuosa con la divisa humano-social del pueblo y sus trabajadores. En todos brota una profunda convicción de soberanía nacional, libertad individual y justicia social. La juventud, presurosa, recoge esta bandera y acomete el choque contra el continuismo corrupto neoliberal. La República redimiendo, otra vez nace. Y la historia patria y de toda Latinoamérica se escribe con nuevas epopeyas.<sup>7\*</sup>

---

[7]\_\* Tomado de la revista *V República*, N° 3, Caracas, abril-mayo-junio de 1998, de la sección “Entre maestros y héroes”.

## **A manera de prólogo**

(Prólogo a la segunda edición)

---

Estos eran los primeros párrafos escritos en abril de 1967 desde la cárcel de La Pica (Maturín, estado Monagas), en ocasión de los esfuerzos hechos para la edición frustrada de esta obra:

“Aparte del compromiso de conquistar su libertad, un revolucionario en prisión tiene otras obligaciones insoslayables. Me refiero al estudio y la necesidad de elevar la formación cultural e ideológica, pero también contribuir a la difusión de las ideas revolucionarias. Habiendo sufrido varios años de cárcel, ¿cómo desquitarme de semejante atropello de las clases y grupos políticos dominantes y gobernantes? Este es un deber no solo revolucionario, sino simplemente humano. Esta cuestión carcome mi espíritu cada segundo de la estancia presidiaria. Y hubo solución: el presente libro”.

“Se me acusa de rebelión. Gracias a la tipificación de este delito en el Código de Justicia Militar venezolano se ha pretendido legalizar los años que tengo encarcelado. Lo menos que podría hacer, ante la responsabilidad contraída con nuestro pueblo, es defender la rebelión. Defenderla ideológicamente. Si el fondo del juicio que se me sigue son las ideas revolucionarias que profeso, nada más justo que defienda la vigencia de estas ideas...”.

Y a continuación, copiaba la introducción de la respuesta a los cargos de rebelión que debió formular el fiscal militar, pero que nunca se llegó a realizar

por la falta evidente del más pequeño indicio, aparte de una serie de irregularidades graves existentes en el expediente. “Como la opinión pública conoce, no pudieron juzgarme, y para evitar una absolución formal, sin petición de nuestra parte —y de ninguna otra—, el señor Leoni tuvo que sobreseer el juicio”.

Nuestro interés estaba centrado en la publicación de estos libros, mientras estuviese en prisión. Por razones conocidas esto no fue posible. No tiene sentido que un libro como este saliese a la luz pública estando su autor en libertad: contradicción entre la teoría y la praxis. Solo entraba en los planes —míos y del libro— su publicación estando preso... es decir, en rebeldía práctica. De las tres copias del texto, dos se perdieron, subsistiendo apenas la que guardamos, paradójicamente, en el penal. La que quisimos imprimir en el país terminó en manos de los cuerpos represivos. Una que intentamos enviar a Cuba se extravió. Recuérdese que era 1967, libre ya, a mediados de 1968, no tenía sensibilidad para editar este libro: había perdido su oportunidad histórica en correspondencia con su objetivo. Semejante frustración prohibió su publicación. No obstante, apareció segmentado en dos de sus capítulos: el histórico (“Bolívar y la guerra revolucionaria”) y el social (“Venezuela, modelo neocolonial”). El éxito de estos libros, su exigencia de reedición es lo único que explica que ahora —con vergüenza— salga a la luz un trabajo inédito completo fuera de su momento histórico-personal (mientras estuve prisionero) por la dominación del papel que pueda desempeñar hoy en la orientación política e ideológica de nuestra juventud. Valga esta sucinta explicación del lector.

La obra comprende un resumen histórico que muestre este batallar nuestro, desde el atraso en miras al progreso; a través de la barbarie, la explotación, el despotismo y el vasallaje neocolonial en aras de una patria culta, justa, libre, soberana y socialista (Bolívar y la guerra revolucionaria, libro I, capítulo I). Habrá que enfocar ese peregrinaje nuestro en busca de nacionalidad, hoy tan brutalmente alienada por el capitalismo neocolonial impuesto por las compañías del petróleo y del hierro, la embajada y la misión militar norteamericanas, como dialéctica histórica del opresor y el oprimido (Dialéctica del opresor y el

oprimido, Libro II, capítulo II y III). Pasamos luego revista a la cuestión de la justicia social, que el democratismo reformista, ni siquiera a título de engaño, ha podido levantar, por la fuerza avasallante de las cifras demográficas y económicas. Solo la revolución socialista es capaz de hacerla realidad (Venezuela, modelo neocolonial, libro III, capítulo IV). Finalmente, necesitamos examinar el problema de la crisis de la democracia en la fase artificial del despotismo reformista, dedicando algunas páginas finales a la eclosión de violencia que repercute material y moralmente en el pensamiento y en el corazón de los venezolanos (En defensa de la rebelión, libro IV, capítulos V y VI). Cerramos con unas palabras finales a título de conclusión.

Estas serían las ideas que explican la edición de la presente obra fuera de su contexto político e histórico, para lo cual fue escrita. Dentro de esta perspectiva, como siempre, esperamos la crítica de los lectores.

Caracas, octubre de 1974.



## Presentación a la edición chilena

Las guerras por la emancipación latinoamericana fueron guerras nacionales que se manifestaron bajo la forma de guerras civiles en las que, finalmente, la unión de los pueblos y de nuestro continente hizo posible la independencia política de la corona española en un largo y cruento proceso que se inició en 1810 y que culminó en la batalla de Ayacucho (diciembre de 1824), cuando el ejército latinoamericano formado por hombres de Colombia, Chile, Perú y Provincias Unidas del Río de la Plata, a las órdenes del general Sucre, quebró la última resistencia importante de la dominación española. Hoy ya nadie duda sobre el carácter nacional de la gesta de la independencia, pero muchas veces no se tiene en cuenta la forma de guerra civil que adquirió esa guerra nacional. No combatieron únicamente españoles contra criollos, sino fundamentalmente criollos contra criollos, pues estos era los que formaban los ejércitos que defendían el régimen realista. Benavides, Tristán, Goyeneche, Castro, Marquiegui, fueron jefes destacados de esos ejércitos, y aunque habían nacido en suelo americano, defendían con las armas al rey de España contra los patriotas que luchaban por la independencia. Hubo también ejemplos contrarios, españoles nativos que abrazaron la causa de la independencia y combatieron consecuentemente por las armas patriotas en todos los rincones de nuestra América; el general Arenales fue uno de esos españoles.

Los ejércitos realistas llegaron a contar con un fuerte apoyo de sectores populares en distintas zonas del continente, como sucedió en el sur de Chile, en el Alto Perú, en Perú y Venezuela. Se necesitó una larga y tenaz labor política, complementaria de las acciones armadas, para volcar a esos sectores sociales en apoyo de las fuerzas patriotas que combatían por la independencia. Un ejemplo de esta labor política fueron las campañas del general Belgrano en el Alto Perú; a su derrota militar siguió el triunfo político que fue el surgimiento de la guerra de las republiquetas, uno de los más heroicos episodios de nuestras guerras por la independencia.

Las luchas emancipadoras cumplieron su objetivo central, que fue la independencia frente a la dominación española, pero no llegaron a realizar plenamente su tarea histórica, que era la de formar en nuestro continente países de desarrollo capitalista autónomo. Todos los proyectos en este sentido fueron derrotados por la presencia de fuerzas exteriores que actuaron directamente a través de sectores sociales internos que por sus intereses de clase se pusieron al servicio de una política antinacional. Es que después de conquistada la independencia en los campos de batalla, nuevas formas de dominación, más complejas que las que había ejercido la corona española, más indirectas, comenzaron a actuar en América Latina, trabando el libre desarrollo de las fuerzas productivas internas.

El comercio exterior que nos hacía exportador de materias primas e importador de productos manufacturados, los empréstitos, los ferrocarriles, los bancos, y en general las inversiones en sectores claves de la economía, medidas que eran complementadas por agresiones directas como las francesas en México, Argentina y Uruguay, las norteamericanas en Centroamérica, las inglesas en Argentina y Centroamérica, fueron las formas en que se manifestó la nueva política de dominación, que fue un factor fundamental en el proceso de acumulación capitalista de los países avanzados que daría lugar al surgimiento de otra forma de dominación como es el imperialismo. De manera que con posterioridad al dominio español, los países de América Latina sufrieron la

interferencia exterior que se manifiesta en formas de dependencia que a su vez prepararon las condiciones para el actual dominio imperialista.

Estas luchas por la independencia, actitud constante de nuestros pueblos desde las guerras contra la dominación española, establecen la continuidad histórica entre la lucha contra esa dominación, la resistencia contra las nuevas formas de dependencia y la actual lucha de liberación nacional contra el imperialismo, que también bajo la forma de luchas civiles, por la participación de sectores sociales que son aliados del enemigo exterior, es una verdadera lucha nacional.

Ayer el objetivo político de independencia entroncaba con la democracia burguesa para formar en nuestro continente países de desarrollo capitalista independiente, y hoy esos objetivos de liberación nacional, tienen como protagonista histórico al proletariado, como clase social dirigente del resto de los sectores populares, en una política de transición al socialismo.

Esta obra del profesor de filosofía de la Universidad Central de Venezuela, J. R. Núñez Tenorio, es un análisis de la continuidad histórica de la lucha popular venezolana, que abarca desde las guerras de Bolívar hasta la guerra de guerrillas, en el que se señalan las etapas más significativas de este proceso ininterrumpido.



# Introducción

## La destrucción del mito de la democracia reformista<sup>8</sup>

El período anterior al 23 de enero de 1958 está motivado por un proceso de polarización de fuerzas cuyos determinantes políticos han sido la democracia y el despotismo. En el curso de este movimiento, el factor dominante fue el despotismo; el dominado, la democracia. Desde luego, la idea principal entre los dirigentes de las fuerzas populares y entre las propias masas en la de una democracia abstracta. Para los líderes, mezcla de reformismo y revolución, que culminará con el triunfo de la democracia representativa burguesa. Para el pueblo, sencillamente es la democracia como sistema político distinto a la tiranía y la opresión que hasta entonces habían predominado. Los polos que concentraban todas las energías del país era, de una parte, el despotismo abierto, tipificado por las dictaduras militares y terroristas, con sus caudillos macheteros; de la otra, la democracia reformista, cristalizada después de la dictadura de la democracia representativa, con sus políticos demagogos. Por eso, este proceso está signado por la lucha entre “macheteros” y “demagogos”; entre caudillos y políticos; entre el campo y la ciudad; entre militares y civiles;

---

[8]\_ Aparte 4 de “Dialéctica del opresor y el oprimido”, libro II de *En defensa de la Revolución*, del cual el presente ensayo es apenas el primer capítulo como resumen histórico.

entre las montoneras de chopos y balas y las multitudes engañadas y frustradas de las manifestaciones populares. Pueblo y hombre en un mismo destino. Esa es la historia.

Las fuerzas realmente revolucionarias participan en el polo que concentra el movimiento democrático, en un aluvión heterogéneo de posiciones diversas. Desde luego, en el campo democrático, la correlación favorece a las posiciones reformistas, del mismo modo como, a nivel nacional, predomina el agrupamiento militar-reaccionario. La fórmula o instrumento político que estas últimas fuerzas ponen en juego es la dictadura militar, tan característica de nuestra historia nacional, así como en la mayoría de nuestros pueblos hermanos de Latinoamérica: son los dictadores que “de alguna manera los han amamantado desde Washington”, según la gráfica expresión de Gallegos, una vez derrocado el 24 de noviembre de 1948. La alternativa de gobierno que la polarización democrática elevó a la consciencia de las masas del pueblo como solución es la conocida ahora y desconocida entonces democracia reformista, cuya experiencia más dilatada es posterior al 23 de enero de 1958.

Nuestra tesis principal es clara: esta alternativa de gobierno no es capaz de resolver, en las condiciones venezolanas, ni a corto ni a largo plazo, los problemas acumulados a través de siglos, el vasallaje extranjero, el despotismo terrorista, la explotación social de los humildes, la barbarie incivilizada, el atraso económico deformado. Las ruedas rechinan a pesar del aceitado engranaje de la rígida maquinaria de nuestra historia. Espasmódicos son los estallidos. Todo el esfuerzo ideológico de los demagogos reformistas persigue mostrar que existe un cambio, que se está respondiendo a las exigencias nacionales y populares, pero que hay desesperación y precipitación por parte de unos pocos “extremistas” que no comprenden que todo se logrará en su debida oportunidad. A ruedas rígidas, mentes petrificadas.

Estas dos fórmulas concretas de poder político se enfrentaron en el terreno práctico y aún teórico. Dominante la primera durante mucho tiempo, la segunda pudo calar en el ánimo y la sensibilidad del pueblo, que en actitud sincera

elevó su consciencia y su espíritu de lucha en aras de la “democracia”, sin más, en combate contra los tiranos de turno. A la hora de las elecciones, la población más atrasada entregó sus votos por aquellos que mejor supieron engañarlos. Las elecciones sirven para todo. Recuérdese el año 1952. Leoni fue electo en un cuadro de represión bestial, con dos partidos populares ilegalizados. Mucho más de medio millón de venezolanos se abstuvieron de votar, a riesgo de ser hechos presos, como protesta al fraude electoral de entonces. Actualmente se prepara el nuevo fraude continuista. Pero, de hecho, la democracia representativa demostró su incapacidad para resolver los perennes problemas nacionales.

Esta posición, esta alternativa que el imperialismo y las clases dominantes se juegan hoy ante las nuevas condiciones económicas, sociales y políticas del país —en lugar de la dictadura militar que utilizaron en el pasado—, la perfila claramente el siguiente texto de su líder por excelencia, el traidor y renegado de la revolución Rómulo Betancourt, en su obra *Venezuela, Política y Petróleo*:

Nuestra América “ha entrado en revolución”, para decirlo con palabras martianas. De un extremo a otro del continente se aprecia una caudalosa marea de insurgencia popular. Como en las naciones asiáticas y africanas; como en todas las demás áreas que sufrieron la prolongada dominación de las oligarquías antinacionales y la influencia sojuzgadora de las grandes potencias, en las que se extiende desde la frontera mexicana hasta el Cabo de Hornos, ha aflorado un poderoso movimiento redentista. La meta que persigue es la integración de un frente orgánico latinoamericano que, sin mengua de los soberanos atributos esenciales de cada una de las naciones que lo formarían, afirme y establezca en cada una de ellas el sistema representativo y democrático de gobierno, impulse el desarrollo concentrado de sus economías individuales y les permita superar su deprimida situación segundona en el campo de las relaciones internacionales.<sup>9</sup>

---

[9]\_ Citado por Gonzalo Barrios en el prólogo a *Una doctrina para la revolución democrática*. Domingo Alberto Rangel. Ed. Arte, Caracas, 1958, p. 16.

La alusión a la democracia representativa, como fórmula de gobierno de semejantes fuerzas, es evidente en el texto anotado. Tómese en cuenta el papel actual del betancourismo<sup>10</sup> como manifestación del despotismo legalizado en la presente situación histórica de América Latina, y se comprenderá entonces la función del mismo Betancourt en la estrategia general del imperialismo norteamericano, como metrópoli, respecto a nuestros países, como neocolonias, particularmente en el caso de Venezuela.

Pero el 23 de enero cierra un ciclo y abre otro en la vida política nacional. Culmina la fase de la polarización entre macheteros militaristas y demagogos politiqueros, entre dictadura militar y despotismo reformista, entre montoneras y parlamento..., para dar paso a otro proceso contradictorio: entre demagogos y revolucionarios. Esta es la nueva etapa de nuestros días. Los dos bandos de la contienda son ahora esencialmente diferentes: adquieren una cualidad nueva. Lo que no significa que no esté vigente —no propiamente por la dinámica interna, sino por imposiciones extranjeras— la espada de Damocles del dominio policial, militar y terrorista, que está sacudiendo el cono sur de nuestra América.

Ante la democracia reformista levantada por todo el consorcio de los grupos económicos, sociales, políticos, militares y culturales que hoy se asocian con el capital extranjero y la oligarquía criolla, el movimiento popular plantea como alternativa de poder la fórmula arrolladora y victoriosa en el despertar de los pueblos oprimidos del mundo: el antiimperialismo socialista. El análisis histórico y político conduce a la apreciación sensata y rebelde de que esta es la única solución de gobierno que puede encarar los diversos problemas fundamentales que acogotan al pueblo. La revolución en marcha en los países explotados,

---

[10]\_ No debe entenderse físicamente el vocablo “betancourismo”. En esencia alude políticamente a la dictadura de la democracia reformista, como fórmula de gobierno neocolonial del imperialismo yanqui sobre nuestro país, independientemente de los presidentes y gobiernos de turno.

dominados y con economías deformadas de Asia, África y América Latina, conduce en forma inevitable al socialismo. Nuestra revolución se inscribe en este contexto histórico mundial. Esta revolución es el único método acertado para resolver las agudas contradicciones que estremecen nuestras sociedades. Venezuela, situada al norte de la América del Sur, abierta al mar Caribe, con riquezas naturales de extraordinaria importancia económico-bélicas, sacudida por impetuosas, brutas, ingentes exigencias, permite como ningún otro pueblo, que la opinión pública mundial pueda observar los antagonismos fundamentales que vapulean a un país capitalista neocolonial. Por eso la revolución socialista es la alternativa obligada y necesaria que garantiza socavar de raíz las instituciones capitalistas neocoloniales que las clases dominantes se apresuran por consolidar en el país. Por eso adviene la revolución con toda su carga de violencia como eclosión objetiva, que en absoluto depende de la consciencia o la decisión de tal o cual vanguardia, sino que es un proceso irreversible que emerge del jugo mismo de la tierra. Esta revolución dirigida contra el imperialismo, la burguesía traidora y asociada y el propio latifundio, tiene como fin instaurarse en el poder para construir una sociedad genuinamente justa, igualitaria y democrática, de economía nacional e integrada, plenamente soberana y dispuesta a todo tipo de medida y tareas que aseguren su progreso y bienestar: el socialismo.

Todo el proceso de la crisis política de los últimos años ha girado en torno al eje de enfrentamiento, no ya de reaccionarios militaristas y politiqueros demagogos, sino de estos últimos y los revolucionarios y nacionalistas. Se va forjando así una capa radicalizada de las masas, compuesta fundamentalmente por la juventud, los obreros de los ranchos y cerros de las ciudades y los campesinos vecinos a los frentes guerrilleros. Este sector radicalizado del movimiento popular y democrático motoriza la lucha política en abierta discrepancia con los matarifes de la democracia reformista y bullanguera. De esta manera, el escenario mismo de nuestra historia cambia, y con él, con obligada presión, el resto del acontecer político nacional.

Una nueva polarización de fuerzas se abre paso en la arena nacional. En ella la inspiración humana de la revolución se agiganta. El culto por la libertad igualitaria y la justicia social apasiona. La lucha se inscribe en un espacio de múltiples resonancias, transformándose cada proeza en un mensaje de amor que habrá de entusiasmar al pueblo. La democracia reformista no tiene ya mensaje. Su esclerosis se ve desde lejos. Está carcomida política, moral e ideológicamente. La falta de consciencia histórica es ya un hecho. Marchan de espaldas a la verdad y a la cultura. No tienen aliento. Este es el fenómeno nuevo y original que emerge de nuestra historia. Parece imperceptible, pero existe. De allí la demanda que sacude a nuestra época: la destrucción del mito de la democracia reformista.

Nuestra revolución es portadora de un nuevo espíritu histórico para nuestro pueblo que hace volvernos a los períodos heroicos de la Independencia y la Federación. Metódicamente queremos aniquilar todas las deformaciones: la económica, la política, la cultural, la ética. La destrucción del mito del reformismo burgués, cómplice y títere del despotismo y el neocolonialismo, jalonará los episodios más importantes que quedan por ser escritos por nuestro pueblo en lo que resta del siglo XX.

De esta manera queda clara la posición del movimiento revolucionario y su alternativa de poder ante la actual encrucijada histórica. Hemos esbozado esta posición en una síntesis histórica y política en relación con las actitudes de las otras fuerzas actuantes en la vida nacional. Desde luego, hubiésemos deseado examinar con más calma la política y la doctrina del movimiento revolucionario. En lo que sigue se expone solo el enfoque histórico, como resumen que muestra ese batallar ascendente nuestro, desde el atraso en miras al progreso, a través de la barbarie, la explotación, el despotismo y el vasallaje neocolonial, en aras de una patria culta, justa, libre, soberana y socialista.

# Capítulo 1

## Reencarnar el espíritu de Bolívar

### 1. El regreso de Quetzalcóatl

En la edición de un periódico capitalino, el Jefe de Estado expone la siguiente declaración:

La guerra que hacen a la sociedad las *partidas armadas que infestan* nuestros campos y amenazan a las poblaciones, destruyendo e impidiendo la producción, y oponiéndose al *ejercicio normal de los derechos y garantías de los venezolanos*, se ha despojado de todo carácter político y es una guerra social...<sup>11</sup>

¿De quién es esta declaración? Cualquier venezolano olvidadizo de la historia podría pensar perfectamente en el doctor Leoni, o bien en el señor Betancourt, o incluso en Pérez Jiménez o López Contreras o Juan Vicente Gómez. En todos esos casos estará equivocado. Ex profeso hemos buscado la frase para anonadar al lector. Deseamos crear un impacto en su mente que le permita englobar, de una sola mirada, la constante principal que motoriza nuestra vida republicana: la contienda entre opresores y oprimidos. Esa

---

[11]\_ *El Herald*, Caracas, 9 de julio de 1861. Declaración de Pedro Gual. Destacado nuestro.

declaración fue de Pedro Gual y apareció el 9 de julio de 1861 en *El Heraldo* de Caracas. Se refería a ese formidable movimiento histórico-social de nuestra Federación: la guerra de guerrillas puesta en práctica por el pueblo venezolano contra los gobernantes de turno. Pero la frase puede tomarse con pasmosa exactitud como publicada un 19 de diciembre de 1966 en el diario *El Nacional* de Caracas, pronunciada por el presidente Leoni. ¿Qué significado tiene esa coincidencia histórica?

No somos amigos de los acertijos; menos aún de las lucubraciones y los astrologismos. Nos oponemos a toda concepción circular de la historia. Pero ello no puede impedir examinar el fenómeno en toda su crudeza: tal cual es. ¿Por qué ayer, como anteayer, como hoy, los opresores utilizan los mismos gastados argumentos para oponerse a las luchas de los oprimidos? ¿Por qué? ¿Esto no enseña absolutamente nada o, al contrario, pestañea una verdad de gigantescas letras? De esa frase se pueden obtener muchas conclusiones aleccionadoras, que permitan a la juventud y a nuestro pueblo orientarse en los actuales combates de patria, pan y libertad. En primer término nos enseña que desde Bolívar hasta hoy no ha pasado nada. Que la pugna política es siempre la misma. De un lado, unos, encaramados en el poder omnímodo de los machetes y las bayonetas; del otro, el pueblo, deplorando aletargado su postración. Una y otra vez, los nuevos ministros y encumbrados militares emergen con la banderola del cambio y el renacer de la vida del país; y, una y otra vez, la situación persiste igual en su esencia y contenido. Varía, desde luego, por la modorra misma de la historia, las formas de existencia y consciencia moral, pero enmudece el fatídico despojo del oprimido por el opresor. Es un simple producto histórico residual. Hay cambio de ropaje, obligado por las nuevas circunstancias, pero el intacto cuerpo sigue siendo el mismo. Basta desnudarlo para darse cuenta de ello, para cobrar consciencia: Cien años van desde 1861 a 1966, ¿ha pasado algo? ¿Qué ha pasado?

Estos interrogantes fecundan el surco de nuestra historia. La consciencia tiene que revelarse, cada vez con más furor. La exigencia de la revolución no es

una súplica al opresor, no es un ablandamiento de las estructuras que minan nuestra sociedad, no pretende realizar una democratización al estilo representativo formal. En absoluto. Nosotros no apelamos a la magnanimidad y generosidad del opresor. Nada de eso. El fragor de la lucha política ha calcinado ya una nueva calidad como consciencia y como realidad amaneciente. Hablamos claramente, con responsabilidad. No se puede pretender calumniar la nueva epopeya. Ni el opresor gobernante, ni las fuerzas democráticas opositoras, ni tampoco en el campo cercano del revolucionario equivocado.

Se les dice a las fuerzas democráticas opositoras —que se consideran como tales, pretendiendo diferenciarse de la reacción gobernante— que comprendan al movimiento revolucionario esclareciendo su consciencia histórica. Recapitulen. No queremos todavía que tomen el camino revolucionario. Somos cautos. Queremos que entendiendo esta posición, nos ayuden a explicarla y a justificarla. De allí nuestro deseo en mitigar el confusionismo ideológico actual. Deseamos que la línea divisoria de esta contienda quede prendida en el cielo de nuestras cabezas. Les invitamos a reencarnar el espíritu de Bolívar. Para ello tienen que desembarazarse de una y mil triquiñuelas que la cultura y la ideología del opresor han introducido sin chasquidos en sus consciencias.

No queremos la simpatía mendigada. Menos aún la execrable lasitud de la superioridad intelectual que entiende su opinión como conseja. Queremos que la revolución sea inscrita en el marco de procesos objetivos y límites históricos precisos. Basta ya de decirnos que hay precipitación, que ese no es el camino, que no debemos seguir trillando... En el fondo, no comprenden esta actitud. Y lo primero por entender es la propia debilidad doctrinal y revolucionaria de sus posiciones. No pueden al mismo tiempo estar con el oprimido y con el opresor. No cabe ambivalencia alguna. Nosotros cometemos errores. Numerosas faltas. Tenemos fallas terribles. Todo eso es verdad. De algunas de ellas, seguramente ignoramos su contenido más elemental. De otras somos en la práctica revolucionaria incapaces de subsanarlas por ahora. Pero, por encima de todas nuestras fallas y debilidades, superior a la verdad o falsedad de las

concepciones revolucionarias que enarbolamos, se cierne un hecho incontrovertible: se combate en aras de la soberanía, la justicia y la libertad.

¿Son capaces de negar esta decisión? ¿Son capaces de negar este idealismo, este romance por la patria subyugada, este sacrificio contra la ignominia? Si son capaces de eso, lo son de mucho más.

No son neutrales, entonces, en la contienda. Definitivamente están con los opresores y contra los oprimidos. Se puede tener diferencias profundas respecto al camino de la revolución venezolana. Es posible divergir en cuanto a los métodos de lucha y la táctica que se pongan en práctica. Pero no nos pueden endilgar —como lo hacen los opresores— los adjetivos de criminales, bandoleros, extremistas y aventureros. Cuando se llega a esta situación, se opera un cambio cualitativo en sus consciencias. No se trata del olvido de la historia. Tampoco de una incompreensión. Menos aún, una posición espontánea que brota con naturalidad. Nada de eso. Es una actitud consciente: plenamente clara. A sabiendas, ultrajan la veracidad de los hechos y presentan ante los ojos del mundo una realidad contraria a lo que es. Semejante posición jamás la perdona la historia. No lleguen. No se acerquen nunca a las puertas revolucionarias. No toquen en ellas. ¡Toda la fuerza de la comprensión, sensatez y bondad jamás podrá contener la pujanza del desprecio!

No solo no ha pasado nada desde Bolívar, sino que los argumentos y la ideología de las clases dominantes, la conciencia enajenada del opresor, es la misma: los revolucionarios amenazamos las poblaciones, destruimos e impedimos la producción, nos oponemos al ejercicio normal de los derechos y garantías de los venezolanos... ¡Esta es nuestra historia! No son idóneos para imaginar otros argumentos: fundados en la semieterna ignorancia de nuestro pueblo, se nos quiere presentar como la antítesis de lo que somos. Nos obligan a vivir, en síntesis extraordinaria, la misma lasitud de los asociales de toda índole: persecuciones, hambre, clandestinidad, cárcel, martirio, tortura, muerte. Pero esa realidad artificial, obligante por las fuerzas de las bayonetas, no la refleja por igual la conciencia de nuestro pueblo y sus personeros de recatada

probidad. Comprenden la diferencia. Somos la unidad de contrarios, que el propio sistema de opresión impone a unos y otros: aquellos, en endeble conciencia individual no despertada al servicio colectivo; estos, autorizados con la responsabilidad histórica de una vida entregada a la causa de los oprimidos. Esta distinción es captada. Es aprehendida por la intuición ensordecedora de las multitudes, a pesar de la propaganda, de la palabrería hueca, de los compadrazgos y las vacilaciones.

No obstante sus cantos de sirena, la revolución de los oprimidos avanza, contra viento y marea. Y es que el proceso de la praxis de la historia es poderoso. Si la frase de Pedro Gual en 1861 no desmiente las palabras de un Bétancourt o de un Leoni en el siglo XX, ¿pueden las siguientes frases de Bolívar, al referirse a la tiranía de Monteverde, después de la capitulación de Miranda, decir las mil denuncias que los patriotas venezolanos de hoy propagan contra la tiranía del gobierno? Veamos:

Súbitamente se muda Venezuela. Los edificios que resistieron a las convulsiones del terremoto, apenas bastan en Caracas y en otras ciudades para recibir las personas que de todas partes se traen aprisionadas. Las casas se transforman en cárceles, los hombres presos; el corto número que hay de canarios españoles; los soldados del déspota, las mujeres y los recién nacidos, son los únicos que se eximen. Los demás o se esconden en las impenetrables selvas, o los sepultan en pestilentes mazmorras, donde un arte criminal no permite entrada ni a la luz, ni al aire, o los amontonan en aquellas mismas habitaciones en que antes llenaban los deberes de la vida social, encontraban la alegría bajo los auspicios de la inocencia, y gozaban las comodidades adquiridas por sus sudores. Ahora, *afligidos con grillos*, despojados de sus *propiedades*, *acaban por la indigencia, la peste, la sofocación*, el sacerdote, el soldado, el ciudadano y el rústico, el rico y el miserable, el septuagenario y el infante aún no ha llegado a la edad de la razón. Los que habían estado investidos por el pueblo de la majestad soberana, fueron uncidos a cepos en el más público de todos los lugares; los más respetados personajes, atados de pies y manos, puestos sobre bestias de albarda, que despedazaron a algunos contra los ricos, peregrinaban en este estado de

unas y otras prisiones. Ancianos y moribundos amarrados duramente, apareados con veinte o treinta, pasaban un día entero sin comida, bebida, ni descanso en trepar por inaccesibles sendas... la virtud, los talentos, la población, las riquezas, el mismo bello sexo, es condenado o padece. Los delitos, la delación, los asesinatos, la brutal venganza y la miseria se aumenta. *El mismo jefe que premia a un embustero delator, desprecia o castiga al hombre firme, que se atreve a sostener el lenguaje de la verdad.* Los que acaloran sus pasiones, los que adulan su vanidad los que quieren bañarse en sangre inocente, *forman su consejo y son sus oráculos.* Así, el *sistema* de ferocidad crece gradualmente: de las perfidias, del robo y las violencias, se pasa a mayores excesos. Viendo que para su crueldad los hombres mueren lentamente en las prisiones, los llevan ya sobre los suplicios; y aún éstos exigiendo demasiado aparato, y no haciendo correr tanta sangre como desean, *se destruyen los pueblos enteros, se inventan torturas,* se prolongan los últimos dolorosos instantes de los sacrificios, por medios desconocidos hasta ahora de los genios más implacables...

...Todo cae bajo sus golpes y no han vuelto a encontrarse los que habitaban a Aragua (de Barcelona). Jamás se ejecutó carnicería más espantosa. *Los niños perecieron sobre el seno de las madres: un mismo puñal dividía sus cuellos;* el feto en el vientre irritaba aún a los frenéticos: le destrozaban con más impaciencia que el tigre devora a su presa. No solo acometían a los vivientes; se podía decir que conspiraban a que no naciesen más a ocupar el mundo.<sup>12</sup>

Ese es el cuadro dejado por Monteverde y Zuazola. ¿Acaso no es el mismo dejado por Páez, Guzmán, Castro, Gómez, Pérez Jiménez, Betancourt, Leoni, Caldera? Ese paisaje exasperó el ánimo de Bolívar y lo llevó a una convicción que jamás abandonó.

---

[12]\_ *Manifiesto a las Naciones del Mundo sobre la Guerra a Muerte.* Simón Bolívar. *Obras Completas.* Ed. Lex. La Habana, 1947, tomo II, pp. 1056-1057. Destacado nuestro.

Anhelo por el momento de transmitir este poder a los representantes que debéis nombrar; y espero, ciudadanos, que me eximiréis de un destino que alguno de vosotros podrá llenar dignamente, permitiéndome el honor a que únicamente aspiro, que es el de continuar combatiendo a vuestros enemigos; *pues no envainaré jamás la espada mientras la libertad de mi patria no esté completamente asegurada.*<sup>13</sup>

¿Se nos exime el derecho a enardecernos? ¿Acaso la libertad de la patria está completamente asegurada? ¿No es este el momento —después de tantos siglos supuestos de civilización y progreso— cuando el dogal de la opresión es aún más grotesco y deshonroso? ¿Cómo es posible que se niegue, tan siquiera, el preclaro deber de reencarnar el espíritu de Bolívar, ese clamor tan estupendo, límpido y recio de no envainar jamás la espada hasta que la libertad de la patria no esté asegurada? ¿Por qué se implora que se envaine la espada? ¿Por qué no se le miente al pueblo acerca de su libertad? ¿No hacen ustedes el mismo papel que los realistas españoles? ¿Vuestras ideas no trillan el mismo sendero de las invocadas por Zuazola y Monteverde? ¿Dónde está la patria redimida de la opresión, huérfana de la injusticia, venerable en su soberanía? ¿Dónde está? Solo el silencio de los sepulcros, de los cientos recientemente inmolados, pueden responder. Y su respuesta la recogen las puntas de las espadas redentoras.

Afligidos por los nuevos grillos de la opresión legalizada del reformismo burgués, decenas, cientos y miles de venezolanos gimen hoy bajo el yugo de la coyunda gobernante. Han sido, como antaño, despojados dolorosamente de sus pequeñas propiedades, separados de sus seres queridos, empujados a la miseria, la persecución y la cárcel. Como ayer el río de atropellos arrastra todo: viejos y jóvenes, mujeres y niños, guerrilleros y ciudadanos, campesinos y obreros, estudiantes e intelectuales. Todos marcados por el mismo signo: se les niega su derecho a luchar por la libertad, como lo hicieron nuestros

---

[13]\_ Discurso pronunciado el 2 de enero de 1814 en Caracas, *Op. cit.* tomo II, p. 1048. Destacado nuestro.

progenitores. Las cifras, los nombres, los sitios, abundan en lo reportajes, informes parlamentarios y denuncias al ministerio público que han logrado salir a flote, a pesar de la censura oficial. Se ha premiado al delator cobarde, mientras toda la fuerza de su violencia se dejó caer sobre el pecho soberbio del mártir sereno. Los opresores recurren a toda su felonía; destrucción de pueblos, torturas inverosímiles, tormentos increíbles que terminan con la muerte. Por espantosos que sean los relatos del Libertador, nada tiene que envidiar a los modernos émulos de Zuazola, los autores de barbarie de Las Brisas, Cachipo, Cabure, El Tocuyo, Yumare, y tantos otros, están inscritos ya en la historia. La lista de asesinatos, no los muertos en combate, se cuentan por centenares. Por millares los detenidos. Por decenas de millardos los perseguidos. En pocos años, la sed de sangre de los opresores es implacable, como hidra perniciosa se desparrama por nuestros suelos en acción devastadora... y la revolución, una y mil veces más, como el fénix, renace de sus cenizas.

Es pues, el mismo cuadro de la patria oprimida. Nuevas vestimentas y nuevas rasgaduras. Y la misma desnudez de nuestro pueblo. La misma nación siempre explotada. La historia pasma. Pero engrandece las conciencias. Hay que recorrerla en nuestras cabezas y en nuestra acción. A Bolívar no se le hace ningún elogio, ningún homenaje, ningún honor con estatuas, discursos conmemorativos, libros, poemas. Si el artista o el intelectual recoge la fibra de su gesta, contribuye indudablemente a esparcir su espíritu combativo. En ese marco quiere inscribirse nuestro mensaje. Pero todo ello es poca cosa, muy poca, en honor al Libertador. La actitud digna, honesta y rebelde del venezolano contra el despotismo, la barbarie, el atraso, el vasallaje, y la injusticia es el único homenaje que su figura merece. Y esto es lo que debe enseñarse en la escuela, en la familia, en los centros de cultura. La simple prédica demagógica no vale un centavo y es el peor de los males. No sigas al tribuno fogoso que ofrece villas y castillos. Sigue al ejemplo viril que en la arena de los hechos enseña mejor y más claramente que mil teorías el sendero de la revolución...; estarás, entonces, ungido del espíritu de Bolívar. Harás carne su epopeya. No

mármol, sino carne y cerebro. Y el poeta-símbolo que muere cien años después en las mazmorras gomecistas, recoge este mensaje con toda la bizarría de su sacrificio.

¡Bolívar!: Aunque vengo sin lanza y sin escudo

alta la frente, mi rodilla en tierra,

por mi patria y por mí, yo te saludo.

¡Oh genio de la paz, dios de la guerra!,

vengo a pedirte, aunque te asombres,

que redimas tu patria esclavizada;

tus hombres lloran porque no hacen nada

y no hacen nada porque no son hombres.

Resucita, levántate, camina

A un león español venció tu espada.

Con ella vence a la pantera andina.

A tu blanco corcel clava la espada

¡Vuelve, vuelve señor! Clava la espada

y liberta otra vez a Venezuela.<sup>14</sup>

Es la exigencia del regreso de Bolívar. Es la imploración al carro de la historia. Es la súplica a las fuerzas extrasubjetivas para acometer las nuevas proezas... Se invoca el espíritu de Bolívar. Su aliento libertario está en cada acción, en cada combate por la libertad. En eso consiste su reencarnación. En las ideas del mismo Bolívar, estas cargas revolucionarias semejaban dioses. Las fuerzas objetivas de la historia, el motor que hace estallar las revoluciones, quedaban

---

[14]\_ Poema comúnmente atribuido a Pío Tamayo. Advertencia: cito de memoria.

mágicamente adornadas. No se trata solo del dios de Colombia. En su famosa *Carta de Jamaica*, en extraordinaria síntesis, el Libertador alude al legendario Quetzalcóatl, que al retirarse de los suyos prometió regresar en el año Ce Ácatl (una caña) para hacer la revolución de su pueblo y conducirlo por la senda del progreso y la felicidad. Retrotrayendo la historia, es eso mismo lo que pide Pío Tamayo para la Venezuela y la Iberoamérica de nuestros días, domeñada por el imperialismo norteamericano, al invocar el nombre de Bolívar. Y la admirable síntesis, poético-revolucionaria, del pueblo-Bolívar que despierta cada cien años —en el poema de Neruda— es la imagen que hoy estremece nuestra patria y sacude toda América: vuelve Quetzalcóatl: la tierra parece sudar sangre, de nuevo braman las masas populares por la revolución.

He aquí el texto:

Los americanos meridionales tienen una tradición que dice que cuando Quetzalcóatl, el Hermes o Buda de la América del Sur, resignó su administración y los abandonó, les prometió que volvería después que los siglos designados hubiesen pasado, y que él restablecería su gobierno y renovarían su felicidad. ¿Esta tradición no opera y excita una convicción del que pronto debe volver? ¿Concibe usted cuál será el efecto que producirá, si un individuo, apareciendo entre ellos, demostrase los caracteres de Quetzalcóatl, el Buda del bosque o Mercurio, del cual han hablado tanto las otras naciones? ¿No cree usted que esto inclinaría todas las partes? ¿No es la unión todo lo que necesita para ponerlos en estado de expulsar a los españoles, sus tropas y los partidarios de la corrompida España, para hacerlos capaces de establecer un imperio poderoso, con un gobierno libre y leyes benévolas?<sup>15</sup>

Ese es el mensaje. Ese Quetzalcóatl emergió en verdad, y el pueblo venezolano fraguó a Bolívar. Y como él tantos otros: San Martín, O'Higgins, Sucre, Santander, Hidalgo, Morelos, Martí.

---

[15]\_ *Contestación de un americano meridional a un caballero de esta isla*, 6 de septiembre de 1815, Kingston. *Op. cit.* Tomo I, p. 173.

Pero hoy de nuevo Quetzalcóatl se exalta; Fidel Castro, triunfante en Cuba y los mártires de la revolución en Latinoamérica —Turcios Lima en Guatemala; Camilo Torres en Colombia; de la Puente Uceda en el Perú; Llovera y Fabricio en nuestra patria y tantos otros— hacen de nuevo realidad la mágica leyenda. ¡Esa es la historia!

## **2. El evangelio de la libertad**

El camino de nuestra historia estuvo transido de epopeyas. Ellas fueron las distintas soluciones a pujantes conflictos de fuerzas, de los cuales, en su lúcida conciencia, el Libertador fue testimonio en sus momentos más estelares. Recojamos esta enseñanza. Las tenazas más amplias del conflicto fueron la lucha entre el atraso y el progreso. Todas las formas que puede acarrear el combate, sus modos multifacéticos, quedan sellados en este par categorial. Fuerzas reaccionarias y fuerzas progresistas han sido, de una u otra manera, los contendientes en el paisaje de nuestra historia. La evolución cromática de las diferentes posiciones según el momento concreto de la batalla fue el reflejo particular de estas dos tendencias. Lo individual y personal, lo azaroso y subjetivo, lo condicionado y relativo, influyendo marcadamente en el curso de los acontecimientos, no llegan a tener el empuje suficiente para desviar la marcha objetiva del acaecer histórico. La más insignificante posición termina por tomar partido: atraso o progreso; evolución o revolución; conservación o transformación.

Si intentáramos sintetizar la variedad de formas que esta pugna segrega a través de los siglos, nos atreveríamos a seleccionar, siguiendo al propio Libertador, las siguientes. En una primera fase el atraso se manifiesta como barbarie y el progreso como cultura. Este combate se evidencia desde el incipiente batallar de nuestro aborígen pueblo por engendrar su nacionalidad. El salvajismo y la barbarie no quedaron enterrados, como dejan entrever los ingenuos de la piratería sociológica, con la conquista y la colonización. Tampoco con la

independencia. Menos aún con la liquidación del caudillismo militarista-feudal. Ni siquiera con el advenimiento de la penetración imperialista y del democratismo reformista y representativo. La barbarie ahí está: atosigados estamos de ella. ¿Quieren más barbarie que la perpetrada contra la Universidad Central el 14 de diciembre de 1966? ¿Y, con mayor evidencia, el allanamiento militar de 1970 a 1972? ¿Y nuestra cultura? ¿Qué es de nuestra cultura? ¿No se vende cada vez más, por un plato de lentejas, a las compañías extranjeras del petróleo y el hierro, al departamento de cultura de la Embajada norteamericana, intentándose una puertorriqueñización insostenible de nuestro país?

El Libertador fue incansable en sostener el papel de la educación y la cultura en la lucha por el progreso de la patria. Y esa bandera bolivariana<sup>16</sup> estuvo ceñida a las aspiraciones de las masas oprimidas del pueblo venezolano. La población explotada y sojuzgada consideró siempre a la cultura y la educación como un estandarte inseparable en su colisión contra los opresores. Esta conjunción no es casual. El inmenso panorama que abarca la oposición entre el atraso y el progreso cobra la forma político-social de un antagonismo entre opresores y oprimidos, o entre poder tiránico y poder popular, como gustaba decir al Libertador. De allí que la opresión —española, caudillesca-militar, capitalista-neocolonial— está acoplada a la barbarie y al salvajismo, en tanto que la gesta de los oprimidos se identifica con la cultura y la educación popular, democrática y socialista. El siguiente texto bolivariano es muy citado al respecto:

Uncido el Pueblo Americano, al *triple yugo de la ignorancia, de la tiranía y del vicio*, no hemos podido adquirir *ni saber, ni poder, ni virtud*. Discípulos de tan perniciosos maestros, las lecciones que hemos recibido y los ejemplos que hemos estudiado son los más destructores.

---

[16]\_ “Las naciones marchan hacia el término de su grandeza con el mismo paso con que camina la educación. Ellas vuelan si esta vuela, retrogradan si retrograda, se precipitan y hunden en la oscuridad si se corrompe o absolutamente se abandona” (Simón Bolívar, *La Instrucción Pública*, artículo 1825. *Op. cit.* Tomo II, p. 1291).

Por el engaño se nos ha dominado más que por la fuerza; y por el vicio se nos ha degradado más bien que por la superstición. *La esclavitud es la hija de las tinieblas; un pueblo ignorante es un instrumento ciego de su propia destrucción: la ambición, la intriga, abusan de la credulidad y de la inexperiencia de hombres ajenos de todo conocimiento político, económico y civil; adoptan como realidades las que son puras ilusiones; toman la licencia por la libertad, la traición por el patriotismo, la venganza por la justicia.*<sup>17</sup>

El opresor, el tirano, no solo es un bárbaro y tipifica el atraso, sino que es al mismo tiempo un explotador. Vive del sudor del pueblo trabajador. La naturaleza hizo a todos los hombres iguales, a pesar de sus diferencias físicas y morales. Sin embargo, el régimen social divide los hombres en explotados y explotadores. Esto no responde a la naturaleza humana, sino que es un producto histórico de las luchas sociales, una injusticia, una desigualdad. La justicia social, en oposición a la explotación social, significa el enfrentamiento contra los opresores y explotadores para que “en lo futuro no habrá en Venezuela más que una clase de hombres: todos serán ciudadanos”, según el texto bolivariano.<sup>18</sup> El combate por la independencia y la libertad está indisolublemente unido a la lucha por la justicia. Así lo entendió nuestra primera epopeya revolucionaria gracias a Bolívar; así lo comprende hoy el pueblo venezolano y su revolución. Esta es la otra fase del drama que sacude a nuestro suelo. Ella impregna también el conjunto de nuestra lucha.

Si en el terreno económico-social el deslinde es entre el atraso, la barbarie y la explotación, como caracteres del opresor, y el progreso, la cultura y la justicia, como rasgos del pueblo oprimido, la manifestación política principal de este conflicto es el choque entre despotismo y libertad. Esta es otra curva de la espiral de nuestra historia. El opresor tiene que utilizar la fuerza para

---

[17]\_ Bolívar. *Discurso de Angostura*, 15 de febrero de 1819. *Op. cit.* Tomo II, p. 1135. Destacado nuestro.

[18]\_ *Sobre la libertad de los esclavos*, 16 de julio de 1818. *Op. cit.* Tomo II, p. 1123.

mantener su dominio; tiranía española, dictadura militar-feudal, déspota policial-imperialista, satrapía democrático burguesa alentada por los yanquis. El oprimido lucha por su libertad: contra el conquistador, contra la España realista, contra el militar oligarca, contra el civil pro imperial. El hostigamiento entre despotismo y libertad llena la superficie de toda la batalla; hace vibrar las fibras más hondas de los combatientes; recoge toda la carga histórica acumulada. Fue el heraldo diario de Bolívar: a cada instante, en todo momento, tanto cuanto se dirigía al pueblo como a los organismos representativos y a sus soldados. Y esto no fue casual. Las primeras palabras públicas de Bolívar, aquellas, tamizadas por los años, en la Junta Patriótica, bastan para comprender el empuje de su convicción libertaria. Ellas solas son más elocuentes que las tres mil páginas de toda su obra. En apretada síntesis expande todo el vigor que enardece su espíritu:

No es que haya dos Congresos. ¿Cómo fomentarán el cisma los que más conocen la necesidad de la unión? Lo que queremos es que esta *unión sea efectiva* y para animarnos a *la gloriosa empresa de nuestra libertad*, unirnos para reposar y para dormir en los brazos de la apatía, *ayer fue una mengua, hoy una traición*. Se discute en el Congreso Nacional lo que debiera estar decidido. ¿Y qué dicen? que debemos comenzar por una confederación, como si todos no estuviéramos confederados *contra la tiranía extranjera*. Que debemos esperar a los resultados de la política de España. ¿Qué nos importa que España venda a Bonaparte sus esclavos o que los conserve *si estamos resueltos a ser libres*? Estas dudas son tristes efectos de las antiguas cadenas; ¡Que los grandes proyectos deben prepararse con calma! *Trescientos años de calma, ¿no bastan?* La Junta Patriótica respeta, como debe, al Congreso de la nación pero el Congreso debe oír a la Junta Patriótica, centro de luces y de todos los intereses revolucionarios. Pongamos sin temor la piedra fundamental de *la libertad suramericana: vacilar es perdernos*.<sup>19</sup>

---

[19]\_ *Discurso en la Sociedad Patriótica de Caracas*, 4 de julio de 1812. *Op. cit.* Tomo II, p. 993. Destacado nuestro.

Ningún texto tan corto pudo mostrar esta gigantesca enseñanza a través de los lustros. En cada combate por la libertad estas palabras tienen que ser nuestro evangelio.

1. Unidad ¿para qué? La unidad es indispensable para alcanzar la libertad y la independencia. Pero la unidad no se decreta; ella misma se hace en el curso de la lucha. Priva en el primer término de lucha. ¿Qué claridad dialéctica, decantada por la misma praxis política! La unión tiene que ser efectiva, como complemento indispensable del combate por la libertad. Pero la unión para el reposo, para la apatía, para la resignación es una mengua en momentos pacíficos y normales y una traición en situación de revolución y guerra. ¿Puede existir una conseja más clara para los revolucionarios de todas las épocas? Unidad para la lucha; lucha animada por la unidad. Esa es la orientación táctica del Libertador. A la verdad se llega

2. Discusión ¿para qué? ¿Qué se discute? He aquí otra lección. A la verdad se llega mediante la disputa ideológica. Nadie puede negar el papel de la controversia y la lucha de opiniones. Pero hay instantes de la vida real en que esta no cumple semejante cometido sino otro: su contrario. Hay momentos en que la discusión se hace para entorpecer, para obstaculizar, para ganar tiempo por parte de las fuerzas interesadas en detener el proceso revolucionario. Y esto lo comprendió Bolívar con lucidez. Cuando la revolución apremia por doquier, cómo discutir banalidades, cómo perder el tiempo y retardar la acción renovadora, cuando los minutos son siglos. No se debe discutir lo que debiera estar decidido por las exigencias prácticas del combate. Mientras la polémica teórica no arredre el impulsado activo, es plausible su desarrollo. Mas, ¡ay! cuando estorba. Entonces debe ser barrida. Discutir si nos confederamos, cuando estamos confederados de hecho. Discutir si esperamos, cuando la espera es nuestra tumba. Lo central es si hay una profunda convicción: la decisión de ser libres, cueste lo que cueste. Si la hay, marchar hacia adelante. En el mejor de los casos, la vacilación, las dudas, son los efectos de las antiguas cadenas, pero en el peor, ese es el trabajo de zapa del enemigo en el seno del

movimiento revolucionario para extenuarlo mediante la disputa estéril. De allí la consigna: vacilar es perdersnos.

3. Pugnar por la libertad. La lucha de los oprimidos contra el despotismo tiene ese norte indeleble. Por oscuridad que exista, por espontaneidad en la gesta, aun cuando la mirada esté ciega, el resplandor de la libertad logra divisarse. Y es suficiente para mantener el ardor empuñado a través de toda la lucha. No cabe indecisión en las proezas libertarias. Por gigantesca que sean, lo sustancial debe ser acometido. Trescientos años de cadenas han sido suficientes. La tranquilidad y la calma han sido encubridoras del despotismo. Mediante la fuerza, el opresor ejerce su coyunda. Yermos están los cuerpos de los oprimidos. Salir de esa pasividad y encarar con valentía el reto de los siglos constituyen el designio de la historia, cobrar la mayoría de edad, entrar en el escenario del mundo. Y esa fe jamás será enjaulada. Oprimidos, lanzamos al universo la decisión de combatir. Preferible morir para forjar un pueblo libre, que vivir en el seno de un pueblo muerto. La justicia social es vehemente. No tiembla. Un sacudimiento soberbio envuelve todos los espíritus; si se opone la naturaleza a nuestros designios, lucharemos contra ella y la haremos que nos obedezca.<sup>20</sup>

Los pliegues de la libertad no solo cubren nuestra epopeya, también medran nuestros laureles en la guerra implacable contra el vasallaje extranjero en aras de la soberanía nacional. Se augura así el despertar de la patria.

Avasallar al débil fue la tónica del opresor poderoso. Si el movimiento emancipador de la independencia cabalgó sobre el potro de la libertad, en nuestros días, en irremediable conexión, el movimiento revolucionario a favor de las libertades democráticas cabalga sobre los crines hirsutas de la liberación nacional. Ayer, el cebo de la independencia nacional concitó en un solo haz todas las batallas del pueblo oprimido, particularmente la conquista del poder popular que degollara

---

[20]\_ Bolívar, *Palabras en la plazuela de San Jacinto, sobre las ruinas del terremoto de 1812*. *Op. cit.* Tomo II, p. 994.

el despotismo. Hoy, la exigencia democrática, es la cepa de la cual destellan en arco iris todas las contiendas de nuestro suelo, en especial la emancipación de tutelaje neocolonial. La hartura de la revolución es impresionante: la hibridez del camino, su variedad de formas, no quita impetuosidad a la lid. Al contrario, su acertada combinación trajina los grandes movimientos emancipadores de nuestra historia. Y esto lo entendía con brillo Bolívar, para quien la independencia era al mismo tiempo la libertad, la igualdad y el reino de la justicia para su pueblo. El 9 de enero de 1817, al dirigirse a los caraqueños desde su cuartel general en Ocumare del Tuy, el Libertador fue escueto en este designio:

Yo vuelvo a la cabeza de mis compañeros de armas a *romper vuestras cadenas*. Ya no habrá más *esclavos en Venezuela*. Todos los ciudadanos *serán iguales* ante la ley. La cruel España no reinará más tiempo en nuestras comarcas. *Seremos para siempre, iguales e independientes*<sup>21</sup>

¡Y lo fuimos, en el naciente sol de la guerra emancipadora! Romper las cadenas de la España realista significaba el exterminio de la desigualdad entre los hombres, redimiendo a la patria de la esclavitud colonial y a los hombres de la tiranía civil. Esta exigencia fue constante:

¡Soldados! Vosotros lo sabéis. *La igualdad, la libertad y la independencia son vuestra divisa*. ¿La humanidad no ha recobrado sus derechos por nuestras leyes? ¿Nuestras armas no han roto las cadenas de los esclavos? ¿La odiosa diferencia de clases y colores no ha sido abolida para siempre? ¿Los bienes nacionales no se han mandado a repartir entre vosotros? ¿La fortuna, el saber y la gloria no os esperan? ¿Vuestros méritos no son recompensados con profusión o al menos justicia?<sup>22</sup>

El decreto de guerra a muerte simbolizó el odio patriótico contra el vasallaje español. No hemos sido para siempre libres, iguales e independientes, como

[21]\_ S. Bolívar. *A los caraqueños*. *Op. cit.* Tomo II, p. 1097. Destacado nuestro.

[22]\_ S. Bolívar. *A los soldados del Ejército Libertador*. *Op. cit.* Tomo II, p. 1110. Destacado nuestro.

lo quiso el Libertador. Pero el huracán de la revolución sigue vomitando su metralla libertadora. Estamos en otra fase de la ola redentora. Las palabras de Bolívar, ayer como hoy, continúan enardeciendo los espíritus prosélitos y nuevos paladines profanan el templo de la historia.

La ideología bolivariana no podía adelantarse a la posteridad. Pudo aglutinar lo más avanzado que en el campo político, militar y cultural existía para su época. Las preñadas pugnas económico-sociales del porvenir persistían en sus bóvedas. Basta examinar su obra con relativo detenimiento para encontrar una orientación revolucionaria y acertada sobre los diversos problemas políticos y militares. Un manantial inmensamente rico en experiencias y doctrinas palpita densamente en nuestro pasado histórico, cuyos legajos debemos estudiar.

Con la penetración imperialista, la lucha contra el vasallaje norteamericano se trueca gigantesca. El pueblo venezolano como oprimido y el imperio yanqui y la burguesía criolla como opresores reducen, en esencia, las fuerzas en pugna. Los gobiernos republicanos —militares o civiles— no han sido otra cosa que instrumentos del engranaje económico, social, político, militar y cultural que el sojuzgamiento capitalista neocolonial ejerce sobre la patria. Por eso, las diversas fases y pliegues de nuestro manto histórico se ven constreñidos a una nueva vestimenta que sacude su cuerpo. El dogal imperial recrudece la explotación de nuestras riquezas naturales y espirituales bajo el látigo de nuevos mayorales. Ahora, atraso, opresión, barbarie, explotación, despotismo y vasallaje significan capitalismo, neocolonialismo, imperialismo norteamericano. Pareciera que por traición casera nuestro empeño libertario se enredara con fuerzas más ciclópeas. Las tinieblas obnubilan las mentes más perspicaces que, atónitas, justifican las nuevas cadenas. Pero el sudor de la tierra y de la sangre del hombre, del cielo tempestuoso, de la savia de la vida, brota de nuevo, una vez más, la audacia del héroe y el pueblo. Se baten de nuevo los tambores. Un nuevo resplandor enrojece la tierra con la sangre del hombre. Los oprimidos levantan de nuevo sus banderas, y el progreso, la cultura, la justicia, la libertad y la emancipación sacuden con

estrépito el suelo americano. A los conflictos anteriores se agrega un nuevo antagonismo: enfrentar al capitalismo imperialista pasa a ser la meta magna sobre la faz de América. Y nuestra lucha por la justicia social y ciudadana se conjuga impetuosa con la divisa socialista de los trabajadores. En todos brota una profunda convicción de soberanía, libertad y justicia social. La juventud, presurosa, recoge esta bandera y acomete el choque contra el imperio extranjero. La patria redimida, otra vez nace. Y la historia de América se escribe con nuevas epopeyas.



## Capítulo 2

### Un programa en el camino de Bolívar

La gesta de la emancipación americana tiene en Bolívar el paladín indiscutible. Los fastos de nuestra historia fecundan los ánimos más endeble, imprimiéndoles un empeño sin par. Lastimosamente los historiadores y sociólogos, aún los que a sí mismos se denominan bolivarianos, no han sabido penetrar en la raíz de su figura. Sus actos quedan pintados a una altura demasiado abstracta que intelectualiza la experiencia heroica, anonadando los espíritus. Se quedan en nubes resplandecientes. Sin salpicarse los pies en el polvo de la tierra. Ante el infante de nuestras escuelas se abren dos mundos incommunicables: el de los libertadores y el de nuestros días, con abismo infranqueable entre ellos. No se vincula una proeza con la otra. Pareciera algo aliñado con seres extraterrenos. Ni un palmo se asimila como lección, como praxis libertaria, como cultura sudada por la tierra. Por eso, cada vez, como lo desean nuestros enemigos, nos alejamos de Bolívar, justamente a través de aquellos que, inconscientes pretenden recordárnoslo. Y será así mientras los libertadores pasados no se vean a través de los ojos presentes. Mientras el ánimo de nuestros hijos no sea conturbado con la exigencia cierta de una apertura al camino de Bolívar. Ese camino está expedito. Harta está la patria de la opresión y despojo. El sendero trillado por los libertadores absorbe a todos los hijos para exaltar el patriotismo. La lucha de ayer solo se asimila en el combate de hoy. No hay otra alternativa.

Estudiar a Bolívar en el ambiente de nuestra época es acercarlo a nosotros, animarlo de venezolanidad, foguearlo de sentimiento patrio, verlo tal como es: en su carne y en sus virtudes, con sus vicios y huesos, con su bizarría y con sus debilidades. Este es el Bolívar que nosotros deseamos reencarnar.

¿Cómo, de unas cuantas pinceladas, recoger la experiencia libertaria, para que nos guíe en los actuales combates? Esa es la pretensión, que solo parcialmente podemos ofrecer.

La primera idea fue sin duda alguna la necesidad de la emancipación de América. Si alguna batalla la plasmó con toda la carga amaneciente de su anuncio postrero, fue aquella donde la juventud caraqueña, universitaria y rebelde, entregó su sangre, a manera de compromiso con las generaciones venideras: La Victoria: (12 de febrero de 1814).

Allí José Félix Ribas recibió su bautismo de fuego. Trataremos de conjugar la enseñanza ideológica con el hecho ejemplar.

Al comenzar la guerra, el Libertador viose obligado a sorprender al mundo con un controvertido gesto doctrinario que agigantase su figura: el Decreto de Guerra a Muerte contra los españoles y canarios, en el curso de su Campaña Admirable. Este es el segundo corte. La proeza soberbia de Ricaurte en San Mateo (marzo de 1814) nos facilitará comentar este punto de su doctrina.

El Libertador fue incansable en sostener que la soberanía reside en el pueblo. Este principio de la democracia fue norte arrogante de todos sus proclamas y discursos, imprimiéndole un carácter genuinamente emancipador y popular. Las jornadas heroicas del soberbio Piar en Maturín y San Félix, posibilitan la exposición de estas ideas, del mismo modo como la conquista de Guayana garantizó en Angostura echar las bases de la joven república con su famoso discurso en el Congreso de Angostura.

Hay un cuarto elemento, pocas veces revelado, en la práctica y teoría militar de Bolívar; nos referimos a la guerra de guerrillas y a las reglas más importantes de táctica militar, que brotaron de su propia experiencia bélica. El desarrollo de la insurgencia armada en Nueva Esparta (Margarita), culminada en la famosa

batalla de Matasiete (1817), y la figura de Arismendi nos servirán de ejemplos, que luego culminarán en la lección bizarra de Las Queseras (1819).

Por último, la figura de José A. Páez, en el campo de Carabobo (24 de junio de 1821) facilitará exponer el principio que sintetiza la teoría bolivariana: libertad o tiranía, no hay otra alternativa. Esperamos que el lector pueda acompañarnos en esta apretada síntesis del pensamiento y la acción bolivarianos.



## Capítulo 3

### La emancipación de América (Ribas en La Victoria)

Desde la célebre *Carta de Jamaica* se había asentado en la ideología bolivariana que el destino de América estaba en su emancipación. Con pasmosa fuerza, caída la primera y la segunda república, solitario en esta isla del Caribe, Bolívar es categórico en sus juicios. Considera inevitable, producto de fuerzas objetivas insoslayables, la conquista real de la independencia americana. Se alternarán las derrotas con las victorias; podrán, incluso, dominar transitoriamente los colonizadores españoles; pero cada generación de nuevo tomará como baluarte la causa libertadora.

Ninguna fuerza humana podrá detener este proceso. Semejante convicción prueba la compenetración histórica y social que la gesta bolivariana acrisoló desde los primeros años y aún en los instantes más infaustos.

Escribe Bolívar, comenzando su carta:

El suceso coronará nuestros esfuerzos porque el destino de América se ha fijado irrevocablemente; el lazo que la unía a la España está cortado: la opinión era toda su fuerza; por ella se estrechaban mutuamente las partes de aquella inmensa monarquía; lo que antes las enlazaba, ya las divide; *más grande es el odio que nos ha inspirado la Península, que el mar que nos separa de ella*; menos difícil es reunir los dos continentes, que reconciliar los espíritus de ambos países... El velo se ha rasgado, ya hemos visto la luz, y se

nos quiere volver a las tinieblas; se han roto las cadenas; ya hemos sido libres y nuestros enemigos pretenden de nuevo esclavizarnos. Por lo tanto, la América combate con despecho; *y rara vez la desesperación no ha arrastrado tras sí la victoria.*<sup>23</sup>

¿No es este mismo odio el que se cuece hoy contra el imperialismo norteamericano en el suelo de América? Hemos sido libres, sí, pero el destino nos ha deparado una nueva esclavitud. Tenemos que arrostrar de nuevo la victoria y los clarines comienzan a trepidar los aires. Esta fe en el éxito futuro necesitamos arroparla. Para Bolívar era inconvencible. Porque los sucesos hayan sido parciales y alternados, nos aconseja no desconfiar de la fortuna. Con meridiana claridad, extrae el hecho necesario y objetivo de los percances azarosos: “En unas partes triunfan los independientes mientras que los tiranos en lugares diferentes obtienen sus ventajas, y ¿cuál es el resultado final? ¿No está el Nuevo Mundo entero conmovido y armado para su defensa?”<sup>24</sup>

Y si acaso llegasen por ventura, a triunfar, a derrotarnos; supuesta la pacificación de los vencedores a sangre y fuego —como hoy la conciben los traidores—, ¿no se levantarán de nuevo los hijos de los actuales americanos contra los opresores de hoy?; ¿no volverán a formar dentro de veinte años los mismos patrióticos designios que ahora se están combatiendo?<sup>25</sup> Semejante fe en la porfía revolucionaria remueve montañas y nos hace recordar la leyenda de Yu Kung. Y esa brega indomable por la libertad es la que necesitamos transmitir a los valientes de hoy. Es la historia y el pensamiento de Bolívar que necesitamos difundir.

El Libertador comenzó por definir el mundo americano. Por trazar sus rasgos específicos, que lo distinguían en el concierto de las naciones del universo. Pequeño género humano, con su mundo aparte. Nuevo en las artes y ciencias; viejo en los usos de la sociedad civil europea. Americanos por nacimiento y

---

[23]\_ S. Bolívar, *Carta de Jamaica. Op. cit.* Tomo I, p. 160. Cursivas nuestras.

[24]\_ *Ibidem.*

[25]\_ *Ibidem.* p. 162.

nuestros derechos en Europa, hoy en Norteamérica. Necesitamos combatir para alcanzar la libertad. La emancipación solo surge de la guerra. A través de los siglos hemos morado en la pasividad de indiferencia, pusilánimes ante el ariete de la historia. Éramos nulos políticamente, ¿Acaso no lo somos hoy cuando toda Asia, África y el mundo se levanta encomiable contra el neocolonialismo agresor? “Estábamos en un grado todavía más bajo de la servidumbre y por lo mismo, con más dificultad para elevarnos al goce de la libertad”.<sup>26</sup> ¿En qué grado nos encontramos hoy? ¿No somos simples siervos del vasallaje norteamericano? ¿El disfraz de la opresión no es aún más ignominioso? Pasivos hemos estado, pero de nuevo el corazón de Quetzalcóatl comienza a latir. Por eso, el ultraje actual al hombre, la violación de los derechos humanos en nuestra América, tiene que fenecer, tal como Bolívar lo exigió en su histórica carta.

Estos americanos reducidos a siervos del trabajo y simples consumidores tienen un promisorio porvenir. El Libertador desea para América emancipada “la más grande nación del mundo, menos por su extensión y riqueza que por su libertad y gloria”.<sup>27</sup> Estas ideas recorren una y mil veces su afiebrada mente. En el borrador de su célebre proclama a los soldados vencedores de Ayacucho, del 25 de diciembre de 1824, escribió apostrofando el escenario entero de América:

Habéis dado la libertad a la América Meridional y una cuarta parte del mundo es el monumento de vuestra gloria. ¿Dónde no habéis vencido? Maturín, Güiría, Cumaná, Urica, San Félix, El Juncal, Alacrán, Quebrada Honda, Mucuritas, Calabozo, Sombrero, San Fernando, Yagual, La Victoria, San Mateo, Ocumare, Bárbula, Las Trincheras, Vigirima, Los Horcones, Carabobo, Niquitao, Carache, Cúcuta, Vargas, Boyacá, Santa Marta, Tenerife, Cartagena, Palacé, Palo, Popayán, Pitayó Janambú, Bomboná, Ibarra, Pichincha, Yaguachi, Junín y Ayacucho son los cambios de las glorias de Colombia. La América

---

[26]\_ *Ibidem*. pp. 164-165.

[27]\_ *Ibidem*. p. 169.

del Sur está cubierta de trofeos de vuestro valor; pero Ayacucho, semejante al Chimborazo, levanta la cabeza erguida sobre todos.

Soldados, Colombia os debe la gloria que le dais, y el Perú vida, libertad y paz. La Plata y Chile os son deudores de inmensas ventajas. *La buena causa del mundo —la causa de los derechos del hombre— ha ganado con vuestras armas su terrible contienda con los opresores.* ¡Contemplad, pues, el bien que habéis hecho a la humanidad con vuestros heroicos sacrificios!<sup>28</sup>

Cumplida la tarea, pasa balance al porfiado objetivo. Al comienzo, parecía imposible, pero el curso de la lucha lo hizo realidad. Sobre doscientos mil cadáveres, Venezuela se hizo patria, bañada en sangre, saliendo de su casa, no a conquistar ajeno suelo, sino a extender la antorcha de la libertad a otros pueblos por exigencias de su propia defensa. Para Bolívar estaba claro que Venezuela era libre emancipada enteramente América. Si el movimiento no era unísono, si los pueblos americanos no se levantaban en gallarda lid independentista, cualquiera en particular que lo intentase sería aniquilado. Los cientos de frentes guerrilleros que sacudieron al Nuevo Mundo, a lo largo de veinte años de guerra revolucionaria, hicieron trizas los planes coloniales. España podía perfectamente sofocar la revolución de una o más repúblicas; pero no podía en todas. Y en todas se alzó la tea de la libertad redentora. Este principio estratégico-político-militar brotaba de la misma situación existente de insurgencia americana suficientemente madura, que antes los precursores de la emancipación habían sembrado con arrojo ejemplar. Bolívar era imposible sin Miranda. América independiente e igualitaria sin Chirinos. La cabeza de Ribas en 1815 hacía retumbar en nueva

---

[28]\_ *Ibidem*. Tomo II, p. 1200. *A los soldados del ejército vencedor de Ayacucho*. Destacado nuestro.

onda, el eco inaudito de los mutilados cuerpos de Gual y España, en 1799.<sup>29</sup>

Era blanco el libro de la historia de América. Las pinceladas de Eduardo Blanco en su introducción a *Venezuela Heroica*, en su florido ropaje, son acertadas. La quietud de la cautiva colonia hacía de la esclavitud su vida. Tres siglos de conquista y la colonia había adormecido el espíritu de sus moradores. El vasallaje español enterraba los hechos del Nuevo Mundo. Parecía que el sol se hubiese detenido y la cerviz doblada era el estado natural del hombre americano. Nada recordaba el pasado. ¿Había historia? En la dialéctica del colono y el colonizado, nuestras glorias eran las epopeyas de España. Mala conciencia: deformada, traumatizada. Parecíamos un manso rebaño en torno del pastor. Y eso éramos:

La vida corría monótona; por lo menos sin combate aparente, y con la docilidad de un manso río se deslizaba aprisionada entre la triple muralla de fanáticas preocupaciones, silencio impuesto y esclavitud sufrida que le servían de diques.

Nada respiraba: artes, industrias, ciencias, metodizadas por el temor y la avaricia, desmayaban a la sombra del régimen cauteloso en que se les toleraba. Como polvo al fin, el pueblo vivía pegado al suelo, no existían vendavales que lo concitasen.

Silencio y quietud era nuestra obligada divisa. Y privados de nuestros derechos no existíamos en el mundo.<sup>30</sup>

---

[29]\_ “Sacudió esto en la noche del 29 de abril de 1799; nueve días después fue ahorcado en la plaza de Caracas; su cabeza se mandó a colocar en la Guayra metida en una jaula de hierro...” (R. M. Baralt, *Historia*. Universidad del Zulia, Maracaibo, 1960. Tomo I, p. 576).

[30]\_ E. Blanco, *Venezuela Heroica*. Ed. Ministerio de Educación, Caracas, 1951. pp. 14-15.

Ese canto de Virgilio vuelve a repetirse. Pero sus osados pliegues son diferentes. ¡Cuánto no ha cambiado el mundo! La historia avanza en su testarudez. En lapsos menores de tiempo, esa quietud fue repelida en la época de Gómez por la generación del 18 y del 28. Recientemente, volvió a la carga contra Pérez Jiménez, y la inquieta juventud venezolana arrebató a la blancura de la historia un nuevo troquel acuñador de gestas. Y aquí están hoy, en Venezuela y en América, levantando de nuevo los espíritus, animando las energías resignadas, escribiendo nuevos fastos en el libro de la historia. La resurrección de los muertos, una y otra vez, perturba la tranquilidad de los opresores. Bolívar otra vez nace. Su sangre y su temple anuncian tempestades. Ayer, como hoy, vuelve la revolución.

La guerra nacional de Independencia fue una profunda lucha social de esclavos contra amos, de campesinos enfeudados contra los terratenientes, de mulatos, negros y zambos contra blancos; pero, por sobre todo, fue la lucha del pueblo venezolano naciente, bajo la hegemonía de la nobleza territorial, contra el colonialismo opresor de la realista España. A diferencia de otros pueblos, las circunstancias históricas e internacionales hicieron posible que la guerra nacional de Independencia fuese dirigida por la nobleza territorial venezolana. Este movimiento emancipador es unísono en toda América; el 19 de abril de 1810 en Caracas; el 25 de mayo del mismo año en Buenos Aires; en Bogotá el 20 de julio; el 16 de septiembre en México; el 18 del mismo mes en Santiago de Chile. La suerte de América está echada. La revolución, en marcha.

Un marginado de la revolución, a quien la tranquilidad de los años le ha hecho frenar su ímpetu juvenil, analizó acertadamente este curioso fenómeno de nuestra gesta emancipadora, conducida por la nobleza territorial y aguijoneada por la ideología revolucionaria de la joven burguesía mundial, particularmente la francesa y la norteamericana, en sus respectivas revoluciones:

En América hispana, la clase dueña de la tierra, propietaria de los grandes latifundios, la nobleza agraria, hizo suya la teoría revolucionaria de la burguesía. La viabilidad de esta teoría depende en gran parte de la democratización del derecho de propiedad territorial, de la destrucción del latifundio, de la modificación radical de la economía sobre la cual basaban sus fuerzas los criollos nobles. Por eso la trayectoria de nuestra revolución de independencia hubo de ser tan distinta a la revolución burguesa en Europa, no obstante sus contenidos ideológicos análogos. En Inglaterra y Francia, sobre todo en la última, dado el violento carácter de la revolución la burguesía atacó el feudalismo, lo golpeó especialmente en su punto vital; en su base económica. Arremetió contra la propiedad feudal para sustituirla por la propiedad plebeya. Los grandes latifundios de la Iglesia y de la nobleza se vendieron a los burgueses y a los campesinos. En América, por el contrario, el régimen de la gran propiedad territorial no sufrió modificaciones sustanciales. Aquí no había industria, ni acumulación de capital; no había burguesía revolucionaria. De allí que, por circunstancias económicas históricas la nobleza criolla adoptó una ideología que no era suya; una ideología que para triunfar requería la destrucción de la clase económica de la clase que la proclamaba. Jugó esa clase un papel revolucionario a pesar de su estirpe feudal, debido a que estaba excluida del poder político y para conquistarlo había de insurgir violentamente contra España.<sup>31</sup>

Aquí caben sucintamente, pequeñas observaciones. Es indudable: 1) que el hecho decisivo de la revolución independentista es la lucha de clase de la nobleza territorial por conquistar el poder político, del que estaba excluida; 2) que unió este objetivo clasista intrínseco al clamor general y popular emancipador, por lo cual su acción cumplió un papel histórico revolucionario; 3) que en este objetivo nacional-emancipador y clasista-específico tuvo que tomar prestada la ideología preconizada por la naciente burguesía, por ser la más

---

[31]\_ Carlos Irazábal, *Hacia la Democracia*. Editorial Pensamiento Vivo, Caracas, s/f., p. 77.

revolucionaria de la época y por corresponder a la meta independentista. Pero es necesario esclarecer: 1) que no toma prestado todo el caudal ideológico burgués, sino justamente aquel que más se amolda a la batalla nacional: régimen republicano, de gobierno, la libertad entendida como soberanía, la igualdad de los ciudadanos. A un lado quedaban el resto de implicaciones económico-jurídicas: 2) que en el campo de las condiciones objetivas de la revolución el factor dominante es la corriente nacional-liberadora, la fragua de la nacionalidad. Esto no llega como simple secuela, sino que es el objetivo de la propia nobleza territorial. El análisis al pensamiento de Bolívar así lo demuestra; 3) que el papel determinante de la victoria definitiva contra el opresor colonialista lo desempeñan en fin de cuentas las masas populares venezolanas, aguijoneadas desde luego, tanto por los impulsos subjetivos de los dirigentes como por las acciones objetivas de la nobleza territorial. Esto permite una visión más aproximada a la realidad histórica.

El carácter aristocrático de las relaciones de la nobleza criolla, así como las diferencias étnicas e incluso, en parte, el régimen de esclavitud, desaparecieron al calor de la lucha armada revolucionaria. La clase dominante criolla en su contienda anticolonialista vio, pues, en parte, modificada la estructura económica de su régimen. Si a ello agregamos el advenimiento de nuevos propietarios de tierras procedentes de los caudillos militares resultantes de la guerra, el cuadro de la influencia ejercida por la revolución emancipadora en el plano económico-social de la época queda configurado. Hubo, entonces, procesos de democratización en las relaciones sociales, aun cuando la estructura económica permaneció intacta. Las clases fundamentales de la sociedad venezolana continuaron siendo los terratenientes esclavistas, la burguesía comercial, la pequeña burguesía urbana, el campesinado enfeudado y los esclavos. Los privilegios de casta y color se habían diluido: permanecían los económicos y se agregan los políticos.

La emancipación de la América mestiza enfrentó a los opresores y los oprimidos con fuerza hercúlea. A la fuerza que reprime, se opuso la energía de los

oprimidos. La libertad como bandera encapotó los cielos de América y arrogantes tempestades estremecieron el Nuevo Mundo. El 19 de abril de 1810 Caracas se levanta. El ardor revolucionario barrena el dominio español. Por doquier insurgen las huestes bizarras de la guerra revolucionaria. Se sella la independencia nacional y una nueva república, al lado de tantas otras, anuncia al universo la buena nueva. España no duerme en sus laureles. Arremete desde occidente. La república imberbe da sus primeros pasos guerreros con poco éxito. Pero la figura legendaria de Miranda arrastra tras su nombre cierto optimismo. La Junta de Caracas lo nombra teniente general. Se subleva Valencia. Tras el primer ardid de los realistas, al fin, en alto precio de vidas, es sometida. El 21 de diciembre de 1811 se firma la nueva Constitución. Vuelve por sus fueros España. Llega Cajigal a Coro. Con él, el capitán de fragata Domingo de Monteverde. Ceballos invade Carora. La república en peligro. El terremoto del 12 de marzo de 1812 rinde pleitesía a los realistas. Los ánimos se achican. Monteverde se lanza sobre Caracas desde Coro. Comienzan las desertiones: Mérida, Trujillo, Guayana. El Generalísimo asume el mando general. Cae Valencia. Antoñanzas se lanza en el llano. Se combate alrededor de Valencia. Miranda se repliega a La Victoria. Por todas partes se ve rodeado. Rechaza al enemigo. La indisciplina amenaza. La indecisión carcome el espíritu del viejo general. La intriga se ensoberbece. Adviene la capitulación. Restañada cae la primera república.

Monteverde entra a Caracas.

En todas sus correrías, Bolívar será implacable contra este error de Miranda, así como consagra el oprobio esparcido por la espada sanguinaria de Monteverde. La exposición dirigida al Congreso de la Nueva Granada es muy clara al respecto. Critica también la indulgencia y nobleza tenida por los españoles, después cobrada por Monteverde con una tiranía atroz. Bolívar señaló cinco causas, sin aducir expresamente el capitulacionismo de Miranda.<sup>32</sup> La patria

---

[32]\_ “De lo referido se deduce que, entre las causas que han producido la caída de Venezuela, debe colocarse en primer lugar la naturaleza de su Constitución, que repito,

de nuevo estaba encadenada. Pero prontamente, desde oriente Mariño, Piar, Bermúdez y, desde occidente, Bolívar, tremolan las primeras grandes victorias de nuestra guerra emancipadora. 1813 incorpora la segunda república. Bolívar llega a Caracas como Libertador. El cielo de nuevo se encapota y negros nubarrones presagian a 1814 como un año aciago para la república.

Es entonces cuando la batalla de La Victoria simboliza la decisión de aquella joven generación americana de vencer antes que morir. José Félix Ribas tipifica este momento de nuestra historia. El triunfo de la juventud caraqueña universitaria, con Ribas a la cabeza, el 12 de febrero de 1814 contra el sanguinario Boves en La Victoria, sintetiza toda la pujanza de la joven república para arrebatar el triunfo del enemigo. Muestra de lo que es capaz un pueblo, una convicción profunda, una decisión inquebrantable. De allí que esta hoja escrita por el invencible pueblo demuestre el testimonio de la emancipación de América.

Los tres mil soldados de Campo-Elías han sido arrollados en la fatídica Puerta —cerca de los Morros de San Juan— por los ocho mil llaneros de Boves. Este amenaza a Caracas. Es entonces cuando Ribas improvisa su división juvenil para salirle al frente al enemigo. Mil quinientos hombres forman los siete batallones de la Victoria. Son los alumnos de la Universidad. Caracas estaba ya extenuada e inmolaba sus últimos frutos. Boves se detiene en Vía de Cruz, ante la noticia del arribo de Ribas a la Victoria. El 12 de febrero se lanza sobre Ribas, apenas amanece. Entonces:

---

era tan contraria a sus intereses como favorable a los contrarios. En segundo, el espíritu de misantropía que se apoderó de nuestros gobernantes. Tercera: la oposición al establecimiento de un cuerpo militar que salvase la república y repeliese los choques que le daban los españoles. Cuarto: el terremoto acompañado del fanatismo que logró sacar de este fenómeno los más importantes resultados; y últimamente las facciones internas que en realidad fueron el mortal veneno que hicieron descender la patria al sepulcro”. (Obra citada. Tomo II, p. 1003).

En medio de aquella escena muda y de anhelante expectativa, resalta Ribas, airado e impotente como el ángel terrible de Ezequías. Resplandece sobre su frente olímpica, como lampo de fuego, aquel terrible gorro frigio que ha de ostentar la cabeza del héroe hasta en la jaula de la picota; brilla en sus ojos la encendida llama de las grandes pasiones, muéstrase esquivo al general recogimiento; y colérico aguarda el peligro que le amenaza, provocando al destino con su gesto de soberbio desprecio y de arrogante superioridad.<sup>33</sup>

¡Tal es Ribas, el cabeza caliente de La Victoria! Envueltos en polvo, los jinetes de Boves se aproximan. Habla Ribas: “Ni aún podemos optar entre vencer o morir; necesario es vencer. ¡Viva la república!”. Y la impaciencia de sus soldados que ven aproximarse al oleaje salvaje, al fin da vida y las mechas encendidas hacen crujir los cañones. La batalla ha comenzado. Las bayonetas de los batallones de Montilla, Ribas-Dávila, Soublotte, Ayala, Blanco, Jugo, Maza y después Campo-Elías, rechazan a las hordas de Boves. Eduardo Blanco escribe que “con tales hombres hay razón para acometer imposibles”.<sup>34</sup> Y era verdad. Como lo es ahora. La pasión de la libertad forja los sacrificios más increíbles. Haciendo honor a La Victoria, a la lucha de los oprimidos contra los opresores, a los que combaten por la patria mancillada, a los que levantan el estandarte de la libertad americana, al sacrificio de la joven generación en aras de la soberanía nacional, los guerrilleros de hoy han recogido toda la médula de aquella noble enseñanza; no en el discurso florido; tampoco en la promesa vana; menos aún en la demagogia pueblerina; no. ¡Solo en el combate: en la porfía abierta contra el enemigo opresor! Esta praxis hace los nuevos hombres; construye los nuevos ideales; hace continua la línea espiral de nuestra historia.

La lucha contra Boves y Morales no daba alternativa: era una lucha sin cuartel. No cabe tregua, ni flaqueza, ni capitulación, ni piedad; ¡solo hay la muerte o la victoria! El gorro frigio de Ribas, heredado en las boinas de los

---

[33]\_ Eduardo Blanco, *Venezuela Heroica*. *Op. cit.* p. 46.

[34]\_ *Ibidem*, p. 49.

universitarios encarna la libertad de América. Le dice a Montilla: “No hay que desesperar, amigo mío: antes de desaparecer por completo, podemos resistir todavía dos asaltos como este”.<sup>35</sup> Ribas-Dávila, antes de morir, viendo la bala extraída por el médico, le dice: “Llevala a mi esposa, y decidle la conserve, y se acuerde de que a ella debo el momento más glorioso de mi vida, aquel en que he perecido defendiendo la causa de mi suelo. Muero contento: ¡Viva la república!”.<sup>36</sup> Y Boves es rechazado una y otra vez. “Si no es posible romperlos, pasemos por encima” exclamaba. La suerte de Ribas y de la república pareciera echada. Pero al atardecer, aún diezmados reconoce en sus puestos a los patriotas. Las víctimas son innumerables. Pero en el peor momento de aflicción, desde el campanario de la iglesia se divisa por el camino de San Mateo, una columna de polvo. Ribas exclama: ¡Es Campo-Elías!, con el resto de jinetes destrozados en la Puerta viene en auxilio. Los ánimos renacen. Aun cuando con pequeña fuerza, el auxilio de Campo-Elías surtió efectos positivos. Ribas aprovecha la oportunidad y decide poner en práctica la chispa de su salvación: cien dragones y carabineros son ordenados a montarse en los caballos hasta entonces inutilizados. Llamando al más bravo, presuroso corre Montilla para ponerse al frente. ¡Adelante! —dice Montilla, y las fuerzas de Boves se ven de pronto sorprendidas y cogidas entre dos fuegos de caballería. El ariete de la revolución, “ese fuego sublime que engendra héroes, realiza prodigios y convierte hasta los pequeños en gigantes”, alza majestuoso su embriagante cuerpo. No hay temor a la muerte. Se le dice: “ven, lo que siento y pienso vale más que lo que soy..., por sobre tus amenazas está mi voluntad”.<sup>37</sup> La audacia revolucionaria pasma al enemigo. Montilla y Campo-Elías se abrazan y vuelven una y otra vez a la carga, arrollando a los realistas. Con el resto de infantería, Ribas sale en masa compacta de la plaza y arremete contra las tropas de Morales,

---

[35]\_ Citado por E. Blanco. *Op. cit.* p. 52.

[36]\_ *Ibidem.*

[37]\_ E. Blanco. *Op. cit.* p. 54.

aniquilándolas. Queda dueño del campo de batalla y obtiene la victoria. Esa es la historia. ¡Ese es el ejemplo para los nuevos héroes!

Luchando por la patria, Ribas supo vencer antes que morir. Su gesta quedó grabada: año tras año, los estudiantes de Venezuela gritan libertad en La Victoria, arremetiendo contra los atropellos de los nuevos opresores, Jóvito Villalba dijo, el 12 de febrero de 1958, después de la jornada del 23 de enero, que ese campo no se cubriría ya más de sangre, porque había triunfado la juventud y el pueblo. ¡Ironías del destino! ¡Ahora, de nuevo, la juventud gloriosa sigue cubriéndose de sangre por la libertad! Bolívar proclamó para Ribas, el primero en la patria americana, lo que después recogerán los actuales combatientes de América: en Cuba, en el Perú, en Santo Domingo, en Guatemala, en Colombia, en Venezuela: vencedores de los tiranos. Es Bolívar quien os habla:

¡Caraqueños! El sanguinario Boves intentó llevar hasta vuestras puertas el crimen y la ruina; a esa inmortal ciudad, la primera que dio ejemplo de la libertad en el hemisferio de Colón. ¡Insensato! Los tiranos no pueden acercarse a sus muros invencibles, sin expiar con su impura sangre la audacia de sus delirios. El general Ribas, sobre quien la adversidad no puede nada, y el héroe de Niquitao y los Horcones, será hoy titulado *El vencedor de los tiranos en La Victoria*.<sup>38</sup>

---

[38]\_ S. Bolívar, *Soldados del ejército vencedor en La Victoria*. Op. cit. Tomo II, p. 1054.



## Capítulo 4

### La guerra a muerte (Ricaurte en San Mateo)

Con la caída de la Primera República, el cielo se encapotó. El análisis de Bolívar, expuesto en Nueva Granada, significó una crítica pública y abierta a los errores cometidos por los anteriores dirigentes de la revolución, Miranda y el marqués del Toro especialmente. Esta crítica fue inclemente. Bolívar no transigió. A lo largo de la campaña admirable, una y otra vez echó a los vientos su análisis de la anterior conducción de la guerra revolucionaria, haciendo hincapié en dos cuestiones capitales: el espíritu capitulador de los primeros gobernantes de la república y las tendencias conciliatorias y vacilantes que se extendieron en las capas de la población ganadas en un principio para la causa emancipadora. A ello había que agregar, aun cuando por discreción táctica Bolívar no lo anunciaba, la tendencia a absorber el movimiento independentista las capas mantuanas y más altas del pueblo venezolano, en tanto que los sectores bajos y humildes, tanto por su ignorancia como por las contradicciones de clase que lo separaban de aquellos, afluían más bien hacia las posiciones de los realistas españoles, hábilmente ganados por los caudillos Antoñanzas, Yánez y Boves. Estos elementos son los que explican la decisión bolivariana de la guerra a muerte, como respuesta a la horrible opresión con que el tirano Monteverde, desde Caracas, había asolado toda la república. Bajo esta concepción, Bolívar liberta a Venezuela de nuevo. Pero no es suficiente. El año 1814

trae la contraofensiva española. Ya vimos el triunfo de Ribas en la Victoria. Después caerá por segunda vez la república. Pero antes de caer, los cielos se estremecerán con un glorioso fasto; Ricaurte en San Mateo. Un emblema más para la historia de América.

En Cartagena, el 2 de noviembre de 1812, Bolívar señala con una convicción inamovible que solo la guerra puede salvarnos. No hay otra alternativa para la conquista de la libertad y el honor, ante la ignominia y la deshonra de la patria esclavizada. Esta era la idea capital del sector revolucionario que dirigía la emancipación. El ejemplo de los pueblos del mundo, las proezas universales de todas las naciones, y, más recientemente, la guerra independentista norteamericana, estaban ahí para aprender de ellos. Bolívar no olvidó la historia: tuvo conciencia plena y cabalgó sobre sus crines. En ella se apoyó y pudo así reencarnar los espíritus epopéyicos del pasado. La guerra revolucionaria la concibió como el único instrumento del pueblo para emanciparse, aun cuando conllevara la toma del poder político de la nobleza criolla que él representaba. Escribió entonces el Libertador:

Sus depredaciones en la patriótica y desdichada ciudad de Caracas os patentizan el descarado vilipendio con que tratan a los hijos de Colombia, y el escarnio que recae sobre nosotros al sucumbir bajo sus manos sanguinarias. El menosprecio, el tormento y la muerte son los dones que nos presentan, al someternos a su dominio. Miran a sus hermanos como viles esclavos; como víctimas de sus vencidos. ¿Qué esperanzas nos restan de salud? *La guerra, la guerra sola puede salvarnos por la senda del honor...*

Pues no, americanos, no seamos más tiempo el ludibrio de esos miserables, que solo son superiores a nosotros en maldad, en tanto que no nos exceden en valor, pues, *nuestra indulgencia es sola la que hace toda su fuerza*. Si ellos nos parecen grandes, es porque estamos prostrados.

*Cerremos para siempre la puerta a la conciliación y a la armonía: que ya no se oiga otra voz que la de la indignación. Vengamos tres siglos*

de ignominia, que nuestra criminal bondad ha prolongado; y sobre todo vengemos condignamente los asesinatos, robos y violencias que los vándalos de España están cometiendo en la desastrada e ilustre Caracas.<sup>39</sup>

La guerra como las revoluciones son procesos objetivos e inevitables. Si Bolívar no hizo doctrina histórica de esta verdad, supo en cambio hacer uso práctico de ella. Las guerras revolucionarias motorizan la historia: el progreso de la humanidad ha estado adherido a ellas. Antes que el marxismo, el positivismo histórico hubo de reconocer esta verdad, incluso en nuestro país.<sup>40</sup> Somos contrarios tanto a los apologistas de la guerra —la guerra por la guerra misma— como a quienes reniegan de ella en términos absolutos y abstractos. Uno y otro extremo falsean la objetividad histórica y se complementan mutuamente en distorsionar los hechos. Con Víctor Hugo, y aún antes con el padre Vitoria, pensamos concretamente que las guerras son justas e injustas.<sup>41</sup>

La existencia actual del imperialismo es la base social de las guerras: Primera y Segunda Guerra Mundial, Corea, Argelia, Congo, Santo Domingo, Cuba, Vietnam. Las guerras de rapiña imperialista son guerras injustas. Las guerras interimperialistas por el reparto del mundo son guerras injustas. Las guerras neocolonialistas contra los pueblos que luchan por su independencia y la libertad son guerras injustas. Estamos contra esas guerras. Pero no podemos estar contra las guerras justas: aquellas que libran los pueblos y naciones para romper el yugo de la opresión social, nacional y tiránica. Esas guerras son los grandes partos de la historia. Ellas engendran las profundas transformaciones que

---

[39]\_ S. Bolívar, *A los americanos*, 12 de diciembre de 1812. *Op. cit.* Tomo II, pp. 995-996. Destacado nuestro.

[40]\_ Ver Laureano Vallenilla Lanz, *Cesarismo Democrático*. Tip. Garrido, Caracas, 1952, pp. 1 y ss.

[41]\_ “Toda guerra entre hombres —ha escrito Víctor Hugo— es una guerra entre hermanos; la única distinción que puede hacerse es la guerra justa y la guerra injusta”. Citado por Vallenilla Lanz. *Op. cit.* p.2.

hacen barrenar las carcomidas estructuras sociales. Apoyamos, estimulamos y nos solidarizamos con ellas, porque son el único antídoto para aniquilar para siempre las guerras sobre la tierra, cuando fenezca el imperialismo capitalista, el vasallaje neocolonial, el despotismo legalizado, la explotación, la barbarie, el atraso. Por eso Bolívar, en adecuación a estos planteamientos sobre el papel positivo de las guerras justas, es contundente: 1) el único camino de salvación es la guerra revolucionaria; 2) la fuerza del enemigo se basa en nuestra indulgencia al combatirlo; 3) cerraremos para siempre la puerta a la conciliación. Si los revolucionarios cumplen estos tres preceptos, suya será la victoria. Bolívar lo demostró en las primeras décadas del siglo XIX. Otros héroes, en otros pueblos del mundo y en nuestra propia América, siguen comprobándonos fehacientemente. Esta es la senda del honor de los revolucionarios. Transitarla significa conquistar en el futuro la victoria.

Sin embargo, no hay que juzgar esta concepción unilateralmente, como a menudo se enjuicia a los revolucionarios con pasmosa facilidad oportunista. Los revolucionarios no son apologistas de la guerra, endiosadores de la revolución. Esa es la cuña ideológica de la reacción de los opresores. Entendemos la revolución, la violencia, la guerra como un mal necesario en la catarsis histórica de los pueblos. Entre muchos, existe un texto de Bolívar que esclarece su posición y con ello la de los revolucionarios venezolanos y americanos presentes. Nos referimos al discurso pronunciado ante el Congreso de Colombia, reunido en Cúcuta, en octubre de 1821. Expuso allí Bolívar:

*Yo soy el hijo de la guerra; el hombre que los combates han elevado a la magistratura: la fortuna me ha sostenido en este rango y la victoria lo ha confirmado. Pero no son estos los títulos consagrados por la justicia, por la dicha y por la voluntad nacional. La espada que ha gobernado a Colombia no es la balanza de Astrea, es un azote del genio del mal que algunas veces el cielo deja caer a la tierra para el castigo de los tiranos y escarmiento de los pueblos. Esta espada no puede servir de nada el día de paz, y este debe ser el último de mi poder... Un hombre como yo es un ciudadano peligroso en un gobierno*

popular; es una amenaza inmediata a la soberanía nacional. *Yo quiero ser ciudadano para ser libre y para que todos lo sean.* Prefiero el título de ciudadano al de Libertador, porque este emana de la guerra, aquel emana de las leyes. Cambiadme, Señor, todos mis dictados por el de *buen ciudadano*.<sup>42</sup>

Los revolucionarios, hijos de la guerra, hacen esta para una paz con libertad, con justicia, sin vasallaje. Hacen la guerra revolucionaria en aras de la paz ciudadana. Pero la paz ciudadana tiene que ser auténtica. Su autenticidad viene corroborada solo por el ejercicio popular del poder político. Por un gobierno popular, como señaló Bolívar. El poder del pueblo, de los oprimidos, de las inmensas mayorías nacionales, es la única garantía de la paz ciudadana. El poder de los opresores es el cotidiano ejercicio del terror tiránico contra el pueblo, es la violencia a escondidas de todos los días, es la obligante miseria y explotación de los vasallos, es la coacción feroz de las bayonetas sobre la carne de los humildes y desposeídos. Es la paz de los sepulcros; la paz de la resignación y el escarnio; la paz de las víctimas flageladas; la paz de la contemporización indulgente; la paz de la apatía; la paz de los muertos de espíritu. No es esa la paz que queremos. No es esa la paz ciudadana por la cual luchamos. Tampoco Bolívar quiso esa paz. Su espada siempre cumplió una función redentora contra la tiranía, el vasallaje y la opresión.

El espíritu capitulacionista de Miranda fue para él signo ignominioso de bajeza:

...bajo las ruinas de cuantas ciudades ellos guarnecían así en la capital como en las fronteras, tuvo sin embargo este que rendir sus armas, sacrificándose a los designios de su general, quien por una inaudita cobardía no logró las ventajas de la victoria persiguiendo al enemigo, sino antes bien cometió la bajeza ignominiosa de *proponer y concluir*

---

[42]\_ S. Bolívar. *Op. cit.* Tomo II, p. 1178. Destacado nuestro.

*una capitulación* que, cubriéndonos de oprobio, nos tornó al yugo de nuestros antiguos tiranos.<sup>43</sup>

La capitulación de Miranda era producto del ambiente de vacilación surgido a partir de las primeras derrotas. Pareciera que la historia fuese muda. Es imposible anublarse con los primeros resultados que por lógica no pueden ser exitosos. Menos aún en la guerra, que es un nuevo estilo de vida, un nuevo método de lucha. Miranda era veterano de mil combates en la lejana Europa. No creemos que la cizaña conciliadora arrojara su espíritu y los escollos anudaran el cuello de su garganta. ¿Por qué esta actitud? Habrá que restañar con celo este suceso. Pero objetivamente está el hecho histórico: la capitulación. Y como reflejo de ella la crítica acerba de Bolívar. Más debida a Miranda, la capitulación fue producto del ambiente de vacilación que predominó ante las primeras derrotas, con sus secuelas de indisciplina y facciones intestinas.

Muere la figura de Miranda y con ella se entierra la vieja dirección de la revolución. Bolívar por su cuenta, descuella al otro lado; otro tanto hacen también Mariño, y Piar, y Ribas. Estos son los nuevos soles. Habiéndose apoderado Monteverde de Venezuela, se inició un proceso de pérdidas de perspectivas entre los sectores que en un principio fueron más radicales en la contienda emancipadora. Este pesimismo, ante los primeros tropiezos de la gesta heroica, hizo que el peso del infortunio fuese mayor. Las pasiones comenzaron a propagar ondas inciertas de opuesta dirección a las iniciales. El año de 1812, había perdido todo el vigor de la plétora revolucionaria. Eduardo Blanco escribe:

En tan cortos días los nobles promotores de la revolución habían envejecido, y sus propósitos heroicos, y sus conquistas, y los trofeos cuantiosos de sus primeras y ruidosas victorias, desaparecían entre las sombras de un ayer ya remoto, para las veleidades del presente. Destatinada y recelosa, avanzaba la revolución con paso incierto hacia el abismo de su completa ruina...

---

[43]\_ S. Bolívar, *Al Congreso de la Nueva Granada*, 27 de noviembre de 1812. *Op. cit.* Tomo II, p. 998. Destacado nuestro.

La capitulación de La Victoria fue la mortaja en que se envolvió para morir. La perfidia la recibió en su seno y la ahogó entre sus brazos.<sup>44</sup>

Refiriéndose a esta misma situación, Rafael María Baralt expuso en su compendio de historia:

Venezuela toda había vuelto al estado colonial. Las juntas, los congresos, las constituciones, la independencia, todo había desaparecido como sombra vana, sin dejar en el país ninguna impresión de su efímera existencia. Los mejores patriotas estaban presos o emigrados; otros, llenos de miedo, habían transigido con los enemigos; algunos villanos difamaban sus propias opiniones adoptando y sosteniendo las contrarias. Aparte de las bajezas que hacia cometer el temor de una tiranía que degradaba hombres y cosas, el pueblo inclinado al antiguo régimen y amedrentado con los recientes desastres apoyaba con su inercia al partido vencedor. *Hasta los patriotas más firmes habían perdido la esperanza de que jamás se moviera el pueblo en favor de la independencia, al entusiasmo de la guerra y de los generosos sacrificios, tan distantes de su carácter sedicioso y de sus muelles costumbres. Tal era el estado de cosas a fines de mayo. Mas para los últimos días del año, gracias a Monteverde, la independencia del país era ya más que posible que el 19 de abril de 1810 y el 5 de julio de 1811.*<sup>45</sup>

Ese era el clima de desesperanza, y, en cierto sentido, de vergüenza y deshonra. Pero he ahí que el despotismo de Monteverde, su traición a las cláusulas de la capitulación, su degradante felonía traen consigo el desarrollo de la resistencia armada revolucionaria que años después lo derrotaría. Acción y reacción. Fue tal su dictadura y vileza que enardeció de nuevo los ánimos. De un polo, el temor y la conciliación; pero, del otro, un odio implacable a la tiranía. La Constitución española la juró Monteverde el 19 de noviembre; el 3 de diciembre la publicó y para el 15 de ese mes más de 1.500 presos abarrotaban las cárceles de Caracas. Ya citamos el bosquejo diseñado por Bolívar

[44]\_ E. Blanco. *Op. cit.* pp. 73-74.

[45]\_ R. M. Baralt, *Historia. Op. cit.* Tomo I, pp. 694-695. Destacado nuestro.

de estas tropelías. Pero existe otro documento importante, especialmente para su comparación con el actual régimen democrático-reformista que oprime al país. Los presos no tenían causa formada —como hoy; otros fueron detenidos sin mandato judicial —como hoy; la mayoría carecían de acusación alguna, simplemente revoltosos— como hoy; los esbirros nunca podían dar razón de las causas del arresto —como hoy; se ignoraba el sitio donde estaban reclusos y muchos desaparecían— como hoy; ¡y cuántas otras similitudes!<sup>46</sup> Para que el lector termine de hacerse una idea de aquella aciaga represión, en comparación con la presente, citamos un párrafo del informe que al año siguiente rindió la Audiencia de Caracas ante tales atropellos:

Los expedientes que diariamente llegaban a nuestro conocimiento son otros tantos comprobantes de los desórdenes con que *se pone a toda prueba la paciencia de estos habitantes oprimidos por la arbitrariedad y el despotismo...* El tribunal ha procurado acercarse a examinar los motivos que podían asistir al capitán general para una conducta tan extraordinaria, tan injusta y tan impolítica, que tiene sobresaltados los pueblos, descontentas todas las familias, prófugos y errantes mil individuos que andan vagando de pueblo en pueblo y de monte en monte, huyendo de su feroz persecución, exaltado el espíritu de facción en todos los partidos y ofendiendo y desautorizando a este tribunal, y no encuentra verdaderamente otros fundamentos que error y preocupación. Se equivocan las quejas y clamores de los oprimidos..., se quiere que repentinamente se cambie la opinión, las inclinaciones y los deseos de los que estaban empujados en los principios de la democracia, como si fuera posible que los errores del entendimiento se disipasen de otro modo que a fuerza de tiempo, de convencimiento y de dulzura: se exige en fin, que *se bese la mano que castiga*, que no se sienta el peso que oprime, y que *se adoren con respecto servil los grillos que se quieren poner hasta el mismo pensamiento*, sin hacerse cargo que el hombre no puede dejar de serlo en sus sentimientos y en sus pasiones; que se acabó dichosamente la época en que era esclavo del capricho

---

[46] *Ibidem*, p. 693.

del que mandaba, y que es más útil al gobierno conocer los quejosos para celarlos o reparar sus agravios, que crear enemigos ocultos que minen y despedacen tal vez el Estado.<sup>47</sup>

Este texto hace luz extraordinaria. Pinta el vejamen de la época. ¿No es igual a las persecuciones, prisiones, torturas y desaparecidos de nuestros días? Pero tiene una importancia aún mayor. Los jueces de este tribunal, jueces al servicio de la metrópoli que nos coloniza, dan prueba de sensatez y cierta objetividad al encarar el problema de la justicia. Un hilo de cierta probidad dejan destilar en su actitud, recordando la clásica *intentio recta* del derecho romano. ¡Hasta eso han perdido los jueces de la dictadura democrática-representativa de los gobiernos de Betancourt, Leoni y Caldera! ¡Qué escarnio! Podemos decirles a los jueces civiles y militares cómplices de la tiranía gobernante: ¡mírense en ese espejo! ¿Dónde habrán de poner sus caras de vergüenza? Ustedes han mancillado hasta lo más puro que la humanidad ha tratado de mantener en las peripecias de la historia: la dignidad y sensatez a la hora de la justicia. Pocos son los jueces probos que asumen, tan siquiera, esta actitud de defensa inteligente del sistema al cual sirven: cuando los hay renuncian o los renuncian. Pero ahí está lección de la Audiencia realista al analizar los crímenes de Monteverde. La crisis de la justicia ha llegado en nuestros días a la complicidad abyecta con la represión de los oprimidos; exigen que se bese la mano del que azota, que se respeten los grillos del atropello y la tortura, que se aniquile la dignidad humana en holocausto, al servilismo rastrero ¡qué descaro!

Señores, como dicen los jueces colonialistas de 1812: se acabó la época en que existía la esclavitud al capricho del tirano. Si mediante la fuerza quieren destruir la entereza viril, se tiene al menos la obligación de morir arrostrando los cuerpos, hasta aniquilar para siempre la opresión y la injusticia sobre nuestra tierra. Cuando las huestes de Monteverde inmolaban sus víctimas, violando los acuerdos de la capitulación y la propia Constitución española, al

---

[47]\_ Citado por Baralt, *Op. cit.* Tomo I, pp. 693-694. Destacado nuestro.

mismo tiempo predicaba sin sonrojarse: “Una de las cualidades características de la bondad, la justicia y legitimidad de los gobiernos es la buena fe en sus promesas y la exactitud en su cumplimiento..., las mías son sagradas y mi palabra es inviolable. Oíste de mi boca un olvido eterno y así ha sucedido”.<sup>48</sup> ¡Qué cinismo! El mismo que nuestros gobernantes de hoy expresan cada vez que se dirigen a la nación por cadena de radio y televisión. ¿Es que hay alguna diferencia? ¿Qué diferencia hay entre las alocuciones de Caldera, Leoni, Bentancourt, Pérez Jiménez... y estas de Monteverde? Siempre engañando al pueblo. Siempre la política del guante y la espada. Siempre agotando la paciencia de la dignidad humana. ¡Pero la furia de los oprimidos los hará desaparecer de la faz de la tierra! Así sucedió con la épica gesta emancipadora: el furor de Bolívar decretó la guerra a muerte entre tanta ignominia. ¡Así ocurrirá en el futuro, al encrespase la ola del movimiento revolucionario!

El decreto de la guerra a muerte es la respuesta de Bolívar a la vacilación y a la conciliación en el campo revolucionario frente a la saciedad tiránica en el campo del enemigo. Bolívar en esto estaba claro. Ya en su Carta de Jamaica analizó la conducta de los vacilantes:

Cuando los sucesos no están asegurados, cuando el Estado es débil, y cuando las empresas son remotas, todos los hombres vacilan, las opiniones se dividen, las pasiones las agitan y los enemigos las animan para triunfar por este fácil medio.<sup>49</sup>

Debemos aprender de este análisis ante los actuales problemas que confronta el movimiento revolucionario. Bolívar comprendía perfectamente que no podía haber conciliación con el enemigo. Esa actitud la consideraba no solo errónea, sino también cobarde. Preferible sucumbir, antes que postrarse. Solo la firme convicción de combatir hasta lo último podría ser el evangelio de los americanos. Firmemente “...está resuelto el pueblo de Venezuela a sepultarse

---

[48]\_ Citado por Baralt. *Op. cit.* Tomo I, pp. 689-690.

[49]\_ Bolívar, *Carta de Jamaica*, *Op. cit.* Tomo I, p. 174. Destacado nuestro.

todo entero en medio de sus ruinas, si la España, la Europa y el mundo se empeñan en encorvarla bajo el yugo español".<sup>50</sup> De allí que no cabía otra decisión —al ver desguarnecido el cuerpo de la revolución— que el esfuerzo sobrehumano, la pujanza decidida, la firme convicción de llevar hacia adelante, por encima de todos los escollos, el camino ya emprendido de la lucha armada revolucionaria, de manera de galvanizar el cadáver irredento para entonces de la guerra emancipadora. Bolívar entendió que estaba llamado a inflamar los vientos de esta hercúlea empresa y jamás desfalleció: ¡esa es su gloria! Su postrer triunfo no hace más que agregar comprobación a estos designios. La revolución fue rescatada y la indolencia comenzó a disiparse. La admirable campaña de 1813, desde la Nueva Granada, fue el anuncio de la nueva tempestad. Encabritada, florecía de nuevo la revolución. Pareciera que su genio imprecara con osadía al pueblo para obligarlo a la libertad:

¿Queréis continuar siendo esclavo? Yo me opongo. En la balanza de la estricta justicia, mi irrevocable propósito de daros libertad pesa mil veces más que todas las miserias que pudiérais alegar como vuestros derechos. *Vosotros no podéis conservar esas cadenas, en tanto que entre vuestros hermanos exista uno solo que las quiera romper.* Seréis libres hasta contra vuestra decidida voluntad.

La mía lo quiere así; y la medida de esa voluntad que os hará independientes, su decisión, su fuerza, su energía insuperable la tenéis ahí de manifiesto, en la terrible declaración de guerra a muerte.<sup>51</sup>

Bolívar, Ribas, Urdaneta, Girardot, D'Eluyar, Ricaurte acompañan victoriosos el carro de la guerra. Agua de Obispos, Niquitao, Taguanes, Los Horcones, acumulan los éxitos militares de estos héroes. Ya en Mérida, Bolívar anuncia el furor estrepitoso de su odio al ensañamiento español:

[50]\_ *Declaraciones de la República de Venezuela. Op. cit.* Tomo II, p. 1130.

[51]\_ E. Blanco, *op. cit.*, p. 81-82. Destacado nuestro.

¡Oh, Dios, casi en presencia de nosotros han hecho una espantosa carnicería en Barinas de nuestros prisioneros de guerra, y de nuestros pacíficos compatriotas de aquella capital!... *mas esas víctimas serán vengadas, estos verdugos serán exterminados*. Nuestra vindicta será igual a la ferocidad española. Nuestra bondad se agotó ya y puesto que nuestros opresores nos fuerzan a *una guerra mortal*, ellos desaparecerán de América y nuestra tierra será purgada de los monstruos que la infestan. *Nuestro odio será implacable, y la guerra será a muerte.*<sup>52</sup>

Después, llegado triunfante a Trujillo, el 15 de junio de 1813, se dirigirá públicamente a todos los venezolanos para informales de la impetuosa decisión:

Españoles y canarios, contad con la muerte, aun siendo indiferentes, si no obráis activamente en obsequio de la libertad de América. Americanos, contad con la vida, aun cuando seáis culpables.<sup>53</sup>

Tales fueron las históricas palabras. Este decreto ha concitado una polvareda crítica que en realidad descalifica científicamente a sus más acusados detractores. Pareciera que el ejercicio de la historiografía fuese un simple deporte de la inteligencia dogmática. Con una banalidad pasmosa enjuician el pasado emancipador como simples espectadores, desligados emocionalmente de las profundas fuerzas humanas y objetivas que motivaron la contienda. ¡Que fue un decreto bárbaro! ¡Qué desparpajo! No saben siquiera dónde les queda el Norte y el Sur. El ejército patriota representa la civilización; las hordas de Antoñanzas, Zuazola, Monteverde, el salvajismo. En aras del progreso de su patria esclavizada tienen que recurrir a semejante vindicta porque no hay otra alternativa; lo contrario significa la muerte de la naciente república, el imperio definitivo, entonces sí, del salvajismo y la barbarie indiscriminada contra el pueblo de Venezuela. La revolución tiene la virtud de llamar las cosas por su

---

[52]\_ S. Bolívar. *A los valerosos merideños*. *Op. cit.* Tomo II, p. 1013.

[53]\_ S. Bolívar. *A sus conciudadanos*. *Op. cit.* Tomo II, p. 1015. Ver Vicente Dávila, *Investigaciones Históricas*, tomo I.

nombre, de no ocultar nada al pueblo, de hacer en la práctica lo que formula doctrinariamente en la teoría. No hay esguinces, ni tapujos, ni remilgos. No hay mala conciencia, paralelismo hipócrita de conducta, doblez oportunista entre el pensamiento y la acción. Abroquelados en la verdad y la razón, radiante la mirada ante los peores infortunios, hay claridad y decisión, conscientes de la responsabilidad contraída.

El decreto de guerra a muerte ha traído consigo también la discusión impuesta por Vallenilla Lanz<sup>54</sup> acerca del carácter de nuestra gesta emancipadora: guerra civil o guerra nacional. Sin hacer un análisis exhaustivo del problema —que no corresponde a esta oportunidad—, es fácil precisar las junturas ciertas que han nublado la cuestión. En principio, cabe un error evidente en la apreciación anotada del positivismo sociológico. Basta que hayan participado ejércitos extranjeros —los 15.000 hombres traídos por Morillo, por ejemplo— para que la refriega sea de hecho una guerra de liberación nacional y no una guerra civil.

El problema es exactamente al revés a como lo plantea el ideólogo del gendarme necesario. En cuanto al objetivo que persiguió aquel movimiento y en cuanto a las mismas fuerzas sociales que logró nuclear en el transcurso de su desarrollo, aquella fue una guerra gobernada por la perspectiva de romper las cadenas que nos ataban a la colonización española. Ese fue su contenido principal. Las fuerzas en pugna terminaron por responder a las exigencias de la contradicción principal: patriotas independentistas y realistas colonizantes. Desde luego, esta contradicción se abre paso a través de otras, fundamentales, en el transcurso de la batalla. En su base está la contradicción entre los mantuanos y los españoles, así como entre los mantuanos y las capas de los campesinos enfeudados, los pequeños artesanos y comerciantes de las ciudades y los esclavos. Pero por encima de estas se impuso el antagonismo principal: pueblo venezolano, a la cabeza del cual se colocó la nobleza territorial, y coloniaje

---

[54]\_ Laureano Vallenilla Lanz. *Cesarismo Democrático*. *Op. cit.* pp. 1-30.

español, unido a sectores de la sociedad venezolana. En lugar de determinarse una guerra civil por el hecho de que en ella participen en mayor o menor grado bandos de la misma sociedad, más bien viene dada porque en ella no haya injerencia extranjera alguna. En cambio, la guerra forma un carácter nacional, no solo por sus objetivos nacional-liberadores, sino por la participación, aun cuando sea en pequeña escala y bajo formas encubiertas, de tropas extrañas al territorio nacional. La guerra de Vietnam es una guerra de liberación nacional, a pesar de que se enfrentan de lado y lado decenas de miles de vietnamitas. Y este carácter nacional lo tenía desde un comienzo, en su lucha contra el imperialismo francés; prosiguió después de su lucha guerrillera contra el títere Diem, cuando los norteamericanos eran asesores militares y políticos; y definitivamente cobró la forma de guerra nacional cuando obligó a Estados Unidos a invadir con sus *marines*, para impedir el triunfo definitivo de la revolución. La actual e incipiente guerra revolucionaria venezolana es, desde luego, por su forma, una guerra civil, más por su contenido es de liberación nacional. Esto significa que en la medida que progresen las fuerzas revolucionarias, la actual participación de la dirigencia yanqui, a través de la Misión militar norteamericana, será mayor. Solo entonces la guerra será por contenido y por forma, genuinamente, una guerra de liberación nacional.

Sin embargo, hay que anotar a favor de esta tesis del positivismo sociológico venezolano de comienzos de siglo, la acertada búsqueda de fuerzas sociales objetivas que explicasen la diversidad de fenómenos político-militares de nuestra gesta emancipadora. El hecho de que Vallenilla Lanz haga hincapié en el carácter civil de la guerra de Independencia significa añadir un elemento nuevo a las consabidas interpretaciones superficiales de nuestra historia. Ese elemento son las diversas clases sociales subsistentes en el régimen de la época. Guerra civil significó para él, que en la base misma de la batalla liberadora se cocinaban otros intereses económicos y políticos, concretamente, aquellos que correspondían a la nobleza criolla, interesada en conquistar para sí el poder

político, arrebatándose a las autoridades españolas. De allí que el ideólogo del gomecismo tenga razón en afirmar como conclusión:

De manera que en todo el proceso justificativo de la revolución no debe verse sino la pugna de los nobles contra las autoridades españolas, la lucha de los propietarios territoriales contra el monopolio comercial, la brega por la dominación absoluta entablada de mucho tiempo atrás por aquella clase social poderosa y absorbente, que con razón se creía dueña exclusiva de esta tierra descubierta, conquistada, colonizada, cultivada por sus antepasados. En todas estas causas se fundaba no solo el predominio y la influencia de que gozaba la nobleza criolla, sino el legítimo derecho al gobierno propio, sin la necesidad de apelar a principios exóticos tan en pugna con su exclusivismo y prejuicios de casta.<sup>55</sup>

Semejante concepción es acertada y contribuye a explicar con mayor profundidad —la que permite el análisis clasista— los intereses contrapuestos de nuestra guerra de Independencia. Esto es lo que debemos incorporar al acervo científico en la explicación materialista de nuestra historia.

Pero la doctrina emancipadora de América, fundada en la concepción estratégica de guerra popular revolucionaria, fue llevada a su máxima expresión con la tesis de la guerra a muerte. Toda esa teoría revolucionaria era una síntesis de los principios universales nacional-democráticos más avanzados de la época —los proporcionados por la ideología burguesa— con el conjunto de los problemas nacionales fundamentales existentes para entonces. Bolívar supo fecundar esa síntesis, retomando de la urdimbre venezolana aquellos objetivos suficientemente maduros. La estrella que guió sin titubeos aquella línea política y militar fue su convicción de la necesidad de la guerra revolucionaria para conquistar la independencia nacional. El decreto de guerra a muerte, necesariamente, se inscribe en el marco de esta convicción.

---

[55]\_ *Ibidem*, p. 55.

San Mateo y la gesta de Ricaurte simbolizan esta firme decisión de hacer la guerra hasta vencer. Llegado Bolívar a Caracas, su triunfo es coronado con laureles de Libertador. Pero la España realista no se resigna. Una vez más recurre a la fuerza de las capas humildes de nuestro pueblo —campesinos enfeudados y esclavos, principalmente—, enemigos de los mantuanos, quienes aparecían conduciendo la lucha en el otro bando. Reorganizan sus huestes destrozadas. Monteverde se enclava en Puerto Cabello. Amenaza Yáñez desde los llanos; González desde occidente; Cajigal en Guayana; Ceballos abandona Coro; Calzada avanza por Guanare; Oberto hace guerrillas cerca de Barquisimeto, Bolívar se ve acosado. Cerritos Blancos, Bárbula, con la heroica muerte de Girardot, Las Trincheras son triunfos patriotas contra estas ofensivas realistas. Pero del seno mismo de nuestra tierra surgen las hordas de Boves y Morales.

1814 se inicia con aciago porvenir para los patriotas. Ya relatamos la gesta mártir de La Victoria. Inmediatamente después adviene San Mateo. Centrando todas sus fuerzas entre Valencia y Caracas, Bolívar decidió tomar su antiguo hato como cuartel general. La batalla de San Mateo a lo largo de los meses de febrero y marzo, es una extraordinaria prueba de aquella profunda convicción bolivariana de perseverar en el camino emprendido. He aquí el texto respectivo de Eduardo Blanco:

San Mateo en Bolívar: la energía de todo un pueblo sintetizada en un hombre: el no supremo de una voluntad incontrastable, opuesto, como escudo de hierro a la propia flaqueza y a la contraria fuerza; la resistencia irresistible de un propósito inmutable; la gran vibración de la fibra latente en el Decreto de Trujillo; uno de los más arduos, sino el más rudo de los innúmeros trabajos del hercúleo americano.<sup>56</sup>

El 23 de febrero acampó Bolívar en San Mateo. Boves sigue concentrado en Villa de Cura. Bolívar ordena a Mariño, en oriente, marchar hacia el centro. Montilla se le incorpora desde el Tuy; Villapol desde

---

[56]\_ E. Blanco. *Op. cit.* p. 88.

Barquisimeto, alrededor del 26. Cerca de 1.500 infantes y 600 jinetes logró reunir el Libertador. Boves rehecho, con 8.000 hombres, toma Cagua y avanza sobre Bolívar. Desde el 28 se inician las escaramuzas de las avanzadas. Los patriotas esperan el ataque. Por el camino de Turmero, Boves entra en San Mateo y carga sobre los nuestros. A quemarropa son fusilados los indómitos llaneros. Lino Clemente, Villapol, los Montilla, Ricaurte, Soublette, Campo-Elías, Muños Tébar, Martín Tovar dirigen el combate. Boves es rechazado una y otra vez. Campo-Elías y Villapol, españoles de nacimiento y americanos por convicción, se batieron heroicamente en el ala izquierda cerca de El Calvario. En medio de los cadáveres cae Campo-Elías. ¡Qué porfía de la historia! Este fanático de la revolución universal fue ejemplo de internacionalismo soberbio: el internacionalismo de los oprimidos contra los opresores. Su odio a la tiranía española lo recogió en aquellas palabras célebres: “Después que los haya degollado a todos, me quitaré la vida para que así no quede uno de mi raza”. ¿Con cuál parangonarlo? Solo la reciente muerte de José Manuel “Chema” Saher es comparable con aquella. En efecto, el Chema, como cariñosamente se le conocía, muere también en brazos de la gloria blandiendo sus ideales patrióticos y revolucionarios, en las montañas de El Bachiller, en ejemplo de integridad para la joven generación venezolana de la cual formó parte. Chema despreció todas las prebendas del reformismo democrático. En su ideal revolucionario tuvo que enfrentar a su padre, Pablo Saher, jefe político del gobierno de Betancourt y de Leoni en el estado Falcón, donde, justamente, se inicia el movimiento guerrillero venezolano con el Frente José Leonardo Chirinos. La brega con su padre, el enfrentamiento de estos dos distintos mundos que llegaron a ser impenetrables, expone al universo el resultado: el hijo muere, entregando la vida por la patria; el padre sigue al frente del gobierno asesino que reprime al pueblo. El odio de Campo-Elías a su raza, a su madre España, equivalía, objetivamente,

al de Chema por lo que representaba su padre: el gobierno de traición nacional, represivo y terrorista, antipopular y demagógico de Betancourt y de Leoni. El exilio, la prebenda fácil, la comodidad material, el aparentar ser revolucionario, siéndolo solo de pensamiento, la postura politiquera, todo lo renunció para caer en medio del combate. No le pueden arrancar la gloria de morir por la patria. ¿Y cuál mejor muerte que ésta? “Para morir nos sobra tiempo; tratemos antes de vencer”, aconsejaba el Libertador. Es verdad, Chema trató de vencer, pero tuvo que morir y regar con su sangre el suelo de la patria para fecundar con nuevos bríos los surcos de la revolución. ¡Su odisea jamás será olvidada! Mas ¿quién podrá recordarse de Pablo Saher? Ese es el drama de nuestra lucha revolucionaria, que desgarró a la familia venezolana, que sacude el sumidero de la guerra. ¡Que la entereza de gigantes de Campo-Elías y Chema Saher truequen en luz las conciencias aún oscuras de nuestro pueblo!

Pero he aquí que la batalla de San Mateo prosigue y la resistencia del Libertador se hace indomable. Pasan los días y Mariño no llega. Boves, herido, deja a Morales hostigando. Restablecido, vuelve al ataque. Conociendo Bolívar de la marcha de Rosete por la vía de Ocumare, envía a Montilla con 300 hombres a la capital, que Boves entiende como una estratagema, quedando paralizado, sin aprovechar esta debilidad de los patriotas. Ribas, en tanto, con Montilla, aniquila a Rosete. Bolívar ordena a Urdaneta resistir en Valencia. Mientras tanto Maza, Jugo y Cedeño se batían como fieras contra los llaneros de Morales, manteniendo en alto la defensa de San Mateo. Boves, desesperado, infunde ánimos a sus soldados: “mañana os haréis matar a todos, o yo me encargo de cortaros la cabeza si no quedáis definitivamente victoriosos”.

Los españoles están cada vez más escasos de pertrechos. Saben del parque de los patriotas, que Bolívar ha confiado a Ricaurte con un pequeño pelotón en la casa del ingenio. Boves organiza una escuadra para flanquear por la izquierda y apoderarse de la preciosa presa y decidir con ella la batalla. Mientras tanto, el

resto del ejército acometería de frente al amanecer. En la noche la operación del ala izquierda fue cumpliéndose con sigilo, a pesar de la vigilancia revolucionaria. Era ya el 25 de marzo de 1814. “Dos horas más de brío y la victoria es nuestra”, alienta el Libertador, ante los destrozos causados al enemigo. A las nueve horas de combate, Boves queda ya sin municiones. En su lugar utiliza los pechos de llaneros y caballos. Entonces adviene lo indecible: la columna realista se divide en marcha hacia el ingenio para apoderarse del parque, después de haber atravesado nuestras líneas. Alegría de los españoles, confusión y angustia entre los republicanos. Considerándose, entonces, perdido ya el esfuerzo postrero, el Libertador se apresta a morir. Ricaurte resiste y hace desocupar el ingenio de heridos, niños, ancianos y mujeres allí guarecidos. Por último ordena a sus soldados abandonar también el parque cautivo por las olas realistas, y, completamente solo, los deja penetrar en el recinto, santuario de su gloria. El estallido levanta al cielo el humo portentoso de la figura de Ricaurte rendida en tan grandiosa lid. La columna enemiga es destrozada. Boves, aterrado, retrocede. Bolívar aprovecha y pasa a la contraofensiva, persiguiéndolo. Heroicidad de Ricaurte, resistencia de Bolívar, grandeza del ejército patriota.

La guerra a muerte está ahí retratada: de pies a cabeza. El camino de la libertad, a costa de no importa qué sacrificio, no es una prédica demagógica, sino un compromiso profundo cuyas huellas pródigas deja la patria en su martirio. Ricaurte, cual nuevo paladín, melló los esfuerzos del enemigo para capturar el parque. Y su solo gesto hacía renacer la república, inyectando pujanza a la causa revolucionaria. ¿Cuál parangón en nuestros días? ¿Cuántos no han muerto ya, con denodado arrojo en medio del combate, como Ricaurte en San Mateo? ¿Cuántos no caerán en el futuro? El parque, ¿cuál es el parque presente de los patriotas venezolanos? ¿El fusil que, aún muerto, se entrega al compañero de batalla? Ha existido un parque que ha costado la muerte de numerosos mártires: el silencio inmutable de los secretos de la revolución que el enemigo a toda costa quiere obtenerlos. Por mantener virgen esas informaciones la tierra se ha regado de sangre, fecundando nuevas proezas: José Gregorio Rodríguez,

Alí José Paredes, Vázquez La Torre, Donato Carmona, Víctor Sojo Rojas, Trino Barrios, Juan Pedro Rojas, César Burguillos, Alberto Lovera, Fabricio Ojeda, Andrés Pasquier, Felipe Malaver... y tantos otros han muerto sin abrir siquiera los labios, presentes solo con el pujido de toda una rebeldía trocada en impotencia. Dentro de ellos la figura de Juan Pedro Rojas, habrá de pasar a la posteridad enlazada con Ricaurte. Torturado salvajemente, sangrante el cuerpo y la mirada ida, balbuceaba a sus compañeros de celda contigua en el antro inhumano de Cachipo: "Digan que muero por atenerme al precepto constitucional". Todo parece indicar que, ya desfalleciente, terminó de inmolarse para no entregar el parque de los secretos de la revolución: explotó con ellos y el inescrupuloso enemigo perdió otra batalla. Ricaurte prendió él mismo la mecha del polvorín, acosado como estaba. Juan Pedro Rojas, artista supremo de la plástica vida revolucionaria, trazó la última pincelada de su existencia en un gesto inmoral. Un gesto que se apaga y otro que se levanta: siempre presente el calor revolucionario para electrizar al pueblo.

## Capítulo 5

### La soberanía popular (Piar en San Félix)

Si el proyecto de la emancipación de América se hacía realidad a través de la guerra revolucionaria contra el colonizador español, la garantía del éxito de tan gigantesca empresa residía en la soberanía del pueblo. De este tercer postulado partió Bolívar, entendiéndolo que su espada-ejército libertaria era un instrumento del pueblo americano para conquistar su independencia, libre del tutelaje español. Al hacer la lucha armada emancipadora, había que partir de un hecho incuestionable: la revolución es para la libertad del pueblo. El pueblo es el soberano. En él estriba la potestad máxima de la República.

En su conocido discurso al Congreso de Angostura, el 15 de febrero de 1819, el Libertador expresó esta filosofía política del siguiente modo:

Amando lo más útil, animada de lo más justo y aspirando a lo más perfecto al separarse Venezuela de la Nación Española, ha recobrado *su Independencia, su Libertad, su Igualdad, su Soberanía Nacional*. Constituyéndose en una República Democrática, proscribió la Monarquía, las distinciones, la nobleza, los fueros, los privilegios; declaró los derechos del hombre, la libertad de obrar, de pensar, de hablar y de escribir. Estos actos eminentemente liberales jamás serán demasiado admirados por la pureza que los ha dictado. El Primer Congreso de Venezuela ha estampado en los anales de nuestra Legislación, con

caracteres indelebles, la majestad del pueblo dignamente expresada, al sellar el acto social más capaz de formar la dicha de una Nación.<sup>57</sup>

Este texto explica cómo las consignas centrales de la revolución emancipadora —independencia nacional, libertades democráticas, igualdad social— giran alrededor del principio fundamental de la soberanía popular. Bolívar es categórico en considerarse como un simple juguete de las fuerzas objetivas— huracán revolucionario. A estas fuerzas se deben las causas del triunfo independentista. Ellas se encuentran en el seno del pueblo. Solo la democracia —en su concepto— es susceptible de una libertad absoluta. Con claro sentido patriótico apostrofa: “¡He aquí el Código que debíamos consultar y no el de Washington!”<sup>58</sup>

La noción de soberanía popular bolivariana está conectada con dos tesis capitales que el movimiento social del mundo moderno ha incorporado. La nacionalidad se afirma como rechazo del vasallaje extranjero. La justicia social, como erradicación de la miseria del hombre. Se trata de crear una nación soberana, libre en el concierto del universo; y un ciudadano justo, hombre a carta cabal, integrado en plan de igualdad a los otros hombres. Lo primero lo reflejó el ideario bolivariano en todo su esplendor; lo segundo, por las limitaciones económico-sociales, se proyectó en su pensamiento en la arena de la igualdad social, concretada en su decreto de libertad a los esclavos y su exigencia de crear el buen ciudadano. Por eso independencia, igualdad y soberanía, resumen el legado democrático dejado por el Libertador.

Con el advenimiento de la burguesía como clase dominante, surge el proceso universal de la formación de las naciones, principalmente en Europa. Es el período en que se vinculan estrechamente las revoluciones democrático-burguesas y los movimientos nacionales de los pueblos.

---

[57]\_ S. Bolívar, *Discurso de Angostura. Op. cit.* Tomo II, p. 1137. Destacado nuestro.

[58]\_ *Ibidem*, p. 1138.

Nuestra emancipación fue un caso especial de este maridaje, según las condiciones históricas peculiares ya anotadas. A partir del siglo XVI los movimientos nacionales, creadores de las naciones burguesas, se extienden por toda Europa y América hasta finales del siglo XIX. Este movimiento arrasa las monarquías feudales, la nobleza terrateniente y las fuerzas de las metrópolis colonizadoras. Pero la etapa imperialista del capitalismo, correspondiente al siglo XX, modificó por completo el papel de la burguesía ante el problema nacional y colonial. El imperialismo ha dividido el mundo en naciones dominantes y naciones dominadas. Es una pequeña minoría de naciones contra la inmensa mayoría de naciones. Mediante el sojuzgamiento y saqueo sistemático de las riquezas y fuerzas de trabajo de los países atrasados, los países imperialistas, particularmente los Estados Unidos, obtienen gigantescos beneficios. El problema nacional se transforma entonces en un movimiento de liberación nacional de los países coloniales y neocoloniales para erradicar el mayorazgo imperialista. Estados Unidos se ha transformado en el enemigo principal de todos los pueblos de la tierra y su compadrazgo es signo inequívoco de traición nacional.

El reconocimiento del derecho de las naciones a la autodeterminación se ha trocado, de simple principio del derecho internacional, en una realidad tangible por la fuerza armada de los pueblos y naciones libres del mundo. Otro tanto acontece con el reconocimiento de la soberanía e igualdad de derechos de todos los grupos étnicos y nacionales. Al mismo tiempo, una ola de fraterna solidaridad revolucionaria recoge el entusiasmo por la libertad y la justicia social en todos los continentes. Por eso a la conquista de nuestra soberanía nacional con la guerra de Independencia, sucedió después de una doble sujeción de nuestro pueblo: internamente, la nobleza territorial, en conchupancia con la burguesía comercial-importadora, apretó el dogal de la opresión al pueblo, haciendo añicos los ideales bolivarianos de soberanía popular;

externamente, con el advenimiento del siglo XX, el imperialismo norteamericano extendió sus tentáculos hasta nuestras playas sobornando la conciencia de nuestros gobernantes y asegurando para sí todos los beneficios de nuestras ingentes riquezas naturales no-renovables.

La soberanía nacional conquistada por Bolívar frente a España se ha derrumbado, y sus escombros quieren presentarlos con la fachada formalista de una supuesta república políticamente independiente: Venezuela, modelo de neocolonia. ¡A esto ha llegado el escarnio de nuestra conciencia! ¡A esto conduce la sed de oro de nuestras clases dominantes!

La guerra revolucionaria emancipadora encabezada por Bolívar a comienzos del siglo XIX fue el primer movimiento histórico de las masas populares venezolanas para quebrar las cadenas de la opresión. Representada esta por el dominio español, nuestro pueblo, gracias al Ejército Libertador, conquistó indudablemente la victoria. Pero apenas comenzaba a disfrutar las mieles, cuando de nuevo el carro de la tiranía hizo de las suyas. Este carro estaba comandado por la nobleza territorial y los nuevos grupos militares y comerciales emergidos de la reciente contienda. Un fruto que era de todos, apenas fue compartido entre una pequeña camarilla. Después, aparece desnudamente todo el drama de la explotación, atraso, barbarie, despotismo y vasallaje que los lustros contemplan aterrados. Nuevos sacudimientos estremecerán nuestro suelo: el movimiento liberal de la Federación, con su estupenda guerra de guerrillas abarcando el territorio nacional, y, en nuestros días, el movimiento antineocolonial, que armado con toda esa carga del pasado, y con los ideales más progresistas y universales de la humanidad, alienta el espíritu patriótico para hacer realidad el ideal bolivariano de la soberanía nacional y popular. Tres grandes movimientos emancipadores: tres viajes de las masas populares por el extenso paisaje de nuestra historia.

El principio bolivariano de la soberanía popular comprende postulados tan sencillos como los siguientes:

1) La única autoridad es la que proviene del pueblo

La soberanía del pueblo, única autoridad legítima de las Naciones.<sup>59</sup>

Bolívar nunca definió doctrinalmente al pueblo. Puede pensarse que lo concebía como la totalidad de los venezolanos, adoleciendo, para la época, de las modernas concepciones sociales. Caracterizado el pueblo como el conjunto de clases sociales, grupos y personalidades interesadas objetivamente en el progreso de una nación en una etapa dada de su desarrollo, esta concepción corrobora la tesis bolivariana de la soberanía popular. Bolívar entiende que este conglomerado humano es el fiel de la balanza, la única autoridad legítima. Pero este enfoque no se puede identificar con la caricatura que posteriormente han hecho de ella los ideólogos y políticos del democratismo burgués y pequeño burgués. En absoluto. Así, por ejemplo, se pretende reducir el amplio y rico ideal libertario con las simples y engañosas elecciones en lapsos de cinco o más años. La soberanía del pueblo se ejerce todos los días, en su unidad, en su combate, a través de todas las formas de lucha que hagan reivindicar su autoridad. Bolívar alertaba contra el fantasma de las elecciones ilegales y fraudulentas, como promoviendo el nuevo mascarón demagógico que nublaría, negándola, la legítima autoridad popular: “En ninguna parte las elecciones son legales —señala en su escrito sobre la América española—; en ninguna se sucede el mando por los electos según la ley. Si Buenos Aires aborta un Lavalle, el resto de América se encuentra plagada de Lavalles... Si Pueyrredón se roba el tesoro público, no falta en Colombia quien haga otro tanto. Si Córdoba y Paraguay son oprimidos por hipócritas sanguinarios, el Perú nos ofrece al

---

[59]\_ S. Bolívar. *Al Congreso Constitucional de Bolivia. Op. cit.* Tomo II, p. 1229.

general La Mar cubierto con una piel de asno, mostrando la lengua sedienta de sangre americana, y las uñas de un tigre.”<sup>60</sup>

Tampoco la soberanía popular bolivariana se comprendía —como se ha hecho escuela en la Independencia— aprobando Constituciones con derechos humanos de papel, meramente formales, que no aseguran y mucho menos garantizan su ejercicio real por los ciudadanos. En absoluto. Se ha dicho como tesis historiográfica original, que el drama de nuestros pueblos ha sido la impracticabilidad de las Constituciones aprobadas. ¡Qué sarcasmo! Siempre, en todas partes donde los opresores impongan su exploración y despojo, habrá divorcio entre lo formal y los hechos, entre la teoría y la praxis. Solo el ejercicio soberano de la autoridad popular asegura que la Constitución aprobada se lleve a la realidad, imponiendo derechos humanos de carne y hueso. Entonces no se trata de algo peculiar a Latinoamérica, sino una verdad consustanciada con toda la fuerza social del universo. El mismo Bolívar lo decía: “No hay buena fe en América, ni entre las naciones. Los tratados son papeles; las Constituciones, libros; las elecciones, combates; la libertad, anarquía, y la vida, un tormento”.<sup>61</sup>

## 2) Solo el pueblo unido es soberano

La potestad popular solo está asegurada en su unidad. Dividido el pueblo, el opresor lo somete. Su fuerza, su soberanía está en su unión. Esta concepción le da un alcance profundamente democrático-popular a la tesis bolivariana, por encima del democratismo-reformista contemporáneo, que desea disminuirla a las susodichas elecciones fraudulentas y continuistas cada lustro con derechos de papel abreviados a su impresión tipográfica. Dijo el Libertador el 16 de diciembre de 1826:

---

[60]\_ Artículo de prensa. *Ibidem*, p. 1301.

[61]\_ *Ibidem*. p. 1304.

Allí el pueblo ejercerá libremente su omnipotencia, allí decretará sus leyes fundamentales. Tan solo él conoce su bien y es dueño de su suerte; *pero no un poderoso, ni un partido, ni una fracción. Nadie sino la mayoría es soberana.* Es un tirano el que se pone en lugar del pueblo: y su potestad, usurpación.<sup>62</sup>

Eso es lo que hemos vivido: regímenes de usurpación. Siempre una minoría gobernante: un caudillo, una fracción de la sociedad. Con el agravante de que esta fracción en el poder traiciona, frente al vasallaje extranjero y el explotador criollo, los intereses y objetivos del pueblo, manteniendo el mismo estribillo de dominio y expoliación. Como usurpadores se enriquecen, destilan whisky y parrandas, espadas y bayonetas, discursos y peroratas, mientras la bota escarnecida acogota a nuestro pueblo. Aquella exigencia de unión, al morir en Santa Marta, para que cesasen los partidos, no tiene ese contenido romántico e idealista que interesadamente se le ha querido dar, sino la profunda exigencia de que solo en la unidad del pueblo es soberano.

¿Cuándo ha estado unido nuestro pueblo? Primeramente, en vida de Bolívar. Su epopeya bélica ciñó en unión de los laureles conquistados por el pueblo ¿Qué fue la independencia sino un salir de casa a empuñar el arma con el otro, frente al enemigo común, a pesar de las diferencias intestinas? La unidad popular como fundamento de la soberanía del pueblo se fraguó en el surco fecundo de la guerra revolucionaria independentista. En el curso de aquellos años, la balanza se inclinaba hacia las fuerzas patrióticas en la medida que los propios éxitos militares y políticos hacían engrosar el frente unitario del pueblo. Después se inició la división y, con ella, la opresión. El movimiento guerrillero federalista volvió a hacer praxis la unidad del pueblo, a través del combate. Recientemente vimos, cual crisol relancino, la unidad del 23 de

---

[62]\_ *A los venezolanos, desde Maracaibo. Op. cit.* Tomo II, p. 1236

enero, derrocando al déspota. Pero tras cada unidad popular, emerge la hidra de la opresión dividiendo al pueblo. Hasta que el pueblo diga: basta ya de despotismo, y conquiste, al calor de sus combates, la victoria definitiva contra el opresor. Hagamos nuestro el testamento dejado por Bolívar, minutos antes de morir, cual sagrado compromiso: “Si mi muerte contribuye para que cesen los partidos y se consolide la unión, yo bajaré tranquilo al sepulcro”.<sup>63</sup> Aspira la unidad del pueblo; clama contra la división partidista. Su mensaje póstumo anega la consabida demagogia politiquera del democratismo burgués, mediante el cual se engaña al pueblo. Bolívar exige la unidad popular genuina y revolucionaria, forjada al calor de la guerra emancipadora y no la unidad formal y ambigua, que busca la resignación de las masas populares:

Para sacar de este caos nuestra naciente República, todas nuestras facultades morales no serán bastantes si no fundimos la masa del pueblo en un todo: la composición del Gobierno en un todo: la Legislación en un todo: y el espíritu nacional en un todo. Unidad, Unidad, Unidad, debe ser nuestra divisa. La sangre de nuestros ciudadanos es diferente, mezclémosla para unirla: nuestra Constitución ha dividido los poderes, enlacémosla para unirlo...<sup>64</sup>

¡Ese es el legado de Bolívar!

### 3) El pueblo que combate, al fin triunfa

Este es el tercer precepto en el análisis de la soberanía popular. Significa —como la célebre frase—: la libertad no se exige, se conquista. El pueblo habrá de alcanzar su soberanía mediante la lucha. Si la unidad del pueblo es la condición de su autoridad soberana, el combate es la fuerza determinante

[63]\_ *Op. cit.* Tomo II, p. 1282.

[64]\_ *Discurso de Angostura, Op. cit.* Tomo II, p. 1149.

para hacer realidad ese objetivo. La combinación de una y otra las comprende Bolívar, con una plasticidad digna de su genio. El 7 de noviembre de 1819 dijo a los ilustres hijos del Cauca:

Las armas de la libertad, que han redimido las más florecientes provincias de Colombia, han dado a vuestro valor el impulso que deseábais. Vuestras manos han roto las cadenas: vuestros grillos han pasado a los pies de vuestros enemigos. *Siempre seréis libres porque queréis serlo. El pueblo que combate, al fin triunfa.*<sup>65</sup>

Este es un canto a la batalla. Entiende que son objetivas las fuerzas históricas que oprimen y motorizan a los pueblos. Que el opresor somete al oprimido bajo el filo de la espada. No cabe libertad, sino el compromiso de la lucha. Y quien entra en la refriega termina por conquistar la victoria. La brega constante de los pueblos termina por coronar su perseverancia. Nada en la vida niega esta afirmación. En el borrador del texto anterior había anotado: “porque el pueblo que combate con fe, por fin triunfa”. ¡Qué claridad tan meridiana! Con fe, es decir, con la profunda convicción de que el camino emprendido, por duro que sea, no hará decaer nunca los ánimos. ¿Quiere otra elección más enervante la juventud presente de América?

4) La justicia social hace a todos los hombres iguales: ciudadanos de una sola clase

Refiriéndose al artículo 4º de la proclama de Ocumare, del 6 de julio de 1816, sobre la libertad de los esclavos, el Libertador ratifica su contenido en mensaje enviado al presidente de la Alta Corte de Justicia: “La naturaleza, la justicia y la política exigen la emancipación de los esclavos. En lo futuro no habrá en Venezuela más que una clase de hombres: todos serán ciudadanos”.<sup>66</sup> ¿Cómo habría de saber Bolívar que nuevos esclavistas se

[65]\_ *Op. cit.* Tomo II, p. 1159. Destacado nuestro.

[66]\_ *Op. cit.* Tomo II, p. 1123.

enseñorearían sobre el suelo de América? ¿Cómo habría de comprender que nuevos opresores mantendrían aherrojados a los americanos? ¡Ciudadanos! ¡Cuán cara ha costado a nuestro pueblo esta palabra! Y por ella necesitamos seguir batiéndonos hasta que el reino de la justicia se haga realidad bajo nuestros cielos.

Un nuevo esclavismo nació. El esclavo se hizo campesino enfeudado. Así han transcurrido los siglos. Su manumisión fue un hecho terrible. La Guerra Federal quiso reivindicar la epopeya pasada, pero también fue traicionada. El campesino siguió pagando con su miseria del despojo de los opresores. Advino entonces el obrero: manufacturero, industrial, minero. Nuevos esclavos de los explotadores. Seguía sudando el pueblo venezolano el vasallaje del imperio extranjero y la explotación de los capitalistas y terratenientes criollos. Una clase de hombres, todos ciudadanos; y estuvimos y estamos divididos: ciudadanos opresores y oprimidos; ricos y pobres; ostentosos y humildes; terratenientes y campesinos; burgueses y proletarios; magnate yanqui e indígena criollo; victimarios y víctimas; perseguidos y perseguidores; gobierno y oposición, todos ciudadanos: el ansia de justicia corroe las entrañas de nuestro pueblo. Y habrá justicia social. Y se eliminarán las vergonzosas divisiones. Y la explotación, la opresión y el vasallaje darán libre curso a la justicia, la libertad y la soberanía cuando el pueblo unido combata hasta obtener el triunfo. Como decía Bolívar al dirigirse a los peruanos, el 13 de febrero de 1824: “La justicia también os favorece, y cuando se combate por ella, el cielo no deja de conceder la victoria”.<sup>67</sup>

Este es el penetrante sentido democrático popular, que tuvo para el Libertador el principio de la soberanía. Se ha tenido que exponer con toda su carga —equivalente a la que dimanó de la gesta emancipadora de la cual él fue simple instrumento— esta profunda concepción tan avanzada y progresiva, pues

---

[67]\_ *Ibidem*. p. 1194.

de ella se ha hecho una caricatura democrático-burguesa de su pensamiento. Si bien se alimentó de esta ideología, es necesario recordar: 1) que no formaba parte de esta clase, inexistente entonces en Venezuela; 2) que se inspiró en sus principios universales, para entonces los más avanzados; 3) que Bolívar fue producto de la misma guerra revolucionaria nacional cuyos alcances se perdían en el horizonte. En consecuencia, su doctrina democrático-popular debió recoger toda la pujanza que electrizó a nuestro pueblo en la guerra por la libertad. Quienes no comprendan este hondo sentido ideológico de la obra bolivariana, seguirán engañados.

La figura que simboliza, con toda su fuerza, el pensamiento soberano-popular del Libertador —aun cuando parezca paradójico— es la del indómito Piar, coronada en su exitosa gesta de San Félix, que garantizó una base de operaciones como asiento de la república. Piar será ejecutado por orden de Bolívar. Pero Piar representa la exigencia máxima de la soberanía popular y la justicia ciudadana en el curso de la guerra emancipadora. Omitimos el análisis de su choque con el Libertador, producto, como se sabe, de las contradicciones internas que motorizaban el proceso revolucionario: mas, independientemente del análisis, la espada de Piar resplandece frente a la de Bolívar, anunciando una epopeya peculiar de su propia personalidad.

Caída la Segunda República, mancillado al fin Maturín después del desastre de Urica, donde por contrapartida se obtuvo la muerte de Boves, los revolucionarios optaron por consolidar nuevas bases de apoyo para su guerra revolucionaria. Piar es perseverante en la idea del Orinoco. Tomar Guayana y tener el caudaloso río por escudo es la garantía de un cimiento seguro para la república. En este ideal constante, toma sus propias determinaciones y comienza a cubrir de laureles esa otra Venezuela. Intentando tomar la misma Angostura, en audacia gallarda, desiste al ser rechazado y marcha hacia las misiones del Caroní, a fortalecer sus posiciones. Ocupa a Upata. Toma cerca de 47 pueblos y caseríos. Pone coto a la servidumbre de los indígenas, volviéndolos a la libertad. Derrota al español Torrealba,

aniquilándolo. Por las riquezas de la zona, el ejército revolucionario queda copioso de recursos. Envía a Pedro León Torres hacia las fortalezas de Guayana la Vieja, a Cedeño a hostigar el estrecho de Angostura, baluarte de los realistas; reorganiza las misiones religiosas de la comarca, bajo el mando del cura revolucionario José Félix Blanco, quien trocó la sotana por el fusil guerrillero en actitud ejemplar que en el sacrificio heroico de Camilo Torres cobró continuidad histórica. Piar se apresta a iniciar operaciones, comunicándose las al Libertador.

Pero los realistas no se arredran. Morillo envía al general La Torre hasta Angostura, para impedir su captura. Este amenaza la base patriótica del Caroní. Piar se entrevista con Cedeño y luego con Bolívar, que arriba, con pequeña escolta, al margen del Orinoco. Llegan a conocer los planes del enemigo: atacar desde Guayana la Vieja las posiciones republicanas del Caroní. Vuela Piar a su cuartel para embestir a La Torre y Cerruti, gobernador de la provincia de San Félix. Pasa revista a sus tropas: 2.200 combatientes, débilmente armados. La Torre cuenta con 1.600, todos bien armados. La gente de Piar eran indios de la comarca, 400 jinetes y no más de 500 fusileros. Anzoátegui, León Torres, Salom, Briceño Méndez, están al frente. Los realistas se aproximan a San Félix. Los patriotas esperan. Piar con la caballería avanza hasta San Miguel, sin encontrar enemigos. El 11 de abril de 1817 hace el mismo movimiento. Entonces llega La Torre a San Miguel. Nuestro ejército sale a la llanura en busca de contienda, con Anzoátegui al frente de la caballería. La Torre pasa al ataque, impidiendo la toma de posiciones de nuestras tropas. Tres columnas ofensivas despliegan los españoles contra nuestros carabineros. En su diario, Piar describe palmo a palmo la batalla. En un cambio de timón, ordena que Anzoátegui se ponga al frente de la infantería, mientras él mismo encabeza la caballería. Arroja esta sobre las espaldas del enemigo. Los 500 indios elevan sus flechas al cielo. Cae el coronel Chipía, comandante del batallón Barlovento. Salom ocupa inmediatamente su puesto. Piar arremete con sus jinetes una y otra vez. Como un combatiente más —desmintiendo a Bolívar— cae sobre

las columnas opresoras. Esto provoca una retirada pasmosa de los realistas, que los nuestros aprovechan para contraatacar. “¡Viva Piar! ¡A la bayoneta!” , gritan los nuestros, pasando a la ofensiva en toda la línea.

Media hora después el ejército de La Torre estaba destruido. Confuso, busca afanoso salvar la vida. San Félix sellaba la suerte de la naciente república, coronaba toda la campaña emprendida por Piar. La revolución emancipadora se granjeaba un nuevo blasón para establecer su gobierno. La Torre logra escapar, apenas con 17 de los suyos. A 600 muertos, 200 heridos y 500 prisioneros ascendió en hombres la pérdida de los realistas. Piar pasa por las armas a los jefes rendidos, entre ellos al coronel Cerruti, conocido por su odio implacable contra los patriotas. En cambio, a los venezolanos apresados les devolvió la libertad. La victoria de la revolución estaba asegurada: inevitablemente caería Angostura, y la patria y el Libertador tendrían bajo sus pies una sólida base para engrandecer la república. ¡Lástima que ella se haya salpicado con la sangre rebelde de Piar! meses más tarde. Pero allí está su gesta.

La campaña de Piar y la corona de San Félix, permitió que se celebrase el histórico Congreso de Angostura, desde donde el Libertador echó al mundo las bases doctrinales que habrían de establecer, mediante leyes, los principios democráticos perseguidos por la guerra revolucionaria. El principio de la soberanía popular comienza a hacerse carne en Angostura. La rebeldía de Piar, su indómita fiera hizo posible tan loable faena. Por eso, como ha escrito nuestro Eduardo Blanco:

El silencio de los sepulcros ha pretendido acallar todo ruido que no sea el de los sollozos de la Patria en torno de aquella abandonada y solitaria sepultura; pero en vano el eco de cien victorias resuena constantemente en derredor de aquella tumba, y el Guarapiche, el Caura, el Caroní y el majestuoso Orinoco murmuran en sus ondas las insignes proezas del héroe de San Félix.<sup>68</sup>

---

[68]\_ E. Blanco. *Op. cit.* p. 292.



## Capítulo 6

### La guerra de guerrillas (Arismendi en Margarita)

Estamos así en los principios propiamente militares, que el Libertador hubo de forjar en el curso de la guerra emancipadora. No pretendemos hacer una exégesis de este aspecto tan importante de su pensamiento, pero sí revalidar una serie de preceptos estratégicos y tácticos, pocas veces puestos de relieve en los estudios sobre los aportes militares del Libertador. Recuérdese que, para su época la ciencia y el arte de la guerra se mantenían en un plano de la simple experiencia histórica —desde la antigüedad hasta el mismo Napoleón—, sin haber conquistado aún los dominios más objetivos del conocimiento. Como *techné*, la guerra se acrecienta en la personalidad de sus dirigentes. Clausewitz no ha escrito aún su célebre texto. El aprendizaje práctico, impuesto por las propias derrotas y errores, constituye el gran maestro. Pero en medio del fragor combatiente, Bolívar supo entresacar algunas divisas e hizo esfuerzos por popularizar entre oficiales y soldados del Ejército Libertador. En esta forma inscribía su aporte en el camino de transformar las tinieblas, el desorden y la imponderabilidad de la guerra en luz, orden y planificación que permitiesen una buena ventaja para alcanzar la victoria. Su aporte militar llega más allá de sus éxitos militares. Sus cartas y proclamas revelan verdaderas orientaciones del arte de la guerra, que nuestros actuales ejércitos guerrilleros de Latinoamérica deben saber

asimilar en el cuadro de la idiosincrasia americana de la presente guerra antineocolonial y anticapitalista.

Podríamos resumir sucintamente aquellas orientaciones que mayor relevancia adquieren hoy para nuestra lucha. Una síntesis de sus preceptos militares, especie de línea militar de la magna guerra, comprendería los siguientes puntos: 1) necesidad de una guerra larga, sin exponer nunca la suerte de la república en una gran batalla (objetivo del enemigo); 2) su consigna directriz fundamental, esgrimida constantemente: audacia en el plan y prudencia en la ejecución, de profundo contenido estratégico-táctico e inestimable valor en nuestros días; 3) desarrollo y utilización de la guerra irregular, en especial la guerra de guerrillas, con especiales rasgos populares; 4) necesidad de basarse en el hombre como elemento decisivo, en función de forjar ejércitos capaces de sobreponerse a los golpes más cruentos, como condición de victoria. Estas fueron sus orientaciones.

En su célebre *Carta de Jamaica* pudo expresar su tesis acerca de la guerra larga, con un acierto pasmoso, que la historia revolucionaria de América habrá de recoger como antecedente a las conocidas concepciones desarrolladas por Mao Tse-tung, en la guerra popular china, Nguyen Giap y Ho Chi Minh en Vientam, Kim Il Sung en Corea o Fidel Castro y Ernesto Guevara en nuestra Cuba americana. En ese documento, con parca elocuencia, el Libertador dice:

Nosotros no tenemos más armas para hacer frente al enemigo que nuestros brazos, nuestros pechos, nuestros caballos y nuestras lanzas. *El débil necesita una larga lucha para vencer; el fuerte, como en Waterloo, libra una batalla y desaparece un imperio.*<sup>69</sup>

En esa frase está toda la médula y el profundo contenido revolucionario de la tesis de la guerra prolongada, con los mismos argumentos fundamentales que Mao Tse-Tung, el teórico marxista-leninista de la guerra, expone en su conocida obra que lleva este título: *Sobre la guerra prolongada*. Desde luego, para

---

[69]\_ S. Bolívar, *Carta de Jamaica. Op. cit.* Tomo I, p. 177. S.n.

Bolívar, no es aún —y no podía serlo para su época dado el grado de desarrollo de los conocimientos militares— un acabado cuerpo de doctrina. Pero sí fue una orientación honda, que brotaba de la misma experiencia de combate, Bolívar compara las dos estrategias: la del débil y la del poderoso; la guerra larga y la gran batalla. Claramente expone el interés del fuerte en una estrategia de gran batalla en la conducción de su contienda, de manera de obligar, en la medida de lo posible, a que su escuálido enemigo acepte la afrenta. La estrategia del oprimido es exactamente al revés, poseyendo tan solo brazos, pechos, caballos y lanzas, según el esquema bolivariano: persigue una larga lucha para poder vencer. ¡Qué pasmosa claridad la de Bolívar! El tiempo corre a favor del pueblo: a medida que pasa, va ganando en experiencia, se adiestra, hace de la refriega un ejercicio cotidiano. Lo fundamental, al comienzo, no es tanto acaparar grandes triunfos y jugar de una vez los tesoros acumulados, sino consolidar las conquistas y avanzar paso a paso hasta crear condiciones mejores.

Los errores de la primera y segunda república le permitieron a Bolívar, en 1815, sacar esta importantísima lección, que en adelante guiaría su gesta. En lo sucesivo, Bolívar iría a la gran batalla bastante seguro del éxito a obtener; de resto la rechazaba, ganando tiempo en atacar — como él mismo dice— los puntos débiles del enemigo, hasta obligarlo a pelear en el campo favorable a sus propósitos. Posteriormente, en una histórica carta enviada a Santander, el 11 de enero de 1820, le decía: “El enemigo se ha de dividir, y dividido debemos destruirlo sin falta, sin exponer la suerte de Colombia en una batalla general y quizás desgraciada...”<sup>70</sup>

No constituye nada afirmar que, eran las distintas etapas de nuestra guerra emancipadora, la guerra de movimientos o maniobras predominó sobre la guerra de posiciones. Desde luego, en las primeras fases, cuando la primera y segunda república 1810-1814, privó la guerra de posiciones, en combates tan

---

[70]\_ S. Bolívar. A.S.E. el *General F. de P. Santander. Op. cit.* Tomo I, p. 410.

heroicos no solo como los de La Victoria o San Mateo, sino también en el sitio de Valencia, Maturín, la Casa-Fuerte, etc. Pero repuestos de estas derrotas, los patriotas venezolanos, por propia experiencia, comprendieron la necesidad de desplegar una guerra fundamentalmente de movimiento que agotase al enemigo, hostigando constantemente, y sometido a la intemperie venezolana desconocida para él. Esta fue la estrategia puesta en práctica a partir de 1815, cuando las fuerzas republicanas buscaron cimentar una base de apoyo en el sur del país, alrededor de Angostura, y bañada por el Orinoco, el Apure y el Guárico. El abandono de la estrategia de posiciones y el desarrollo de la guerra de maniobras comenzó a dar sus frutos a los patriotas venezolanos. El enemigo comenzó a golpear en el vacío, a desesperarse, a fatigarse. Atacábamos donde fuese más débil. Actuábamos para que se dividiese. Donde éramos fuertes buscábamos consolidar las posiciones conquistadas. Esa fue la estrategia puesta en práctica por Bolívar, además de la sorpresa, emprendiendo campañas —como la de los Andes— que dejaba atónitos a sus contrarios. En la medida que la estrategia fue de movimiento, se hacía un mayor uso de la guerra irregular, en especial la guerra de guerrillas, de la cual los llaneros posteriormente coronados por Páez, y los margariteños, con la conducción ejemplar de Arismendi, dieron muestras ejemplares. Cuando el pueblo español recurría a este instrumento contra la invasión de Bonaparte, al comenzar el siglo XIX, los patriotas americanos utilizaron este método contra el coloniaje español.

Zaraza, Infante, Páez, arrebatában los llaneros venezolanos a las huestes de Yáñez, Boves y Morales, desplegando sus exitosos combates del “pica y huye” que tan colosales resultados había proporcionado a aquellos. La llanura se hizo patriota. Su extensión fue el deslumbrante escudo que defendió la fortaleza revolucionaria de Guayana, asiento del gobierno republicano. Al mismo tiempo, Arismendi, Gómez, Maneiro, demostraban toda la pujanza y resistencia de este método de guerra, al hacer imposible la completa ocupación de Margarita por los españoles, a pesar de su inmensa superioridad de fuerza, haciendo que la población participase activamente

y mediante todos los recursos en la resistencia armada contra los realistas, obteniendo definitivamente la victoria. Estas eran enseñanzas precisas para Bolívar, que confirmaban sus ideas acerca del futuro éxito militar de los americanos. Dentro de este cuadro, desarrollando la guerra irregular o bien la guerra de movimientos, el aspecto principal de la ofensiva estratégica y táctica no era —como se ha dicho por allí— el hostigamiento para desgastar al enemigo, sino, al contrario, la guerra de aniquilamiento, de exterminio del enemigo. El progreso de las fuerzas revolucionarias se medía por el número de enemigos aniquilados (muertos, heridos, prisioneros, etc.) y las armas y equipo (artillería, fusiles, caballos, ganado, etc.) que se le tomasen. Poco a poco este proceso lento iba cambiando la correlación de fuerzas en el curso de la larga guerra, hasta crear las condiciones maduras para emprender, entonces sí, el camino de la batalla decisiva, de la contraofensiva fundada en la guerra de posiciones. La relativa superioridad de las fuerzas de España se iba transformando, gracias a la estrategia de la guerra prolongada, de movimiento irregular, en inferioridad relativa. En tanto que el fenómeno contrario acontecía con el ejército patriota. Esto se debió, no solo, a la acertada estrategia, sino también a la justa conducción táctica, en cada combate, de tropa y comandantes, mediante la cual le quitaban la iniciativa al enemigo, echándolo en el charco de la pasividad y la confusión. Tomando en cuenta esta estrategia de guerra larga, coordinada con una táctica aniquiladora del enemigo, que jamás debería significar capitulación o transigencia, Bolívar exigía siempre triunfo absoluto o nada, según escribía el coronel O'Leary en 1828.<sup>71</sup>

La consigna directriz fundamental estratégico-táctica del Libertador fue formulada textualmente aun cuando practicada y difundida desde antes, en carta enviada a Santander el 25 de junio de 1820:

---

[71]\_ *Carta al Coronel Daniel F. O'Leary. Op. cit.* Tomo II, p. 325.

... De todos modos, las fuerzas del Magdalena y Cauca deben reunirse y obrar firme con *audacia en el plan y con prudencia en la ejecución*, que en mi máxima favorita en el día para que la sigan los cuerpos secundarios del ejército. Solo yo debo tener prudencia para todo, todo, todo, para no exponerlo todo, todo, todo.<sup>72</sup>

¿Qué significado práctico tenía esta máxima militar del Libertador? A nuestro entender aquí se encuentra la clave de sus éxitos militares. Es indudable que Bolívar entendía la acción guerrera como un arte, pero no por ello dejaba de tener divisas que orientaran en líneas generales la conducta dirigente. La imponderabilidad de la guerra y el ejercicio de aquella máxima los había puesto de manifiesto en otra carta al mismo Santander, unos meses antes:

Esta lentitud [de su ejército] puede ser que sea muy prudente; pero también puede ser infausta, *porque la suerte de la guerra es impenetrable para los hombres*. Mas yo estoy dominando el destino de dieciocho provincias ya libres, y no debo jugarlas a los dados. Unos sacrificios más tendremos que hacer, que, aunque dolorosos por fin tendrán un resultado agradable. Yo voy a obrar con mucha energía sobre los puntos débiles, y voy a dejar los fuertes en inacción momentánea, para que las ventajas parciales contribuyan después a la ventaja total. Estoy como aquel rico que, a fuerza de azares, ha llegado a amontonar un gran tesoro y por lo mismo teme aventurarlos a las contingencias que se le han procurado. La fortuna es generalmente ciega, y yo me he hecho perspicaz: este es un presagio muy fausto al buen éxito de nuestra causa. No sé si me equivocaré, pero yo tengo más confianza en esta prudencia que en todas las profecías de los santos.<sup>73</sup>

Allí está delineada su concepción de la guerra. El papel del azar y la necesidad; de lo parcial y lo total; de la audacia y de la prudencia. En un justo equilibrio de dirección desenvuelve su divisa de audacia en el plan y prudencia en la

---

[72]\_ *Carta al General Santander. Op. cit.* Tomo I, p. 461. Destacado nuestro.

[73]\_ *Carta al General Santander. Op. cit.* Tomo I, p. 410. Destacado nuestro.

ejecución. Audacia en el plan no significa otra cosa que despreciar al enemigo, al considerarlo en su conjunto y en el curso del desarrollo general de la guerra; esto es estratégicamente. Pero, del mismo modo, como debemos tener una honda confianza en nuestras propias fuerzas, por débiles y pobres que sean hoy, asegurándoles, en fin de cuentas, el triunfo sobre el enemigo, del mismo modo, digo, por elemental oposición dialéctica, necesitamos ser sumamente prudentes en la ejecución de lo planificado, lo que significa más bien tomarlo muy en cuenta, sobreestimarlos si se quiere a la hora concreta del combate, es decir, tácticamente. Mas, es verdad, este ha sido el más importante principio político-militar y estratégico-táctico que los camaradas chinos han incorporado en su guerra popular de liberación. ¿No se encuentra ya germinado en esta máxima militar del Libertador? ¡Claro que sí!

No tener audacia significa falta de fe en nuestras propias fuerzas, exceso de estimulación en el poderío del enemigo, no tener confianza en los análisis históricos y políticos que ponen de nuestra parte a las masas populares en el curso de la guerra emancipadora. A menudo caemos en este error cuando supervaloramos al imperialismo norteamericano y el ejército enemigo, sin comprender la marcha inalienable y objetiva de la historia, que se opone a ellos, asegurándoles un futuro de derrota. Evitar este error oportunista y conciliador, de derecha, significa en palabras de Bolívar audacia en el plan: en la campaña, en la batalla, en el combate. “Audacia, audacia y más audacia!”, como decía Danton. No ser prudentes en la ejecución de la operación significa, al contrario, subestimar al enemigo a la hora de la refriega: no haber valorado con exactitud sus fuerzas, posiciones, y armas; caer en la aventura y en las corazonadas, jugando a la suerte la acción y los hombres, como si se tratase de un juego de dados. A menudo caemos en este error, en el momento concreto de la operación, sin comprender que nuestras fuerzas deben arriesgarse con un porcentaje evidente de victoria en el análisis de la correlación de fuerzas, para asegurar siempre el éxito con el menor número de bajas. Evitar este error izquierdista y aventurero no era otra cosa, en palabras de Bolívar, que prudencia en la ejecución.

Y esta era su exigencia constante para los comandantes de su ejército a la hora de dirimir la contienda. ¡Aprender de este principio directivo militar, en los combates que se libran por la liberación nacional y el socialismo, es la consigna revolucionaria que rescata la pujanza de nuestra experiencia histórica!

En la práctica, el Libertador aprendió mucho del desarrollo de la guerra de guerrillas. Los fastos del pueblo margariteño contra los españoles que les valió el heroico nombre de neoespartanos se construyeron en la ejecución ejemplar de este extraordinario método de lucha. Partiendo de poca cosa, asegurando la ligazón con el pueblo, los alzados en armas hostilizan al enemigo constantemente, nunca dan blanco para sus baterías, y golpean con fuerza en cada uno de los puntos débiles del enemigo. Desde luego, el despliegue mismo de la guerra impuso, desde los primeros momentos de la Independencia, el desarrollo de una guerra regular, incluso de posiciones. Pero esta valiosa experiencia permitió, en pequeño, desbrozar las perspectivas para la campaña en grande de toda la guerra. Además de la exigencia de planificación, Bolívar insistió en la división del enemigo en cuantas partes fuese posible, en atacar los puntos débiles del enemigo y consolidar los puntos fuertes obtenidos, en combinar acertadamente la concentración y dispersión de fuerzas, como elementos vitales en el empleo ágil de las tropas, a fin de arrancarle la iniciativa al enemigo, a pesar de su superioridad relativa en armamento y hombres.

Hemos citado ya su exigencia de “dividir al enemigo” para “destruirlo sin falta”, en su carta a Santander. Esto tiene una gran importancia táctica. Dividirlo significa buscar dispersarlo, de manera que en un instante y punto dados pueda ser liquidado por separado. Bolívar es muy claro: habla de dividir y de destruir. También hemos visto —cita anterior— su exigencia de operar con energía sobre los puntos débiles, dejando a los fuertes en inacción momentánea. Esta es una norma complementaria a la anterior. En esa misma carta, al comienzo, se refiere también a la necesidad de combinar la concentración y dispersión de fuerzas —en ese caso, del enemigo— persiguiendo su agotamiento, mientras prepara su contraofensiva táctica:

Mientras tanto yo voy a maniobrar por un flanco del enemigo para forzarlo a concentrarse, para que concentrado agote sus recursos y después vuelva a diseminarse, forzado por la escasez a que lo vamos a reducir, a tiempo que ya podemos tomar la ofensiva resueltamente.<sup>74</sup>

Pero lo anterior no significa que el Libertador no estuviese claro en el uso adecuado de los principios militares de la guerra regular. En absoluto. Con suficiente despliegue supo responder a cada situación concreta, según la etapa estratégica de la guerra. Combinó así la guerra irregular con la regular; el aniquilamiento con el hostigamiento la guerra de movimiento con la de posiciones. En momentos en que se defendía una plaza militar ante el ataque enemigo, supo ver la combinación dialéctica de la ofensiva y la defensiva, tanto en su aspecto estratégico como en el táctico. Esto es lo que explica que, ante la invasión enemiga, exigía, en lugar de la simple defensa, su trastrocamiento en ofensiva para expulsarlo más allá de nuestras propias fronteras. No es casual que el Ejército Libertador llegue hasta Bolivia, en síntesis positiva de los intereses políticos de emancipación americana y los intereses militares de contraofensiva al máximo, como mejor escuela de defensa. Entendía la defensa como ofensiva, sin dejar de aplicar muchas veces la defensa a la hora de atacar al enemigo. Compárese el siguiente texto al respecto:

Todo conspira a hacernos adoptar esta medida: sin hacer mención de la necesidad urgente que tenemos de cerrarle las puertas al enemigo, hay otras razones tan poderosas para determinarnos a la ofensiva que sería una falta militar y política inexcusable dejar de hacerla. Nosotros nos hallamos invadidos y por consiguiente forzados a rechazar al enemigo más allá de la frontera. *Además es un principio del arte que toda guerra defensiva es perjudicial y ruinosa para el que la sostiene, pues lo debilita sin esperanza de indemnizarlo: y que las hostilidades en el territorio enemigo siempre son provechosas, por el bien que resulta*

---

[74]\_ *Ibidem*. Tomo I, p. 409.

del mal del contrario; así no debemos por ningún motivo emplear la defensiva.<sup>75</sup>

Mayor precisión y dominios de las reglas del arte de la guerra en boga para la época, después de las innovaciones del ejército napoleónico, no podía esperarse. El Libertador, desde el comienzo mismo de la guerra, daba muestras de un conocimiento profundo de este arte; de estar al día de lo que podía aprender de los otros y de las otras experiencias mundiales, y estaba dispuesto a contribuir con sus luchas al enriquecimiento de la capacidad militar.

Un último elemento destacado por Bolívar es la valoración del hombre, del combatiente, como elemento decisivo en la guerra. Una y mil veces planteó la necesidad de construir ejércitos aguerridos, que por su unidad y disciplina fueran capaces de sobreponerse a los golpes más cruentos, para continuar avanzando en pos del triunfo. Ya en su *Memoria dirigida a la Nueva Granada*, el Libertador manifestó la importancia de este elemento para los resultados futuros de la conflagración:

El resultado probó severamente a Venezuela el error de su cálculo; pues los milicianos que salieron al encuentro del enemigo, ignorando hasta el manejo del arma, y no estando habituados a la disciplina y obediencia, fueron arrollados al comenzar la última campaña, a pesar de los heroicos y extraordinarios esfuerzos que hicieron sus jefes por llevarlos a la victoria. Lo que causó un desaliento general en soldados y oficiales; *porque es una verdad militar que solo ejércitos aguerridos son capaces de sobreponerse a los primeros infaustos sucesos de una campaña*. El soldado bisoño lo cree todo perdido desde que es derrotado una vez: porque la experiencia no le ha proporcionado que el valor, la habilidad y la constancia corrigen la mala fortuna.<sup>76</sup>

---

[75]\_ *Memoria dirigida a los ciudadanos de la Nueva Granada por un caraqueño*, 15 de diciembre de 1812. *Op. cit.* Tomo I, p. 47; Tomo II, p. 1005. Destacado nuestro.

[76]\_ *Ibidem*. Tomo I, p. 43. S.n.

El texto es evidente. En general la experiencia de la guerra es lo que, en definitiva, crea al soldado de la revolución, en el verdadero sentido de la palabra. Lo normal es que haya primeras derrotas y a continuación desánimo. Es necesario educar a las fuerzas revolucionarias, a todos los combatientes, en los gajes del oficio: considerar como natural los primeros fracasos. No cabe precipitación, desesperación, desfallecimiento. La persistencia en el camino emprendido —el valor, la habilidad y la constancia— corrigen las deficiencias y se aquilatan para arrollar el porvenir. La guerra, la lucha armada revolucionaria, no es cosa de días, ni de meses, ni siquiera de unos cuantos años. Es algo más que eso. Es una lucha larga como pregonaba Bolívar. En el curso de ella se van forjando los crisoles de la revolución. Esto nos enseñaba Bolívar hace 150 años. En particular, el Libertador orienta al joven combatiente: no debe darse por perdido ante los primeros avatares de la contienda; debe estar preparado, “ponerse duro”, para esperar que la misma experiencia de la guerra les surta los elementos capaces para hacerlo un soldado aguerrido. La formación del combatiente revolucionario no tiene semillero que las propias luchas revolucionarias.

Bolívar destacó siempre el papel del hombre en la guerra. No se dejó amilanar por el poder de fuego del enemigo. Calibrando su importancia, siempre consideró por encima de las armas al hombre. Y en especial su disciplina, su constancia, su coraje, su habilidad. Escribiéndole a Arismendi, decía:

Los españoles dicen que tienen mil setecientos hombres, de los cuales una tercera parte de europeos. El valor, es preferible al número y la habilidad superior al valor; así tenemos confianza.<sup>77</sup>

En el mismo sentido dirigiéndose al señor Bautiste Irvine agente de los Estados Unidos, le reprochaba con fuerza lo siguiente:

---

[77]\_ *Al General Juan Bautista Arismendi*, 26 de junio de 1816, desde Carúpano. *Op. cit.* Tomo I, pp. 199-200.

Nada, de cuanto V.S. diga, puede destruir la superioridad de nuestro ejército de tierra sobre el enemigo y lo que V.S. alega para probar insuficiencia de nuestras fuerzas navales convencerá, a lo más que nuestra escuadra no contaba de tantos buques como la española, que el acto de evacuar las plazas y el río fue engrosada por los buques mercantes armados y tripulados con parte de artillería y con las guarniciones de los puestos que abandonaba. Pero si éramos tan inferiores ¿por qué no se atrevió a presentarnos batalla?, ¿por qué en una persecución de más de cincuenta leguas no nos esperó, ni nos obligó a desistir de ella? ¿por qué huyendo en una dispersión espantosa se dejó apresar una multitud de buques, la mayor parte ellos armados? *El valor y la habilidad, señor agente, suplen con ventaja al número.* ¡Infelices los hombres si estas virtudes morales no equilibrasen y aun superasen las físicas! El amo del reino más poblado sería bien pronto señor de toda la tierra. *Por fortuna se ha visto con frecuencia un puñado de hombres libres vencer a imperios poderosos.*<sup>78</sup>

Mayor entereza y claridad no pueden encontrarse. El pensamiento de Bolívar le imprime una fuerza gigantesca a las actuales luchas que los revolucionarios de América Latina realizan contra el imperialismo norteamericano y los gobiernos títeres de sus respectivos países. Un puñado de hombres libres dispuestos por encima de todo a vencer a los más poderosos imperios; *¡he ahí el camino trazado por Bolívar para los combatientes latinoamericanos!* Estas son las enseñanzas más importantes que en el plano militar extrajo el Libertador de nuestra guerra de independencia, en especial de la guerra de guerrilla. Existen, desde luego, otros planteamientos, pero estas ideas son las de mayor proyección presente. ¿Qué figuras, aparte de Bolívar, representaron simbólicamente estas enseñanzas de su doctrina? Hemos escogido, en cuanto a la guerra de guerrillas, la figura de Arismendi en Margarita; en cuanto a la guerra en su conjunto, naturalmente la de José Antonio Páez, como lo veremos en el próximo punto. La batalla de Matasiete culmina toda la inmensa epopeya que los

---

[78]\_ *Op. cit.* Tomo I, p. 356.

margariteños gestaron en su isla durante más de siete años consecutivos hasta obtener finalmente la victoria. Nunca los españoles, con diez, cien y hasta mil veces más fuerzas pudieron apoderarse totalmente de esta pequeña isla, cuyos montes y cerros fueron el refugio seguro de los guerrilleros patriotas. La tea de la libertad siempre estuvo encendida. Jamás se apagó. Arismendi, Gómez, Maneiro, etc., pasaron por cientos de calamidades, pero siempre sacaron energías y habilidades para continuar la lucha. Este ejemplo, a la manera de lo que Fidel y la isla de Cuba han hecho hoy en grande, debe restablecerse en todo su valor, para que sirva de orientación a las nuevas generaciones.

Desde 1810 Margarita se adhiere al gobierno central independentista. Se recuerda siempre como la última en caer y la primera en renacer de las cenizas. La capitulación de Miranda la arroja de nuevo al vasallaje colonial. Pascual Martínez, el gobernador español, la somete a todo género de ensañamientos. Esta es la época, entonces cuando Arismendi se guarece en las montañas y desde allí inicia la lucha, completamente solo. Para que dos pequeños hijos suyos, retenidos por el tirano español, no fuesen muertos, Arismendi termina por entregarse. Perdió entonces, libertad, bienes, esposa y hasta los propios hijos, que quedaron huérfanos y abandonados. Pero aún dentro de la propia fortaleza de Pampatar, en cuyas mazmorras estuvo aprisionado, su cerebro no descansa para levantar al pueblo en armas. En el momento en que Mariño, Piar, Bermúdez desde el islote de Chacachacare invaden la península de Paria en el oriente venezolano, llegando hasta Maturín y rechazando allí a las huestes de Monteverde, estalla la insurrección armada en Margarita, el 3 de junio de 1813. Combinado su acción interna complotiva y el alzamiento externo del pueblo, bajo el comando de Rafael Guevara, el movimiento triunfa al arrinconar al tirano Martínez en el castillo de Pampatar, y Arismendi es proclamado gobernador de la isla.

Pero ya para entonces la guerra era a muerte. A las atrocidades de Monteverde, Zuazola, Antoñanzas y Ceveris, los patriotas hubieron de responder con medidas ejemplares: Pascual Martínez y sus compinches son pasados por las

armas. Margarita, isla libre, comienza a prestar su solidaridad material con el resto de la república aherrojada. Deja a Maneiro responsable en la isla y viaja a Caracas a dar cuenta al Libertador, para entonces triunfante de los sucesos de Margarita. Refiriéndose a su talla de revolucionario, Eduardo Blanco lo caracteriza del siguiente modo:

Fue Arismendi, por condiciones varias, muy notables, una de las figuras más características de la revolución, una de sus potencias más incontrastables, uno de los caracteres más duramente templados en la volcánica fragua de aquella tumultuosa agitación de iras y venganzas, de sacrificios y heroísmo [...] pujantes lidiadores de la época, y a pesar de los sangrientos vértigos que quieren enrostrarle para menguar sus glorias, alcanzó épica grandeza en aquellos tiempos en que no era fácil escalar sin comprobados merecimientos un puesto culminante y señalados servicios prestó con desinterés en su país. Fanático por la libertad, le cegaron a veces tempestuosas pasiones; pero, con todo ello, su gloria tiene por pedestal a Margarita; a la isla diminuta en tamaño, gigantesca en su acendrado patriotismo. El carácter de tan incontrastable lidiador, su perseverancia y su heroísmo van a lucir en breve.<sup>79</sup>

A poco tiempo cae la segunda república, e incluso el imbatible Maturín es tomado por los españoles, no sin antes cobrar en la vida de Boves tan desastrosa derrota. La isla pasa a ser el refugio de la libertad. Morales intenta entonces aprehenderla. En ese momento, justamente, arriba Morillo a nuestras costas con toda su enorme expedición enviada para someter a toda América. Y he aquí que a la vanguardia de ella, Margarita, con Arismendi a la cabeza, se apresta a darle la batalla. No cabe mejor oportunidad. Setenta y cinco buques, treinta barcos, tres fragatas y un navío forman la escuadra real. Un total de 15.000 hombres, incluyendo la marinería. Morales en tierra firme reúne 5.000 y disponía de veintidós naves para la invasión. El primer acuerdo es someter a la “nueva Esparta”, único bastión hasta entonces impenetrable.

---

[79]\_ E. Blanco. *Op. cit.* pp. 299-300.

¿Qué fuerza tienen los isleños? 400 hombres. Pero con un espíritu de libertad y odio al opresor irredimible. ¿Combatir a la invasión no es una empresa de locos? ¿Acaso hoy, como ayer, en cualquier parte de América no somos 400 en armas contra 20.000? Esta es la grandeza de Margarita y de Arismendi. Se inicia entonces la discusión entre los patriotas: unos por batallar de frente contra el enemigo, que prácticamente significaba un suicidio, muriendo todos antes de rendirse; otros por aparentar sometimiento, “dejando pasar la onda irresistible”, para “levantarse de nuevo” tras ella. Esta es la solución acordada por Arismendi, contra la impetuosidad de Bermúdez. Morillo desembarca en Pampatar el 9 de abril, prometiendo que no habrá represalias. En parte eso se cumple con el nombramiento de Antonio Herrais, gobernador de la isla. Los patriotas mantienen su libertad dentro de la isla: Arismendi prepara de nuevo la insurgencia en espera oportuna. Esta se ve dificultada por la actitud amplia del señor Herrais. Pero muy pronto se inició la tempestad. En viaje Morillo hacia la Nueva Granada, quedó Moxó al comando de Venezuela. Este depone a Herrais y en su lugar coloca a Joaquín Urreiztetia, llamado a despertar la ira de los isleños.

Apenas llegado, Urreiztetia, comienza a perseguir a los revolucionarios, principalmente al propio Arismendi. Este, precavido, ha tomado ya el monte con unos cuantos amigos. Perseguido en el Copey, el pequeño grupo de Arismendi inicia de nuevo su guerra de guerrillas contra el opresor. Se inicia así la rebelión de la isla, con los antiguos combatientes, cada uno formando unidades pequeñas en las serranías y montes cercanos. Su hostigamiento hace la vida imposible a los españoles. Paulatinamente, de perseguidos, hacen retroceder a sus perseguidores. Es entonces cuando la furia de la impotencia conduce a Urreiztetia a una burda felonía: apresa a la nueva joven esposa de Arismendi, en estado de gravidez, sepultándola en las celdas del castillo de Santa Rosa. Hace saber al líder revolucionario que si no se entrega perderá a su mujer y a su futuro hijo. Arismendi se sacrifica en lo personal y no lo hace. Al contrario, acelera los preparativos insurreccionales, fijando el 15 de noviembre para

el levantamiento de todo el pueblo, bajo la consigna histórica de Libertad o muerte. Antes de esa fecha, los realistas pasan a la ofensiva, por haber descubierto algunos planes, matando y haciendo prisioneros a los patriotas. Esa misma noche, Arismendi con treinta hombres, apenas tres fusiles y ciento veinte cartuchos, asalta el fuerte de Juan Griego, aniquilando a sus defensores. Se pone en pie toda la isla; retumban de nuevo los clarines de la victoria. Dueño de ochenta fusiles, marcha sobre la Villa del Norte, incorporándosele pueblo en el camino. Nuevo combate. Nuevo triunfo. Doscientos españoles muertos. Unas docenas de patriotas. Cunde la revolución. El norte de transforma en la base de apoyo de la guerrilla vencedora. Organizada y restablecida, en pocos días, llega a acumular hasta 1.500 hombres, con machetes, lanzas y cuchillos. Margarita otra vez nace.

Los españoles intimidan a los patriotas: los presos de Santa Rosa y Pamptar son muertos a cuchillo, mostrando sus cadáveres en las playas. Con novecientos hombres marchan a recuperar el norte de la isla. En los cerros de El Vigía y España los espera Arismendi. Allí los detiene, a fuerza de cuchillos. El entusiasmo sacude a los patriotas por doquier. Esto lleva al líder a intentar tomar la capital, La Asunción, lográndolo en parte e incomunicando a las fuerzas españolas del castillo de Santa Rosa, donde termina por refugiarse Urreiztetia. Este recurre de nuevo al martirio de la esposa, a punto de ser madre. En gesto noble, ella respondía: “Jamás lograréis de mí que le aconseje faltar a sus deberes”. Moxó desde Caracas ordena: Desechad toda humana consideración y hacer fusilar a todos los que cojáis con armas o sin ellas, y a los que los hayan auxiliado o auxiliaren, precedido de un solo juicio verbal”<sup>80</sup> ¿Cuál es la diferencia con las normas que aplica hoy en nuestro país el Alto Mando Militar a todos los revolucionarios, recientemente legalizadas con el decreto de suspensión de garantías que niega el derecho de defensa de los prisioneros, a través de juicios sumarios? ¿Son las mismas órdenes de

---

[80]\_ E. Blanco. *Op. cit.* p. 308.

Moxó, que aún resuenan sobre la patria oprimida! Son los mismos opresores y esclavistas. Es la misma lucha por la libertad. Se ha proclamado la espada de Bolívar, su bandera, sus proclamas y se avanza en pos de la nueva aurora de la revolución americana. Admirado ante el coraje y arrojo de los guerrilleros, Urreiztetia le respondía desde el castillo a Moxó: Usía formará una idea del empeño y obstinación con que se bate este canalla, consentida en morir tarde o temprano, cuando ocupa una ventajosa posición, con decirle que cuantos puntos han tomado hasta ahora ha sido materialmente a bayonetazos, y ha habido insurgentes que con sus manos han arrancado la bayoneta del fusil de nuestros soldados, que es a lo que puede llegar el arrojo de un hombre temerario”.<sup>81</sup> La revolución se esparce, sacudiendo la tierra. Toda la isla arde, en poder de revolucionarios sin armas.

Todos los esfuerzos de Arismendi se dirigen a la toma del castillo de Santa Rosa, donde gime su joven esposa. Una noche penetraron 38 de sus hombres; pero descubiertos, perecieron en la audaz empresa: fueron fusilados. Arismendi responde pasando por las armas a 17 oficiales y 170 soldados prisioneros. Urreiztetia domina a Pampatar y recibe refuerzos de 400 hombres y buques desde Cumaná. Afanosamente los patriotas reúnen dinero para obtener armas en las Antillas. Estamos ya a comienzos de 1816. Es entonces cuando nace el niño de Arismendi en las oscuras mazmorras, y el jefe español escribió a Moxó: “...que la señora de Arismendi había dado a luz en prisión un *nuevo monstruo*, y que convendría decapitarla por haber su marido hecho matar a los prisioneros españoles...., se debería privar de la vida a todas las mujeres y niños de la isla, ya que los patriotas se servían de ellos y de ellas para comunicarse con Pampatar”.<sup>82</sup> El hijo de la revolución fue arrojado a los fosos del castillo; su madre, trasladada a otras prisiones. Arismendi es intimidado de nuevo:

---

[81]\_ Citado por Mariano Briceño. *Historia de Margarita*, p. 95.

[82]\_ E. Blanco. *Op. cit.* p. 320. Destacado nuestro.

“que el primer tiro que de nuevo disparase, pasarían por las armas a la prisionera”. La respuesta es categórica: “Mátenla, malvados, que yo sabré vengarla”.

Luisa Cáceres de Arismendi ha pasado a ser un símbolo de la mujer revolucionaria. La desesperación de la inocente criatura, hijo del infortunio rebelde, imprime trágicos rasgos a estos sucesos. Ha dado el ejemplo de la dignidad asumida. ¿Terminó para siempre esta barbarie? ¿Vivimos un mundo moderno donde tan grotescas zozobras han desaparecido? En absoluto. El látigo opresor sigue castigando, como antes, la probidad humana; no respeta nada: ni familia, ni nobleza ante la mujer, ni siquiera vergüenza ante el acto sagrado de la madre encinta. ¿Acaso, recientemente, mujeres venezolanas no han parido a sus hijos en otras fortalezas? Se pueden enumerar muchas, cuyo destino tuvo la virtud de emparentarse a la figura símbolo de la mujer venezolana: ¡Luisa Cáceres de Arismendi!

Como canto a la mujer margariteña de aquella época recogemos a continuación un pequeño relato que pinta la incorporación femenina al desarrollo del movimiento guerrillero de la isla:

El sol desaparece tras las cumbres de Macanao, después de iluminar uno de aquellos tan reñidos combates que en torno de la Asunción libraban diariamente, los valerosos insulares; dos mujeres del pueblo llevando a espaldas voluminosos *manires*, se encuentran cerca de la línea de los atrincheramientos republicanos y al reconocerse se preguntan:

–¿De dónde vienes?

–De Tacarigua. ¿Y tú?

–De ahí mismo. ¿Traes algunas raciones?

–Sí, unos plátanos y media arroba de jureles salados.

–Vaya, es algo.

–¡Y la pelea de hoy como que ha sido seria!

Acabo de encontrar dieciocho heridos.

-Así, así, los hicimos correr.

-¿Y tu hermano?

-¿Quién? ¿Manuel?

-Sí.

-¡El pobre! No pudo pelear hoy, y bien que lo estará sintiendo. Lo mataron ayer.

-¿De veras? Dios lo tenga en su gloria. Pero el fusil tú lo recogerías.

-Por supuesto. ¿Se lo iba a dejar a esos perros?

-Dámelo entonces, para...

-Dilo con franqueza, mujer: ¿para Pepe?

-Sí..., él no tiene fusil.

-Pues tu Pepe, por el momento se quedará con las manos vacías, porque mi padre lo recogió apenas cayó Manuel, y la bayoneta que te podía ofrecer la tiene ya enastada el sacristán de la iglesia del norte, que tampoco tenía arma y estaba atisbando la primera que quedara sin dueño.

-¡El pobre Pepe es muy desgraciado! Hace diez días que solo arroja piedras, y eso lo tiene triste; él desea pelear con otras armas.

-Pues dile que no se desespere. Y no te quejes, porque más desgraciados que él no faltan ¿Te olvidas de la señora...?

-Ay, pobrecita ¿sabes lo que están diciendo?

- ¿Qué?

-Que anoche la mataron...

-Mentira; eso desearía ella para salir de penas y marcharse para el cielo con zapatos y todo. Esta tarde, nada menos, la sacaron a la explanada

del castillo para insultarla como siempre y poner más rabioso al general.

-Y él ¿qué hizo?

-Le arrojó tras sacos de metralla.

-¡Caramba! Entonces la quiere...

-Te engañas: la quiere más que a la niña de sus ojos, tanto como a María Santísima; pero Margarita y la Patria están por sobre todo.

-Si Pepe me hiciera eso...

-¡Y qué! Vamos a ver, ¿qué pensarías?

-Que no me tenía ningún cariño cuando me dejaba sufrir tanto.

-¿Pero qué pretenderías que hiciera?, ¿que se entregase y nos entregase a todos al cuchillo y al menosprecio de los godos?

-Yo no sé...

-Pues sábetelo que no lo hará jamás, y que si tal cosa hiciera el general, no gozaría mucho tiempo de la vida, porque le mataríamos y nombraríamos otro jefe que nos dirigiera. Ni mi padre, ni mis hijos, ni yo nos cansaríamos nunca de pelear.

-Ni yo tampoco, y Pepe mucho menos...

-Entonces no digas disparates.

-¡Ah! Se me olvidaba. Encontré anoche la crucecita de oro que me dejó mi madre y que creía perdida, y como tengo que marcharme ahora misma Tacarigua y tu verás al general, llévasela para que la agregue a las perlas que va a mandar cambiar por las armas.

-Está bien; pero vete que es tarde, y que la Virgen del Valle te acompañe.

-Hasta mañana

-Adiós.<sup>83</sup>

Así luchaba Margarita: sus hombres y sus mujeres; todos empeñados en llevar adelante la guerra de guerrillas. Así actuaban y pensaban sus mujeres combatiendo al lado de sus seres más queridos, contra el tirano opresor. Su ejemplo dejó una estela de sacrificios. Muchas de nuestras mujeres combatientes y campesinas han sido muertas, torturadas, violadas, detenidas y perseguidas. Ahí están los nombres de Livia Gouverneur, Livia de Gonzáles, Concepción Orta, Ana Lourdes Pacheco, Carlota de Ochoa, Olga de Hernández, Chulía Vásquez, Pilar Ponce, Valentina Lugo, Eduvigis Colorado, Dilia de Hernández, Nancy Alvarado Palma... y tantas otras asesinadas por los regimientos de la democracia reformista. La mujer de nuevo, ha ganado con su vehemencia un puesto de combate.

En Mamey, Arismendi derrota a los realistas, incendiándose el depósito de pólvora del castillo de Santa Rosa, destruyendo la guarnición del fuerte. El propio Urreiztetia es herido. Pardo pide nuevos refuerzos ante la indómita fiereza de los guerrilleros margariteños. Los españoles en vano talan e incendian el Valle del Espíritu Santo, pasando a cuchillo a sus habitantes, buscando asfixiar al movimiento guerrillero. Los patriotas continúan victoriosos, y los invasores se ven obligados a permanecer en los fuertes de Santa Rosa y Pampatar. En esos momentos, desde Jamaica. Bolívar arriba a Margarita. Arismendi se puso a sus órdenes y el pueblo todo, en asamblea, proclama Jefe Supremo al Libertador. Pardo se amilana con la llegada de Bolívar: evacúa Santa Rosa y La Asunción y se refugia en Pampatar. Definitivamente, después viaja a Cumaná y a Caracas para encargarse de la Capitanía General, en sustitución de Moxó. En la práctica, la isla queda independiente. Arismendi pasa el mando a Gómez y con 400 hombres se apresta a tierra firme para ayudar a los patriotas.

---

[83]\_ E. Blanco. *Op. cit.* pp. 315-318. Ver Mariano Briceño. *Historia de Margarita*, pp. 104 y ss.

Este es el fin de la campaña de Margarita. La nueva invasión encontrará al frente de los experimentados guerrilleros al segundo comandante: el general Francisco Esteban Gómez. Morillo aprovecha la llegada de los refuerzos de Canterac, con 2.800 hombres y un convoy de buques menores. En Cumaná se reúnen todos los realistas y de nuevo planifican la aprehensión de la impenetrable isla. Aldana y Canterac con 3.000 hombres inician la invasión, mientras Gómez los espera con 1.300, mal armados. El 15 de julio de 1817 desembarcaron en Los Varales. Inmediatamente le cerró el paso una avanzada de 500 hombres al mando de Joaquín Maneiro, enviado por Gómez. Los isleños hacen la guerra de hostigamiento, con repliegue ordenado, causándole constantes bajas al enemigo. Los movimientos de los españoles son prácticamente paralizados. Morillo intimida entonces a los patriotas, instándoles a rendirse en vista de su superioridad de fuerzas y prometiéndoles de nuevo perdonarles su rebeldía. Gómez, cual neoespartano, le responde: “Si V.E., fuere vencedor, se hará señor de los escombros, de las cenizas y lúgubres vestigios que quedarán de nuestra constancia y valor. Con ellas se complacerá su tiránica ambición, mas no con dominar la isla de Margarita, ni menos a sus ilustres defensores”.<sup>84</sup> La consigna revolucionaria de “¿Someternos? ¡Jamás!”, prendió por doquier: “Antes convertirnos en polvo, o sepultarnos con la isla en los abismos del mar”. Tal fue la respuesta que recibió Morillo.

De nuevo las masas se levantan en su marcha de gigantes. Todo el pasado se recuerda en la gesta cumplida por Arismendi. Morillo pasa a la ofensiva, y después de innumerables escaramuzas logra al fin tomar Porlamar. Los isleños aprueban retirarse a San Juan, para obligar al ejército enemigo al abandono de sus buques en la costa. Morillo avanza y se adueña de Pampatar. Poco a poco va penetrando hacia donde lo llamaban los revolucionarios. Su objetivo en aprehender La Asunción, cuartel general de los isleños. Al fin fija su centro en el cerro de Matasiete. Envía sus avanzadas, pero estas son liquidadas por

---

[84]\_ E. Blanco. *Op. cit.*, p. 326.

los revolucionarios. Se inicia así la cruenta batalla. Después de ocho horas de combate, los realistas tienen cerca de 200 muertos y 400 heridos. Morillo termina por replegarse en retirada, dejando el campo victorioso a los patriotas. Esto sucedió el 31 de julio. El 1° de agosto se retiran de nuevo a Pampatar, seguidos de cerca por los republicanos. El 6 de agosto los invasores vuelven al ataque. Ante heroicos gestos, entre ellos la quema del depósito del fuerte de Juan Griego y su arrojamiento al mar, por parte del patriota capitán Juan Fermín, al fin los invasores toman este fuerte. Al mismo tiempo, Gómez derrota en Paraguachí a una columna enemiga y se guarnece en la Villa del Norte, en espera del enemigo. Posteriormente, al saber de los triunfos revolucionarios en Guayana, Morillo termina por abandonar la isla, embarcándose para Cumaná a mediados de agosto:

De pie, sobre las cumbres de las empinadas montañas, toda la población margariteña ve alejarse los bajeles enemigos para jamás tornar a aquellas playas que dejan desoladas al par que enrojecidas con la sangre de los soldados españoles; y un himno inmenso a Dios y a la Patria entonan los victoriosos insulares, libres por siempre del cetro de Castilla.<sup>85</sup>

Una vez más un pueblo decidido a vencer, triunfa. Una vez más un puñado de valientes hace morder el polvo de la derrota a un gigantesco imperio. Una vez más la guerra de guerrillas, como instrumento revolucionario de los débiles y oprimidos contra los poderosos y opresores, resulta exitosa. Una pequeña isla, casi sin montañas, rodeada del inmenso mar, hace de su voluntad suprema al sacrificio la única garantía de ser libre. Y los siglos contemplan esta hazaña como una lección de bizarría, en las presentes horas que empañan nuestra historia. Seguir el ejemplo de Margarita; tomar el banderín iracundo de estos insulares; hacer de sus fastos nuestros símbolos de lucha: ¡he ahí el ideal que tan

---

[85]\_ *Ibidem*, p. 333.

gallardamente ha realizado el pueblo cubano y que toda América mestiza se presta a emular!

## Capítulo 7

### Libertad o tiranía (Páez en Carabobo)

Llegamos así al final de esta síntesis doctrinaria de Bolívar. Este principio de libertad o tiranía no hay un tercero, recorre sustancioso todo el ideario bolivariano. Si hubiera que reducir su pensamiento a un solo punto, sería este. Si hubiera que expresar su activa vida, este objetivo lo llena plenamente. Y resulta que es el mismo drama de la patria; ¿Qué ha sido nuestra historia sino una eterna lucha del pueblo oprimido contra sus sucesivos y distintos opresores? La vida y la ideología de Bolívar resumen la práctica y la teoría histórica de nuestro pueblo. Este incesante batallar por la libertad y contra la tiranía es la prédica diaria que carcome la memoria del Bolívar enterrado. Es como un ciclo infinito que una y otra vez nos provoca, indolente, burlándose de nuestra eterna aspiración a ser realmente libres. El hombre venezolano ha cabalgado con ansias de libertad, trocadas siempre en sepultados sueños. Por eso, reen-carnar a Bolívar es rehacer la historia.

En verdad, la vida y el ideario bolivariano es una sola espiral de constante persecución de la libertad; como la historia del hombre, como la historia patria. La búsqueda de la libertad, por encima de cualquier otro horizonte, significa conquistar los otros bienes preciados de la humanidad. Pero Bolívar no combate por la libertad vacía, formal, representativa, como ahora quiere vendérsela la usurería burguesa que comercia con nuestras riquezas. No. Entiende y practica la libertad

como el pleno goce del progreso, de la cultura, de la justicia social, de la soberanía nacional. Es la libertad para los oprimidos; no la libertad de los opresores. El sello que garantiza su genuina entidad proviene de un hecho práctico evidente: si es producto del combate armado del oprimido respecto al opresor, esa libertad es genuina. Mas si es una dádiva: no confiéis en ella. Será falsa. La libertad alcanzada a costa de grandes sacrificios es igualmente inmensa: solo ella garantiza el cumplimiento de los derechos inalienables del hombre, del ciudadano, en el ideal bolivariano de forjar una república donde todos seamos realmente iguales. En su célebre discurso de Tenerife, en la Navidad de 1812 proclamaba:

¡Qué diferencia entre el imperio de la libertad y de la tiranía! La estáis tocando por vosotros mismos. Los españoles vinieron a auxiliarnos, y os han destruido, porque ellos son los comités de sus visares; nosotros hemos venido a subyugaros como enemigos, y os hemos perdonado las ofensas que nos habéis hecho, os hemos constituido en el augusto carácter de ciudadanos libres del Estado de Cartagena, igualándoos a vuestros redentores. Os hemos puesto al abrigo de las violencias de una legislación corrompida y arbitraria; se os abre una vasta carrera de gloria y de fortuna, al declararos miembros de una sociedad que tiene por bases constitutivas una absoluta igualdad de derechos y una regla de justicia que no se inclina jamás hacia el nacimiento o la fortuna, sino siempre en favor de la virtud y el mérito. Ya sois en fin hombres libres e independientes de toda autoridad que no sea la constituida por nuestros sufragios, y únicamente sujetos a vuestra propia voluntad y al voto de vuestra conciencia legalmente pronunciado, según lo prescribe la sabia Constitución que vais a reconocer y jurar. Constitución que asegura la libertad civil de los derechos del ciudadano en su propiedad, vida y honor y que además de consagrar ilesos estos sagrados derechos, pone al ciudadano en aptitud de desplegar sus talentos e industria, con todas las ventajas que se puedan obtener en una sociedad civil, la más perfecta, a que el hombre pueda aspirar sobre la tierra.<sup>86</sup>

---

[86]\_ S. Bolívar. *Op. cit.* Tomo 11, p. 1007.

Reflejaba así Bolívar el contenido más revolucionario que la ideología burguesa universal había incorporado en la lucha por la libertad. Hacía suyos y de la patria todos aquellos históricos principios. Llevaba hasta el fin, en forma consecuente, aquellas exigencias democráticas en los dos elementos que después serán generalizados por los tratadistas de la democracia burguesa: 1) desarrollar la lucha contra el despotismo reaccionario de los opresores, enemigos de las libertades conquistadas; 2) apoyarse siempre en la soberanía popular, en el mando unitario de todo el pueblo, ejercido constantemente por medio de la voluntad de la mayoría sobre la minoría que pretenda prevalecerla. Cuando las libertades democráticas quedan desprovistas de estos dos elementos, adviene entonces el escarnio, la traición, el látigo levantisco del opresor. Por eso, aun cuando sea un ideal con medios y recursos difíciles de construir, el Libertador levantaba toda la grandeza impresa en las acciones revolucionarias contra el tirano, porque ellas por sí solas expresan las virtudes más altivas de los hombres.

Es laudable, es noble y sublime vindicar la naturaleza ultrajada por la tiranía: *nada es comparable a la grandeza de este acto* y aun cuando la desolación y la muerte sean el premio de tan glorioso intento, no hay razón para condenarlo, *porque no es lo asequible lo que se debe hacer, sino aquello a que el derecho nos autoriza.*<sup>87</sup>

Esta frase es ejemplar. Mella toda la ostentación del oportunismo. Impulsa al combate utópico, es el derecho justamente, nos autoriza a ello. ¿No es formidable esta frase para los revolucionarios? Nosotros luchamos por lo asequible en el inmediato como en lo mediato. Somos revolucionarios. Tenemos en mente el ceñudo objetivo de la revolución. Pero no descartamos las reformas, mientras ellas sirvan para alentar al pueblo a proseguir y perseverar en sus luchas. La combinación de estos dos elementos de las luchas sociales —el evolutivo y el revolucionario— queda parcamente delimitada en esta afirmación. El derecho nos autoriza a la revolución. Y el deber de todo revolucionario es

---

[87]\_ *Ibidem.* p. 1069. Destacado nuestro.

hacer la revolución. Bolívar tuvo ese deber y lo cumplió exitosamente: participó cual principal figura, en nuestra guerra revolucionaria de emancipación. Pero lo importante en el texto señalado es la determinación del acto libertario, el combate por la libertad, como la más sublime grandeza dable al hombre. De allí su total entrega a la revolución emancipadora, su infatigable brega por liberar al suelo americano.

Bolívar coloca la porfía americana por la libertad en el centro mismo de nuestro pueblo. Entendía a esta como fluyente de las férreas cadenas que la opresión extranjera nos imponía. Como pitoniso del porvenir, se lamentaba de que no habíamos sido ni siquiera instrumentos de la opresión. No nos habíamos oprimido nosotros mismos ¡Hasta eso nos había sido negado! Aquí está presente la concepción del vasallaje extranjero como una doble opresión: además de la propia, la extraña. No habíamos tenido libertad para oprimirnos:

La esclavitud misma ¿ha sido ejercida por nosotros? Ni aun el ser instrumentos de la opresión nos ha sido concedido. Todo era extranjero en este suelo. Religión, leyes, costumbres, alimentos, vestidos llegan de Europa, y nada debíamos ni aun imitar. Como seres pasivos, nuestro destino se limitaba a llevar dócilmente el freno que con violencia y rigor manejaban nuestros dueños. Igualados a las bestias salvajes, la irresistible fuerza de la naturaleza no más ha sido capaz de reponernos en la esfera de los hombres; y aunque todavía débiles en razón, hemos dado principio a los ensayos de la carrera a que somos predestinados.<sup>88</sup>

¿Es amarga esta mezcla? ¿No nos hemos acostumbrado a beberla? ¿No es el mismo panorama de opresión y vasallaje impreso ahora por el imperialismo norteamericano? ¿Acaso no se lo han impuesto al pueblo de Quisqueya pretendiendo dormir sus ansias de libertad y soberanía? Las pinceladas de Bolívar para el ayer lejano, parecieran tomar cuerpo hoy y presentarnos, tal cual, la imagen desnuda de la república. ¿No es esa su imagen? Por amarga

---

[88]\_ *Ibidem*. p. 1078.

que sea, necesitamos beber esta mezcla, porque ella refleja la realidad. Pero, encabritados con su embriagante licor, necesitamos acometer con ardor el combate por la libertad. Ahora tenemos libertad para oprimirnos. A eso se ha reducido nuestro avance en pos de la libertad. En lugar de otros, nuestra oligarquía encumbrada azota ella misma los escuálidos músculos de nuestro pueblo. Los tiempos cambian las sociedades. La opresión extranjera no se ejerce ahora directamente. Para eso hay traidores, títeres, especímenes de vergüenza y deshonra. No necesita hoy Estados Unidos, como ayer España, imponer directamente sus gobernadores, mientras sus *marines* “exigen” orden al populacho. Solo en casos especiales, si la situación lo amerita, volverán al método antiguo: Guatemala, Santo Domingo, recientemente Vietnam. Mientras esa situación no advenga, para su dominio basta con Somoza, Stroessner, Onganía, Castello Branco, Duvalier, Barrientos, Lleras Restrepo, Caldera. El imperialismo norteamericano les ha dado libertad para oprimirnos. Esa es la menguada libertad que poseemos. Tenía razón el Libertador, España no nos concedió ser nosotros mismos instrumento de nuestra opresión. Estados Unidos sí: concedido. Si le viene de perlas. Le sirve para esconder su coloniaje. Y les sirve a los títeres nuestros para presentarse como “nacionales” y como “demócratas”. ¡Qué escarnio para el suelo americano! He aquí la evolución de los pueblos: del coloniaje español al neocolonialismo norteamericano. Ese es el itinerario de nuestra historia. Y es la cabalgata de nuestra lucha por la libertad.

Refiriéndose a la libertad de los esclavos, el Libertador despertaba la conciencia del mundo, afirmando en su histórico discurso de Angostura (1819) que es imposible ser libre y esclavo a la vez, en relación a los pueblos, puesto que entonces se violan las leyes naturales, políticas y civiles.<sup>89</sup> Esto es lo que debemos echarles en cara a los esclavistas de hoy: ¿Cómo pretender que haya reino de libertad en América, si somos esclavos del vasallaje extranjero? Es

---

[89]\_ *Ibidem.* p. 1152.

absurda la libertad menguada que conceden los opresores; es la libertad para una minoría, mientras la inmensa mayoría sigue postrada ante el yunque de la explotación. Entonces la libertad de los oprimidos se limita a aquellos actos que no atenten y no pongan en peligro el dominio que ejercen los opresores. Es decir, una libertad fantasmática, tal como es, en verdad, todo el mundo de los explotados, humildes y oprimidos. La libertad se hace sueño. Los oprimidos requieren de la libertad para romper las cadenas de miseria, despojo y explotación de que son objeto. Mas para ello no hay libertad. ¡Ay del campesino que haga suya la tierra que trabaja!; ¡ay del obrero que no desee ser esquilnado por el patrón!; ¡ay del patriota que se niegue a la complicidad del robo de nuestras riquezas!; ¡ay del intelectual honesto que se rebele con ideas socialistas y revolucionarias! Se desata la violencia de los poderosos contra ellos: son perseguidos, encarcelados, torturados, vejados. ¿Para qué sirve, entonces, esa libertad? ¿No se dan cuenta de que es una libertad ficticia, encubridora del despotismo y la violencia contra los humildes y oprimidos? ¿Para qué esa libertad? No es esa la libertad que queremos. Como no fue esta tampoco —por más que los piratas del pensamiento sociológico bolivariano hayan difundido lo contrario— la libertad que predicó el Libertador. La libertad que exigen los oprimidos no es formal, ni encubridora, ni de representación, ni ficticia: sino una libertad auténtica, real y presente, desnuda y firme, para terminar de quebrantar las cadenas que nos atan al atraso, la barbarie, la explotación y el vasallaje extranjero. Esa es la libertad que queremos. Esa es la libertad que los opresores y actuales gobiernos jamás podrán ofrecer. Esa libertad se conquista —como sacrificio de luchar y morir por Venezuela. No hay otra forma de alcanzarla. No hay otra vía. La revolución es terca en su osada empresa de estar siempre presente a la hora de la vindicta de los pueblos.

El problema de la libertad no solo lo concibió Bolívar en oposición a la tiranía, sino también en conflicto con la anarquía. Esto último ha dado pie para que los filibusteros de la reacción pretendan presentar las banderas revolucionarias del ideario bolivariano como conservadoras y reaccionarias. Esta ha

sido la más grotesca y dañina interpretación de la ideología bolivariana. Con profundo contenido dialéctico, el Libertador supo centrar el problema de la libertad del pueblo en el justo medio sintético que supera los vicios extremos de la tiranía y la anarquía. En su célebre discurso al Congreso Constituyente de Bolivia, el 25 de mayo de 1826, Bolívar asentó:

¡Legisladores! Vuestro deber os llama a resistir el choque de dos monstruos enemigos que recíprocamente se combaten, y ambos os atacarán a la vez: *la tiranía y la anarquía* forman un inmenso océano de opresión, que rodea a una pequeña isla de libertad, embatida perpetuamente por la violencia de las olas y de los huracanes, que la arrastran sin cesar a sumergirla. Mirad el barco que vais a surcar, cuyo piloto es tan inexperto.<sup>90</sup>

Allí está planteado acertadamente el problema de la libertad. No se trata aquí del justo medio aristotélico de las virtudes. Tampoco, el unilateral enfoque de su pensamiento como antianárquico. Se trata de concebir semejante tesis en el cuadro real e histórico de la guerra revolucionaria llevada a cabo por el Libertador y el pueblo americano, a la par del contenido avanzado que su ideología segregó bajo el manto de la revolución. Los ideólogos modernos del caudillismo militarista, como espécimen criollo del nazifascismo, se cubren con el ideario bolivariano para vender su podrida mercancía al servicio de los opresores. Pedro Manuel Arcaya y Laureano Vallenilla Lanz, en Venezuela; F. García Calderón, en el Perú; A. Arguedas, en Bolivia; Rafael Núñez, en Colombia; E. Quesada y Alberto Edwards en Chile; Miguel S. Macedo, en México; en fin, levantaron la ideología reaccionaria del caudillismo sobre las bases aparentemente “científicas” de un positivismo sociológico ya periclitado. Los nuestros, presurosos, corrieron a ponerse bajo la sombra tutelar de Bolívar. Todo lo que el Libertador exponía contra la anarquía, en especial en sus últimos años, en el clímax de la lucha fraccional republicana,

---

[90]\_ *Ibidem.* p. 1221. Destacado nuestro.

fue sacado de su contexto histórico y despojado de su savia popular.<sup>91</sup> De esta manera las tesis antianárquicas de Bolívar fueron interpretadas como antidemocráticas y antijacobinas, como poseyentes de un contenido conservador y reaccionario, mediante lo cual encubrían los intereses bastardos de la ideología clasista de los sectores dominantes, falsificando así el pensamiento bolivariano. Nada más injusto.

En primer lugar es revolucionario el enfoque bolivariano de las libertades democráticas, como exclusión de la tiranía y la anarquía. Las revoluciones en el mundo han confirmado tal apreciación. El líder de los bolcheviques, Lenín, fue intransigente en su lucha contra uno y otro extremo, concebidos como exageración del centralismo y el democratismo. Propuso, como concepción, los principios relativos al centralismo democrático, que debían elegir las sociedades revolucionarias del futuro. La exageración del centralismo conduce a la tiranía; la del democratismo, a la anarquía. El propio Marx se había enfrentado a Ámsterdam, en 1872, a las tesis anarquistas de Bakunin, que negaban la necesidad del Estado revolucionario una vez triunfante la revolución. De manera que las ideas anarquistas de Marat —“le plus mortel ennemi que le peuple ait á redouter est le gouvernement” — se habían trastocado ya en los principios igualitarios de Babeuf, que según Bounarroti, en su célebre libro, exigían imperiosamente un gobierno del pueblo basado en un ejército genuinamente popular. Marx, Lenín exigen por igual la lucha contra la tiranía y la anarquía. Enfrentarse al despotismo, significa darle a la libertad un contenido eminentemente social, teniendo como objetivo destruir el dogal de la opresión impuesto por los poderosos. Combatir el anarquismo connota un carácter consecuente para la libertad conquistada, haciendo de ella un instrumento útil en la extirpación de los otros tumores sociales.

---

[91]\_ Ver. L. Vallenilla Lanz, *Cesarismo Democrático*. *Op. cit.* pp. 145-180.

Pero nuestros “sociólogos” e historiadores<sup>92</sup> han tomado el rábano por las hojas. La lucha contra la anarquía del Libertador, en lugar de ser muestra de conservadurismo, es más bien expresión de espíritu revolucionario, el cual no se reduce a hacer la revolución, sino también a construir, con el aparato del poder conquistado, la nueva sociedad que ha sido objeto del movimiento liberador. Para construir esa nueva sociedad no cabe anarquía alguna. Se requiere una democracia genuina, popular por su contenido y efectiva en su mecanismo. En esta perspectiva se inscribió el ideal bolivariano, tantas veces expuesto en sus proyectos constitucionales. El Bolívar estadista complementa al Bolívar guerrero, haciendo de su figura un digno ejemplo de revolucionario cabal. Las pretensiones de comparar a los vándalos y criminales déspotas nuestros y sus ejecutorias bochornosas con la egregia figura del Libertador, tratando de presentar a estos —como aquel— en el plan de paladines de un ejecutivismo antinarquista, es, como ha dicho Augusto Mijares,<sup>93</sup> una tremenda blasfemia. No cabe extrapolación alguna entre la ideología revolucionaria emancipadora, encarnada en el pensamiento bolivariano y la tesis del caudillismo militarista, latifundista y pro imperialista, trasunto en nuestra América de las premisas nazi-fascistas que esputó la vieja Europa. La tesis del gendarmismo sociológico se cae por su propio peso y ni siquiera la vestimenta bolivariana puede impedir su bancarrota teórica y práctica.

Este carácter democrático-popular en la concepción de la libertad bolivariana fluye por toda su obra: la activa y la ideológica. Esta savia carcome instigante toda su vida. Fiel reflejo en su pensamiento de su figura de guerrero revolucionario, acude siempre al pueblo:

---

[92]\_ Conferencia de José Gil Fortoul, aparecida en *El Nuevo Diario*, N° 1735, del 29 de octubre de 1917, Caracas.

[93]\_ Cf. A. Mijares. *La interpretación pesimista de la sociología hispanoamericana*. Ed. Aguado, Madrid, 1952. pp. 137-159.

Mi única resolución es pasar a Venezuela a terminar aquella disidencia y a *preguntarle al pueblo* lo que desea; lo mismo haré con toda la república, si toda ella me proclama *dictador*; y si no lo hace, no admito mando ninguno, pues tengo demasiado buen tacto para dejarme atrapar por esos imbéciles, facciosos, que se llaman liberales.

En una palabra, mi querido general, yo no conozco más partido de salud que el de *devolver al pueblo su soberanía* primitiva para que rehaga su pacto social. Usted dirá que esto es *legítimo*; y yo, a la verdad, no entiendo qué delito se cometa en ocurrir a la *f fuente de las leyes* para que remedie un mal que es del pueblo y solo el pueblo conoce. Digo francamente que si esto no es legítimo, será necesario, o al menos, y por lo mismo, superior a toda ley; pero más que todo es *eminente-mente popular*, y por lo mismo, muy propio de una república eminentemente democrática.

Yo confieso, sin rebozo que Colombia no se puede gobernar como está; que nadie tiene una popularidad universal, y que cada una de las tres secciones tiene un espíritu aparte, y, por consiguiente, *que salgamos de estos compromisos por la gran vía popular*, dejando que el bien o el mal se haga por la voluntad de todos.<sup>94</sup>

¿No es evidente cómo todo el juego de su decisión proviene del pueblo? ¿No queda de manifiesto su crítica a quienes “se llaman liberales”? Su exigencia de centralismo y su disposición sincera y franca para la “dictadura”, ¿no proviene acaso de su visión histórica de la lucha política, según la cual es necesario un régimen centralista, pero al mismo tiempo profundamente popular? ¿No se trata acaso de la dictadura popular revolucionaria, surgida del propio manto de la guerra emancipadora? Bolívar no se detiene en el legalismo, en el leguleyismo de las élites congreseriles. En absoluto. Su punto de mira es devolver al pueblo su soberanía primitiva. Interrogar a las masas populares. No es ningún

---

[94]\_ S. Bolívar, *Carta a Santander*, 14 de octubre de 1826. *Op. cit.* Tomo I, pp. 1446-1447. Destacado nuestro.

atentado a la democracia popular mantener este contacto purificador, diario y constante, con la fuente de las leyes, que es el mismísimo pueblo. Son los demócratas reformistas —de ayer y de hoy— los que se asombran de ello, concibiendo como libertad el solo sufragio preparado y fraudulento de cada cinco años. No es esa la mezquina visión libertaria de Bolívar. Es necesario penetrar en su “mundo revolucionario”, en su “ideología guerrera”, en sus “sentimientos patrióticos” para comprender la profunda vena popular de su apostolado democrático. Por eso su idea de la libertad en una República es que ella sea eminentemente popular y eminentemente democrática. Y ello no contradice, sino, al contrario, presupone el ejercicio revolucionario de la dictadura.

Bolívar entiende magistralmente que el ejercicio de gobierno es una forma de dictadura. Dándole una lección a los postreros guardias civiles del pensamiento esclavo, comprende la dictadura en balanceado péndulo compensador con la libertad, del mismo modo como antes vimos las relaciones dialécticas entre centralismo y democracia. Una dictadura que no brote del pueblo no es revolucionaria ni democrática; es el despotismo de la minoría, la tiranía del caudillo, que aprovechan su superioridad militar y opresiva para someter al pueblo. Una supuesta democracia bobalicona donde reine la anarquía no es tampoco garantía de la libertad del pueblo, sino más bien campo abierto para que los enemigos de la patria y de las masas populares ejerciten a sus anchas sus contubernios conspiradores contra la república. La libertad de la mayoría solo es posible mediante el ejercicio de la dictadura contra la minoría antaño opresora. La guerra revolucionaria se hizo contra esa minoría explotadora y colonial. ¿Cómo conquistar la independencia para darle libertad a esa minoría? ¿Se haría añicos la libertad recién conquistada! Hasta ahora hemos soportado la dictadura de las minorías explotadoras y opresoras contra la inmensa mayoría del pueblo, mellada como ha estado la espada redentora del Libertador. Ha existido libertad solo para ellos. Jamás y verdaderamente para el pueblo. La lucha de hoy, afilando la espada de la revolución heredada de Bolívar, persigue

justamente, como aquel, un poder legítimo del pueblo, donde la minoría contrarrevolucionaria reciba el impacto del poder dictatorial del pueblo.

Esta es la concepción libertaria de Bolívar. Dimanó de las propias arcas de la guerra revolucionaria. Se afincan en lo más avanzado de la ideología progresista de la época y proyectó su parábola, con extraordinario empuje, sobre los siglos futuros.

Nuestra generación americana recoge ya, con dilatado entusiasmo, este ansiado mensaje. Bolívar concibió la necesidad de la unión de todo el continente y de todo el pueblo americano para este batallar incesante por la libertad. Concibió la división infalible entre los partidarios del orden existente, tendencia más fácil para el acomodo en el sistema establecido y vigente, y aquellos contrarios a ese orden, inagotables “reformadores” de la sociedad, cuya rebeldía e inteligencia los conduce a desafiar la historia. Él consideró tácita su inclusión en estos últimos. En realidad, Bolívar habló de los revolucionarios y reaccionarios, aun cuando para su época era bastante aducir conservadores y reformadores. Su inscripción en el campo de la revolución evidencia con más fuerza su concepción de la libertad. Bolívar tomó partido: en la práctica, por la guerra; en teoría, por la ideología revolucionaria. Lo central para él es que la masa resignada e indolente salga de su penumbra para abrazar las ideas revolucionarias. Eso lo considera una fortuna. En esa perspectiva exhorta a la unión, frente a la división en el seno del pueblo; a la firmeza, ante la vacilación aprovechada por el enemigo; a la libertad afincada en el poder republicano del pueblo para el desarrollo no solo de las sublimes virtudes del hombre, sino también para el bienestar y prosperidad de la patria y de sus ciudadanos. Así, brama, en su cima, el estandarte bolivariano. Se mece y cruje en su brega descollando en el teatro de toda la humanidad: siempre abriendo caminos, siempre en el horizonte de lo más avanzado, siempre germinando con los heraldos más inauditos. Ese es el molde de Bolívar. Sepamos modelar su magna figura en la historia que hoy escriben nuestros pueblos. Al culminar

este ascenso de su prodigiosa obra, tomamos de su séquito las presentes palabras, llenas de esperanza y salutación para el bravo pueblo americano:

Seguramente la unión es la que nos falta para completar la obra de nuestra generación. Sin embargo, nuestra división no es extraña, porque tal es el distintivo de las guerras civiles formadas generalmente entre dos partidos: *conservadores y reformadores*. Los primeros son, por lo común, más numerosos porque el imperio de la costumbre produce el efecto de la obediencia a las potestades establecidas; los últimos son siempre menos numerosos, aunque más vehementes e ilustrados. De este modo la masa física se equilibra con la fuerza moral, y la contienda se prolonga siendo sus resultados muy inciertos. Por fortuna, entre nosotros, la masa ha seguido a la inteligencia.

Yo diré a Ud., lo que puede ponernos en actitud de expulsar a los españoles y de fundar un gobierno libre; *es la unión*, ciertamente, mas esta unión no nos vendrá por prodigios divinos, sino por efectos sensibles y esfuerzos dirigidos...

Cuando los sucesos no están asegurados, cuando el Estado es débil, y cuando las empresas son remotas, todos los hombres vacilan, las opiniones se dividen, las pasiones las agitan y los enemigos las animan para triunfar por este fácil medio. Luego, que nosotros seamos fuertes, bajo los auspicios de una nación liberal que nos preste su protección, se nos verá de acuerdo cultivar las virtudes y los talentos que conducen a la gloria; entonces seguiremos la marcha majestuosa hacia las grandes prosperidades a que está destinada la América Meridional; entonces las ciencias y las artes que nacieron en el Oriente y han ilustrado la Europa volverán a Colombia libre, que las convidará con su asilo.<sup>95</sup>

Así termina su *Carta de Jamaica*, previendo este futuro esplendoroso para América. Hemos comenzado a arar la tierra, afincando la espada, después de tantas frustraciones: Cuba está ahí, radiante con Fidel a la cabeza, haciendo realidad el ideal bolivariano de Martí. Con Cuba, nuevos estremecimientos

---

[95]\_ *Ibidem*. p. 174. Destacado nuestro.

convulsionan a América y la espada de nuevo cruje en su brillo. Santo Domingo, Guatemala, Colombia, Bolivia, Venezuela se levantan, como ayer no más lo hicieron México, Puerto Rico, Chile, Brasil. Es una marcha de gigantes. Es la herencia de la historia. Con este legado nuestros pueblos y sus juventudes revolucionarias sepultarán para siempre a los nuevos conquistadores, a los nuevos invasores, a los neocolonialistas, del mismo modo como Bolívar, Sucre, San Martín y Martí lo hicieron con el vasallaje español. Ese legado es un compromiso terrible contraído por la actual joven generación americana. Y en el pedestal del combate debemos hacer honor a aquella frase de Bolívar en San Mateo: “Para morir nos sobra tiempo; tratemos antes de vencer”.

¿Qué epopeya para este ejemplo? Seguramente corresponde la personalidad preclara de Antonio José de Sucre con la resonante gesta de Ayacucho, donde se decidió la suerte continental. Mas nuestro cometido nos fuerza a escudriñar el suelo venezolano en su patriótica contienda. Carabobo simboliza la independencia. Y por encima de José Antonio Páez, caudillo y conservador, está restañado el brioso llanero que sofocó con pujanza los esfuerzos del conquistador español, cautivo al fin del indio americano. Hay en todo esto una simbología espantosa. Al contrario de La Puerta, en los morros de San Juan, el abierto campo de Carabobo siempre nos favoreció. Polarizamos al fin los frenéticos contrarios: Bolívar y La Torre, Páez y Tomás García representan las disímiles fuerzas conflagradas. Venezuela y España sellan con hidalguía su postrer batalla. La suerte de la libertad venezolana queda asegurada, en el empuje de este pueblo decidido a ser libre. El 19 de abril, Venezuela fue la primera en la protesta redentora, desconociendo al poder español. En la Independencia y Constitución de 1811, fue también la primera en explicar su revolución haciendo americana la batalla. Este idealismo recuerda al actual: harta entrega al sacrificio patriótico. Pero Carabobo coronó con éxito, con Páez, el Negro Primero y el mantuano Bolívar, aquellos ideales tachados de románticos. Forjábese así una nueva nación americana bajo el eco tempestuoso de la guerra revolucionaria.

Para 1821 la correlación de fuerzas había cambiado completamente a favor de los patriotas. Su superioridad no solo era política y moral, sino también militar. Con justicia, pasaban a la contraofensiva estratégica persiguiendo expulsar a los españoles del continente americano: no podían dejarlos estabilizar en ningún punto de América. El éxito de la línea política y militar desarrollada por los patriotas era un hecho. Tan solo hacía falta culminar aquella heroica jornada y Venezuela entera, presurosa, hubo de cumplirla en Carabobo. Esta superioridad de fuerzas tuvo su impacto en la población. Refiriéndose al nuevo significado de este fenómeno y criticando a los timoratos y vacilantes, Baralt escribió al respecto:

Muchos americanos egoístas y cobardes a quienes el temor o la mejor fortuna de los realistas retenían en sus filas, vieron entonces claramente la fuerza física y moral de aquellos hombres llamados hasta entonces rebeldes, sin unión, sin habilidad y sin poder. Húbolos que comenzaron a vacilar en sus opiniones al ver posible y casi verosímil el triunfo de una causa que hasta allí consideraban quimérica. Otros, que acostumbrados en su profunda ignorancia a reverenciar el despotismo, tenían por impíos los gobiernos republicanos de América, empezaron a mirarlos con menos ojeriza, desde que en España aparecieron proclamados los principios liberales y muchos militares, expedicionarios adictos de corazón a estos principios, cansados de la guerra y ansiosos por volver a la regenerada Patria, o se fueron o siguieron tibios y descontentos una contienda injusta a todas luces.<sup>96</sup>

Estos elementos testimonian el avance alcanzado por la guerra revolucionaria para entonces. Muestra la transformación operada en el ambiente social y político impuesto por los tribunos de la revolución. Denota el clima de victoria con que los patriotas marcharon optimistas y decididos hacia el campo de Carabobo, seguros de aniquilar para siempre al enemigo opresor. El 23 de

---

[96]\_ Rafael María Baralt. *Historia*. Ed. Obras completas. Universidad del Zulia. Tomo II. (Falta número de pág.)

junio de 1821, víspera del día glorioso, Bolívar pasa revista a sus 6.000 soldados en las llanuras de Taguanes. El Libertador inflamó una vez más los pechos y corazones de sus soldados con su encendido verbo:

1813 sirvió eficazmente a 1821. La historia es un libro prodigioso; un arsenal inagotable donde todos se encuentran: armas para el combate, escudos para la defensa; ella ejercerá sobre el presente la formidable coacción de todos los prestigios del pasado. Evocar un recuerdo oportuno de ese inmenso cerebro de la humanidad, es producir una luz que irradia claridades, una chispa de fuego que, aplicada a nuestras pasiones, las inflama y produce el incendio. Bolívar, en las llanuras de Taguanes, abrió aquel libro y mostró a sus soldados las páginas en que se consignaban nuestras glorias y nuestros infortunios; la chispa del entusiasmo se produjo, brilló en todos los ojos, incendió todos los corazones, y el feliz augurio de una victoria en perspectiva, pronóstico por todos estimado infalible fue la mayor de las ventajas que sobre sus contrarios pudo llevar a la batalla. Bolívar hizo pie en los *Taguanes* para escalar a *Carabobo*: una victoria servía a la otra de escalón.

Aquella gran revista, la víspera de la feliz jornada, era como el despedirse el león para cobrar todas sus fuerzas y estar dispuesto a acometer.<sup>97</sup>

El ejército patriota lo formaban tres divisiones. La primera, a las órdenes de Páez, incluyendo entre otros, a los batallones Bravos de Apure, la Legión Británica, etc. La segunda estaba comandada por el general Cedeño, el bravo de los bravos, que encontró la muerte al nacer la patria, con los batallones Tiradores, Boyacá, Vargas, etc. Por último, la tercera división estaba capitaneada por el coronel Ambrosio Plaza, mártir también en el campo de Carabobo, con los batallones Rifles, Granaderos, Anzoátegui, etc. Además, en el comando general figuraban Mariño, Briceño Méndez, Salom, Diego Ibarra, O'Leary, etc. Al amanecer el día 24 todas nuestras fuerzas avanzaron hacia la ansiada

---

[97]\_ Eduardo Blanco. *Venezuela Heroica*. *Op. cit.* pp. 443-444.

llanura, donde los esperaba el enemigo. Bolívar con los suyos, planeó una estratagema: llevarles a los realistas por un camino muy difícil de atravesar, pero por donde menos podrían esperarlo, sorprendiendo así al enemigo. Penetrar el desfiladero de Buena Vista para recorrer un abra estrecha y sinuosa, donde pocos soldados podrían contener todo un ejército y donde el paso de la caballería era realmente obra de titanes. La Torre defendió tan solo la entrada abierta del campo inmortal; temía desperdigar sus fuerzas, gravitando toda su dirección en la necesidad de la concentración. Las avanzadas españolas cerca de Buena Vista se retiraron ante el empuje patriota, divisándose desde allí la inmensa formación de todo el ejército enemigo. La mirada de Bolívar planificaba la batalla: los puntos débiles del enemigo crispaban su mente, ordenando a sus subalternos con numerosas consignas. La Torre tenía escalonados sus regimientos, de manera que con facilidad unos podrían ayudar a los otros. Bolívar se convenció de la imposibilidad de acometerlos de frente. Su plan consistió entonces en envolverlos por el flanco derecho, a pesar de los peligros impuestos por la topografía.

Atravesando la Pica de la Mona, mediante un largo rodeo, se podía envolver al enemigo. Páez es el primero en internarse en la trocha. El resto amenaza de frente al enemigo. Cedeño y Plaza se impacientan. Al pasar los primeros los tocará a estos. Transcurre una hora lentamente. Al fin los tambores de Páez irrumpen por el flanco derecho, en la práctica, detrás del enemigo, electrizando las filas del ejército patriota. Inmediatamente las tropas de Cedeño y Plaza se arrojan por la trocha, desbrozado como estaba el camino. La Torre, al punto, hace cambiar de frente a parte de su ejército, y poniéndose a la cabeza del batallón Burgos corre a encerrar el paso a las huestes de Páez. El batallón Apure, desfilando por el cauce de una quebrada tuvo así que hacerle combate al enemigo, al mismo tiempo que iba ganando la entrada a la llanura, abriendo vía al resto de las tropas que venían detrás. El Apure tiene que combatir con el Hostalrich y el Barbastro de los españoles, además del Burgos. Una y otra vez, Torres, al mando de Apure, se lanza sobre el Burgos de La Torre, pero

embestido por los otros batallones se repliega. A pesar de su bravura, el legendario batallón cae abatido por la superioridad del enemigo; roto en varios trozos, termina por defender la vida en completo desorden. Justamente en ese momento emerge de la trocha la Legión Británica. En su erguida acometividad, marcha a la manera inglesa, formando su línea de combate. Este batallón centra entonces en sí mismo el nudo de la batalla. Es atacado también por la artillería, Farriar, su jefe, manda hincar rodilla en tierra; desde entonces fue piedra inamovible para el ejército realista. Este no pudo cerrar entonces la abierta trocha del desfiladero. Tropas y más tropas salían por doquier acometiendo al enemigo. La Legión Británica, cual gigantesco escudo, se va despedazando trozo a trozo, pero siempre incommovible mantiene la defensa inaudita de los patriotas. Cae Farriar y también Devy, su segundo, cuando lo reemplazaba. Mientras tanto Páez, reorganizando el Apure y el resto de llaneros de los otros batallones, los lleva a la pelea, atacando al enemigo. Se ordena cargar la bayoneta a los dos batallones avanzando por encima de las tropas realistas. Diecisiete comandantes británicos caen. También decenas de patriotas. Pero la pujanza es endiablada. Los españoles se ven sorprendidos ante tanto coraje y bizarría. Se repliegan en grande, en busca de apoyo en su caballería. La caballería realista se enfrenta a un resto de llaneros del escuadrón primero de Lanceros, comandado por Andel Bravo. Páez acude en auxilio con un resto de caballos: el polvo sube a las nubes ante el terrible choque. Justamente es después de esta acometida que cae, de nuevo, y por última vez, cual primero, el teniente Camejo. Páez, viéndolo regresar cabizbajo, lo increpa con vehemencia. “¿Tienes miedo?... ¿Es que no quedan ya enemigos?... ¡Vuelve y házte matar!” Caballo y jinete se detienen y ya desempeñándose, rompiendo con ambas manos el sangriento Dormán, exclama: “Mi general... Vengo a decirle adiós... porque estoy muerto”. En ese instante los nuestros persiguen a los españoles que huyen despavoridos, mientras la historia convencida reconoce al indomable Camejo como el primero en la victoria de la independencia.

Escupiendo espumas de venganza, Páez corre a extirpar a los realistas. Estos aún resisten, aun cuando aquel choque, en cierta forma, decide la batalla. Prácticamente la primera división ha decidido a su favor la gloriosa jornada, tiñéndose de laureles la cabeza indómita de Páez. Entonces es cuando salen a campo abierto la gente de Cedeño y después la de Plaza. Vencedora, la primera división no era capaz de hacer rendir a sus contrarios, como estaba planteado en aquella batalla de contraofensiva que perseguía aniquilar hasta lo último al enemigo, para asegurar definitivamente la causa de la libertad americana. Cedeño y Plaza irrumpen en el campo directamente. En vano La Torre intenta frenar la desastrosa derrota que lo envuelve. Los batallones realistas van desintegrándose en su repliegue cada vez más desordenado. Cuando esto ocurre, con audacia incorregible, Ambrosio Plaza se lanza en medio del campo, con arrogancia sin par, acometiendo al enemigo. Barbastro y Valencey son los únicos cuerpos españoles que aún resisten ordenadamente. El segundo retrocede y el primero se rinde, pero en aciago momento una bala perdida siega la hermosa y bulliciosa vida de Plaza, expirando entre los vítores de triunfo de sus compatriotas. Ante la retirada general del enemigo, el Libertador desciende al campo, a impulsar la persecución de los realistas.<sup>98</sup>

Pero la indómita hidalguía peninsular se levanta para morir gloriosamente. En medio de la vorágine del fracaso, cuando los poderosos batallones encontrábanse abatidos; cuando los nuestros proclaman con vítores la heroica victoria, se levanta el espíritu del enemigo con la bizarra actitud de Valencey. Este formidable batallón disputa en osadía el coraje de los patriotas. Dentro de su residencia sin par, don Tomás García personifica el blasón viril del pueblo español. *El Moro*, como lo llamaban, supo mostrarse al mundo en medio de la derrota. Mil veteranos hicieron alto, a su templada voz, frenando la espantosa retirada y con pie en tierra contuvieron, cual gigantes, la acometida revolucionaria. En vano Páez trata de aniquilarlo. Una y otra vez resiste. Por último,

---

[98]\_ E. Blanco. *Op. cit.* pp. 461-462.

emprende una retirada en ordenado repliegue, sin poder nunca ser destruido, a pesar de la superioridad. Era el escudo acerado de la derrota española en América. La solidez de las compactas filas del Valencey parece inexpugnable. Bolívar arroja todos sus cuerpos sobre aquel terco enemigo. Pero en vano: los nuestros son rechazados ganando cada minuto en un repliegue ordenado. ¡Qué bazaría ejemplar, en ocasión de la catástrofe definitiva! Habiendo alcanzado las montañas cercanas, defiéndense incluso con dos piezas de artillería, hasta entonces salvadas. En mejores posiciones equilibran su anterior debilidad. Cae la lluvia, como presagio a su favor, hasta la cima donde se parapetean los realistas. La pugna se exagera ante los escollos. Los llaneros, sin embargo, hostilizan sin cesar, aprehendiéndolos con sus bayonetas. El Valencey y García titubean. Fue entonces cuando Cedeño, el bravo de los bravos, queriendo agregar nuevos laureles en la victoria ansiada, ante la inexpugnabilidad del Valencey, en arrojado soberbio, lanzó contra las huestes encaramadas de García para doblegarlo. Páez lo había ganado todo, menos el Valencey, que imperturbable se mantenía en la porfía. Ese blasón quería conquistarlo Cedeño. Con lanza en mano acomete furioso a los realistas. Nuestros hombres, tras el impacto tremendo, logran penetrar las filas enemigas al estruendo de los caballos. García tambalea; jamás había visto semejante empuje. A punto de hacer suya la victoria, el bravo de los bravos de Colombia cae también, perforado en sus junturas por el enemigo. Se suspende el combate. Los nuestros se repliegan. García y el pequeño grupo logran tomar el camino de Valencia. Otros patriotas, entre ellos el célebre Mellado mueren también en el postrer combate. Pero todo esfuerzo para aniquilar por completo al Valencey es inútil. Así lo comprende Bolívar y la persecución cesa. Encontrándose, en las tinieblas de la noche, con sus pocos hombres rescatados del infortunado suceso, La Torre y García contemplan anonadados el espectáculo inmenso de su derrota y el nacimiento de la aurora vecina, de un nuevo sol de libertad en el cielo de América.

Carabobo culmina la independencia de Venezuela. Consolida el triunfo de la guerra emancipadora. Asegura la victoria de la revolución nacional. Bolívar

siente completado su histórico sino. América impertérrita lo espera, para terminar la ciclópea obra. Sacar a los españoles de América, allende el mar, hasta el último de ellos, es el propósito más cierto de una estrategia militar defensiva y de una política revolucionaria internacionalista. Bomboná, Pichincha, Junín y Ayacucho lo esperan. Las puertas de la libertad de América se abren presurosas para recibir al héroe epónimo.

Esta es la hazaña. Ahí está retratada la historia venezolana. La guerra revolucionaria que nos condujo a la emancipación nacional es el nacimiento de América al mundo: la primera experiencia libertaria, de coraje e inteligencia, de pueblo y dirigentes, mancomunadamente. Esa lección rebosa en alegría: fortalece los ánimos, hace a los espíritus duchos para el sacrificio. Beber de este manantial es transformarse. Significa estremecer las propias fibras de probidad y conciencia. Connota sacudimientos de coraje y decisión. Perfila una perspectiva de vivir al compás vibrador que marca la historia. Esta agua sagrada purifica todos los oscuros rincones de nuestra existencia. Nos hace límpidos para la brega futura, generosos en la entrega, responsables en la conducta. Hace de nosotros, como se dice, en España, hombres a carta cabal. Asimilar esta epopeya no es posible sino viéndola en la actual gesta que escriben los pueblos de América. La ideología se nutre de la praxis, y esta, en última instancia se plasma en la grandeza del combate en aras de la patria. Vivamos con plenitud de espíritu nuestra historia. Hagamos de la nación aherrojada testimonio latente en los problemas de hoy. Marchemos al paso de los siglos, de nuestros héroes, de nuestras incólumes tradiciones libertarias. Rescatemos así el espíritu nacional. La historia como realidad se refleja en la historia como conciencia. Sumergirse en la profundidad del pasado es el punto de apoyo indispensable para captar el porvenir, transformando el presente. Tomar conciencia de nuestra historia reencarnando el espíritu de Bolívar significa justamente poner a andar la rueda de la historia, hacer la historia como realidad. El olvido de la historia es el estancamiento, la parálisis, el retroceso. ¡Basta ya! Hagamos nuestros los fastos emancipadores; despertemos la conciencia

amilanada por la resignación y estremezcamos con la alegría rebelde del cielo de América. Nuevas epopeyas nos esperan por delante. El honor de la patria mancillada, de la libertad redimida, de la justicia acogotada, espera de nosotros las más grandes proezas: ¡solo así seremos herederos de Bolívar! No hay otra alternativa.

Esta profunda exigencia, salida del seno de la tierra, es el acicate cotidiano que conturba a diario los espíritus honestos ¿Qué hacer? Es la pregunta diaria que ofusca los ánimos, ante el escarnio de los opresores. Y el camino luminoso de la redención americana se abre expedito en las montañas de América: ¡Combatir! El ejemplo de Bolívar corroe las entrañas del enemigo, pero insufla poderoso coraje a los pueblos americanos para emprender a la gloriosa contienda. Esta es la salida. No hay otra.

Guerra revolucionaria emancipadora. Gesta heroica del Bolívar reencarnado: ese es el itinerario de nuestra historia.

## Capítulo 8

### La Guerra Federal

---

Después de la independencia de los pueblos de América, advino la época de las guerras intestinas, las nuevas repúblicas comenzaron a estrenar su tierna faz, escamoteando al pueblo sus conquistas. La libertad obtenida se trocó en libertad para reprimirnos. Y los poderosos y encumbrados hicieron de la emancipación vana ilusión para el pueblo oprimido.

A partir de 1830, después de la separación de Colombia, la República, frustrada, cae en poder de los propietarios de la riqueza territorial y las capas comerciantes de las ciudades, en estrecha alianza de los núcleos militares encumbrados a costa de la guerra emancipadora. De una población extra-indígena estimada en 892.933 habitantes para 1839, 260.000 se consideraban blancos, 414.000 gentes de color libre y cerca de 40.000 como esclavos, aún subsistentes, a pesar de los decretos del Libertador. Un historiador nuestro hace un cálculo aproximado de 10.000 personas como el núcleo social privilegiado, que en los padrones de dicha época aparecían como propietarios de tierras y esclavos, comerciantes en dinero, importadores-exportadores y militares con bienes de fortuna.<sup>99</sup> Según dicho cálculo, este grupo consumía anualmente un

---

[99]\_ F. Brito Figueroa. *Historia Económica y Social de Venezuela*. UCV, Caracas, 1966. Tomo I, p. 272.

millón de pesos por concepto de vestidos, en la proporción de cien pesos *per cápita*, mientras que los 219.000 esclavos, jornaleros y campesinos enfeudados, creadores verdaderos de la riqueza nacional, consumían anualmente por el mismo concepto un peso *per cápita*, contribuyendo al desarrollo nacional con productos agropecuarios por valor de 36.678.642 pesos, en la proporción de 111 pesos producidos por cada esclavo o trabajador.

Este fenómeno histórico-social, referido a la Independencia, es llamado por los tratadistas revolución incompleta. Con esto se quiere expresar que el movimiento careció de contenido económico<sup>100</sup> al dejar, como realmente sucedió, casi intactas las viejas relaciones de producción. Pero esto amerita algunas observaciones: 1) la guerra emancipadora fue un movimiento revolucionario nacional, que se inscribía en los procesos de formación de las nuevas naciones que el naciente capitalismo había impuesto en Europa con el desarrollo de los mercados nacionales; 2) no fue una revolución democrático-burguesa en sentido estricto, puesto que la misma burguesía como clase no existía en nuestros pueblos; 3) el papel dirigente de la revolución emancipadora tocó desempeñarlo a la clase más desarrollada para entonces: la nobleza territorial criolla, propietaria de la tierra y de los esclavos; 4) aun cuando la guerra revolucionaria condujo a sus dirigentes más avanzados a posiciones políticas e ideológicas progresistas, culminada la gesta independentista persistieron en la base económica de la sociedad las mismas relaciones de producción (precapitalistas, feudal-esclavistas), puesto que el objetivo de la revolución no era la destrucción de dichas relaciones —imposible por el grado de madurez del proceso social— sino la emancipación nacional, naciendo al mundo como Estado dependiente del tutelaje extranjero. En consecuencia, no es que careciera de contenido económico la guerra revolucionaria, sino más bien que aquellos objetivos no estaban ni podían estar planteados para entonces, sino, al contrario, la afirmación y consolidación de la propiedad latifundista y el desarrollo

---

[100]\_ C. Irazábal. *Hacia la democracia*. Op. cit. pp. 113 y ss.

del comercio exterior. Pero ello no puede significar que no hubo contenido económico. Este siempre existe en las luchas sociales, particularmente en las guerras nacionales. Así por ejemplo, para entonces era un fin ya maduro la lucha contra las relaciones esclavistas. Y la guerra emancipadora impuso, entre otros decretos, la libertad de los esclavos, como fórmula político-militar que quebrantase estas relaciones. De hecho, ellas persistieron hasta la segunda mitad del siglo XIX, pero ello se debió a otras causas, tipificadas en el carácter reaccionario-conservador que tomó la nobleza territorial criolla al explotar y mantener su dominio y opresión sobre la inmensa mayoría del pueblo: los jornaleros, los campesinos enfeudados y los esclavos. En efecto, el gobierno existente durante la guerra emancipadora fue un poder popular, aun cuando dirigido por los mantuanos. Pero al finalizar la guerra este contenido democrático se pierde, y la libertad recién conquistada a costa de la espada se disipa de inmediato, cuando nuevos opresores, los criollos, sustituyen al dogal español. El nuevo mayorazgo sobre las masas populares inicia así otro itinerario de luchas para nuestro pueblo, el cual no descansará hasta el ascenso mismo del segundo gran movimiento popular-revolucionario: la gesta de la Federación, que insufló de nuevo las banderas de los oprimidos contra los opresores.

Los historiadores y sociólogos positivistas han precisado con claridad este cambio de dueños en nuestra historia. El godo español fue sustituido por el godo criollo. En lugar de los realistas extranjeros, el pueblo hubo de soportar la expoliación de la oligarquía venezolana. El canto de la Federación fue, en ese sentido, evidente:

El cielo encapotado anuncia tempestad.

Y el sol bajo las nubes pierde su claridad;

¡Oligarcas, temblad! ¡Viva la libertad!

Este hilo conductor que une el opresor de una a otra época —de la Colonia a la vida republicana— lo puso de manifiesto Vallenilla Lanz, en su citada obra, cuando escribe:

Fueron los realistas, con la cooperación de uno que otro de sus antiguos adversarios, quienes apoderados de la dirección de la República pretendieron revivir las disciplinas tradicionales, las fuerzas conservadoras de la sociedad, casi desaparecidas en el movimiento tumultuoso y olocrático de la revolución, y establecer, a pesar de los principios constitucionales y llamándose *los amigos del orden*, una especie de mandarinato fundado principalmente en una oligarquía caraqueña de ‘tenderos enriquecidos con actitudes de personajes’ y llevando sus energías y su audacia hasta cometer el error de sustituir...<sup>101</sup>

Un historiador de igual tendencia, Gil Fortoul, cita las conocidas palabras de Antonio Leocadio Guzmán, el primero en definir este grupo social privilegiado como...

Oligarquía porque conserva la distinción entre hombres libres y esclavos y no transforma sino muy lentamente las bases del régimen social y económico que venía de la Independencia y de la Gran Colombia: en lo social, predominio de los propietarios de tierras que son también la clase media instruida (de hecho una aristocracia agraria e intelectual); en lo económico, a pesar de haber fundado el crédito público y esforzándose en proteger el comercio con la libertad de contratos, da muy débil impulso al desarrollo de los intereses materiales, dejando estancada la agricultura y la cría: industrias que no existían ni era posible crearlas sin numerosa inmigración de gente y capitales.<sup>102</sup>

Este dominio económico-político de la oligarquía criolla se hizo sentir con diafanidad en el carácter restrictivo de las libertades democráticas para

---

[101]\_ L. Vallenilla Lanz. *Cesarismo Democrático*. Op. cit. p. 27. Destacado nuestro.

[102]\_ Gil Fortoul. *Historia Constitucional de Venezuela*. Caracas, 1943. Tomo II, p. 78.

el pueblo, no solo en los hechos —que siempre han sido testarudos—, sino incluso en la teoría político-jurídica, si observamos la Constitución de 1830. Aquella República eminentemente popular y eminentemente democrática proclamada por Bolívar, se ha diluido para entonces en una fraseología formalista que perseguía alejar al pueblo de las responsabilidades del poder, restando este bajo el usufructo directo de esta oligarquía. El artículo de la Constitución exigía patrimonio económico de 50 y hasta 100 pesos anuales para gozar de los derechos de ciudadanía, aquellos que con tanta vehemencia prodigara el Libertador para todos los venezolanos sin excepción económica alguna.<sup>103</sup> Lo mismo reza para el resto de derechos: elector de segundo grado, diputado, senador, etc.<sup>104</sup> El sufragio electoral se evidenciaba así como un privilegio de fortuna, sin importar en absoluto un privilegio de fortuna, sin importar en absoluto la verdadera potestad decisiva de las amplias masas del pueblo. Gil Fortoul cita que de 1.273.135 habitantes estimados para 1846, apenas 128.785 tenían capacidad para votar. Pero en las elecciones de ese año, votaron tan solo 60.000, cuya proporción con el número de habitantes representaba un 4,75%; ¿no son gráficos estos números? En esas mismas elecciones, en la segunda vuelta, de 2.798 representantes que debían elegir al Presidente de la República, apenas votaron 342. Esto reducía aún más la participación de la población en el nombramiento del primer mandatario. Este es el cuadro: la libertad y la democracia alcanzadas por la gesta revolucionaria habían sido traicionadas. Se volvía de nuevo a la vieja opresión y explotación del pueblo. Refiriéndose a esta situación, Brito Figueroa escribió:

...para la masa general de la población, en especial para los campesinos y esclavos, la República no podía ser de ninguna manera democrática, y si estaba iluminada de algo, sería a lo sumo de sangre y terror, porque no a otra conclusión, en estricto sentido histórico, conduce al estudio de la base material y de la superestructura de la sociedad

---

[103]\_ *Constitución de 1830*. Título VII, art. 27.

[104]\_ *Ibidem*. Título XI, art. 52; Título XII, arts. 62 y 64.

venezolana en las décadas posteriores a la guerra de Independencia. No estimándola ni sintiéndola, precisamente como democrática, sino oligárquica, es la razón por la cual *la masa popular venezolana se alza con tanto encono contra los cuadros de la República, desde los mismos días de su instauración, apelando al único instrumento de lucha que conocía y era posible utilizar en función del atraso y desarrollo social del país: la guerra de guerrillas.*<sup>105</sup>

Ante la oligarquía gobernante y opresora, las masas del pueblo venezolano recurrían al método de guerra de guerrillas. ¡Esa era la lección de la guerra de Independencia! ¿Cómo podía, tan rápido, olvidarla nuestro pueblo? Bolívar había mostrado que la libertad se conquista a través del combate armado. ¡Esa enseñanza revolucionaria perdurará a través de los lustros, reencontrándose una y otra vez en las jornadas libertarias! La masa rural venezolana, productora de toda la riqueza social, sufre el azote de la miseria, el atraso, la opresión. La nueva oligarquía utiliza el poder para consolidar su dominio y explotación sobre los jornaleros y campesinos enfeudados. El país político encuéntrase dividido de nuevo entre oligarcas opresores y masas campesinas oprimidas. Esta contradicción motoriza la historia nacional a lo largo del siglo XIX. A partir de la Independencia, no hubo paz en el país. La violencia ejercida desde el poder para someter al pueblo trabajador y colocarlo al servicio de las clases dominantes, tuvo siempre como respuesta cotidiana el alzamiento en armas de grupos de venezolanos que desde el campo mantenían la tea de la redención. Las haciendas, hatos y posesiones de los terratenientes eran asaltados por los campesinos en armas, haciéndose justicia por sus propios medios, burlado como estaba el ideario libertario de Bolívar. Fue de este modo como Venezuela entró a la vida republicana.

---

[105]\_ *Historia Económica y Social de Venezuela. Pp. cit.* Tomo I, p. 275. Destacado nuestro.

Fue así como el campo se vio surcado por “bandoleros”, según denominación despectiva del lenguaje dominante. La oligarquía tuvo que precaverse contra estos alzamientos. Desde el 22 de mayo de 1836, la llamada Ley de Hurtos contemplaba penas inescrupulosas contra las gavillas de guerrilleros y sus jefes. Iguales penas reflejó la Ley contra Conspiraciones. Los textos de historia nacional cuentan diversos y curiosos casos de movimientos guerrilleros en el curso de estos años. Este proceso habría de culminar en la guerra de la Federación.

Carlos Irazábal caracteriza del modo siguiente esta gesta popular:

Ningún movimiento histórico durante la vida independiente de Venezuela alcanzó la amplitud y la profundidad que el llamado de la Federación. Este calificativo no caracteriza con propiedad el contenido de aquella sacudida que estuvo a punto de transformar la sociedad semifeudal a la que nos hemos venido refiriendo. La estructura económica resistió a la postre el recio vendaval y el proceso de nuestra historia, casi al borde de enrumbarse por nuevos senderos, continuó como antes obstaculizando en su trayectoria progresista.<sup>106</sup>

En marzo de 1858 se llevó a cabo el clásico golpe para tumbar el nepotismo de los Monagas, bajo el contubernio de conservadores y liberales, en posiciones tan encontradas como las de Fermín Toro, Pedro Gual y Manuel Felipe Tovar (conservadores) y Manuel María Echeandía y Wenceslao Urrutia (liberales). Pero este “manazo” seudorrevolucionario, que pretendía detener el movimiento popular para engañar de nuevo a las masas, se evidenció también como oligárquico apenas transcurrieron los primeros meses de su gobierno. Como ha dicho don Mario Briceño Iragorry, el golpe de marzo se definía como “actividad reaccionaria y vengativa de los grupos oligárquicos”.<sup>107</sup> No había pasado un mes cuando las cárceles se llenaron de presos políticos,

[106]\_ *Hacia la democracia. Op. cit.* p. 131.

[107]\_ *Papeles de Urdaneta el Joven.* Caracas, 1946, p. 5.

particularmente del bando liberal y, en general, de los combatientes populares. Numerosos ciudadanos representativos fueron apresados; otros, expulsados del país. Entre estos últimos se encontraban Ezequiel Zamora y el general Juan C. Falcón, futuros jefes de la revuelta federalista.

¿Cuál era la situación para entonces? Cuando, en 1855, José Tadeo Monagas se encargó por segunda vez de la presidencia, hubo un discurso pronunciado por el obispo Mariano de Talavera, que pudo pincelar la situación existente para aquella década.

Parece Señor –dijo el obispo–, que los males físicos, morales y políticos se han confederado *para oprimir a esta desgraciada República*. Carestía de las subsistencias por causas bien conocidas; lamentable atraso de la agricultura por causas que vos sabéis; amargo malestar...; reclamaciones casi amenazadoras de algunas potencias extranjeras; enfermedades y epidemias que han diezmando y aún quitado algunas poblaciones; ausencia absoluta de toda policía preservadora del contagio; sacudimientos de tierra...; silencio sepulcral de la prensa, única lengua legal de los pueblos para emitir sus quejas; un erario exhausto que no puede satisfacer las justas exigencias de los servidores de la patria; una deuda inmensa que gravitará sobre diez generaciones, el agio llevado hasta el escándalo; *la justicia envilecida; las garantías violadas*; amenazas de muerte a porciones indefinidas de la sociedad...; disensiones civiles, opiniones encontradas, odios recíprocos; partidos enconados que esquivan toda reconciliación y lo que más contrista a las almas sensibles, una de las mayores desventuras de la primera culpa, *“la guerra entre hermanos”*, que han traído estos deplorables combates fratricidas que han hecho gemir a la humanidad.<sup>108</sup>

Volvemos a repetir la angustiada pregunta: ¿Es amarga esta mezcla? Por amarga que sea, es un cuadro vivo de aquella situación. Es como un cíclico eco que una y mil veces se repite mientras subsista la opresión del

---

[108]\_ J. Gil Fortoul. *Historia de Venezuela*. Caracas, 1950. Tomo II, p. 299. Destacado nuestro.

pueblo. Lo que el obispo Mariano de Talavera describe en el acto de toma presidencial podrá señalarse una y otra vez, en tanto hombres de la oligarquía opresora y dominante protocolizan estos actos de toma del solio presidencial para delinquir y avasallar. Es como una plaga maldita llamada por los siglos a oprimir la república: siempre carestía, siempre malestar, siempre atraso, siempre justicia envilecida, siempre garantías violadas, siempre perseguidores y perseguidos. Y el mismo escarnio sobre la patria. Ante semejante situación ¿cómo no habría de ser sublime el parto de la revolución? Los trescientos años de paciencia invocados por Bolívar ante la Junta Patriótica fueron para entonces trescientos cincuenta, con el déficit de una gesta emancipadora defraudada por quienes tuvieron la responsabilidad de conducir la república por la senda bolivariana. Si los padres de la patria hicieron suya la gesta independentista, nuevos hombres del pueblo se pondrán a la cabeza estas gavillas heroicas de la revolución, las organizarán y las conducirán a grandes combates contra sus eternos enemigos. El movimiento revolucionario federal es la segunda epopeya de nuestra historia: proeza del pueblo en armas, recorriendo el paisaje de la patria en busca de una libertad y una justicia siempre alejadas por los mercaderes usufructuarios del bien ajeno. Aquella revolución democrática, germinada en la arena de la emancipación, se encabrita en los pechos de nuestros campesinos y llaneros y hace estremecer el yunque escarmentado de la opresión feudal. El pueblo vuelve a la carga, por sus fueros, en fausto restituyente de la historia. Bolívar de nuevo se presenta y la figura de Zamora sacude el corazón de los humildes, de los abnegados, de los honestos y de los valientes. Historiador que califica la emoción del pueblo, don Mario Briceño Iragorry fija su elocuente testimonio:

Antes de iniciarse la revolución, la República vive en asonada y dondquiera hay síntomas que anuncian la tormenta. No se trata de un movimiento idealista provocado por la pluma de los escritores y por la voz ardiente de los demagogos. Nada de artificial se advierte en esta

lucha que *tiene bien nutridas sus raíces en la historia*. Mas el predominio oligarca en el cuadro del gobierno fusionista provoca reacciones que reviven viejas tendencias y empujan los ánimos hacia la persecución de un nuevo estado de cosas *que abogue al pueblo a la realidad de la justicia*. El odio contra el capitalista y el propietario no fue consecuencia de la prédica de los periódicos. Estos apenas buscaron canalizar para la revolución un sentimiento que tenía arraigo en la conciencia popular, víctima del desmedido espíritu de lucro de quienes ocupaban las posiciones dirigentes de la República. El propio Guzmán, al explicar la función de la prensa como instrumento que pinta la sociedad tal cual es, hubo de decir que *si se notan úlceras, no son del espejo, ni es en él donde deben curarse*. Precisa recordar que las promesas de reparto de tierras hechas a los soldados patriotas se habían convertido en leyes draconianas contra los desheredados, a quienes el hambre había obligado a convertirse en *cuatreros*, con amenaza de la propiedad de los grandes terratenientes.<sup>109</sup>

Esa raíz en la historia, ese carácter natural y no artificial, esa exigencia sofocante de libertad, ese odio implacable contra los dueños de la tierra, del dinero y de los hombres, explotó una vez más en un canto bienhechor de justicia social. Aquellos cuatreros de la revolución, familiares, hijos, hermanos de los soldados que blandieron la espada por la independencia, que la inmundia ideología dominante había encubierto como “gavilla de bandoleros”, se erguía en su legítima potestad. El hombre que los representó, reencarnación del espíritu de Bolívar, fue Ezequiel Zamora, que supo penetrar en las ansias libertarias del pueblo, para expresar, con su conducta, la actitud-tipo de las masas campesinas enfeudadas que luchaban por su liberación:

Nadie lo superó en la guerra del 59 –escribe de Gil Fortoul–. Supo burlar la pericia de militares técnicos como Cordero Silva, Andrade, Casas y Meneses. Perseverante en organizar tropas, convirtiendo

---

[109]\_ M. Briceño Iragorry. *Op. cit.* pp. 15-17. Destacado nuestro.

bandas desordenadas en batallones homogéneos y fuertes; hábil en sus marchas y maniobras, prudente en preparar el combate, impetuoso en él, rápido, arrollador en el triunfo... Nació para la acción, luchó en sus mejores años para derrocar el predominio de una clase social que juzgaba usurpadora; desapareció en la primavera de sus ilusiones. Su apasionamiento político no fue por crueldad instintiva, ni su odio partidario lo empujó ante el crimen; procuró más de una vez ponerle freno a la ferocidad de las turbas desalmadas. Amó cordialmente al pueblo, creyó honradamente que se esforzaba en mejorar su condición...<sup>110</sup>

¡Y cómo se esforzaba! La guerra de guerrillas fue su instrumento. El pedestal de la liberada lo hizo suyo y, atrincherado con él, le abrió perspectivas infinitas al grueso de las masas campesinas. Caudillo de la libertad, entregó su vida en el combate ante la artera traición tramada por el enemigo y los conciliadores de su propio bando. ¡La traición vilipendiando la historia! ¡La delación empantanando la vida! Así es la historia. Zamora lapidaba en sus proclamas los fines populares de la guerra revolucionaria:

*No habrá pobres ni ricos, ni esclavos ni dueños, ni poderosos ni desdeñados, sino hermanos que sin descender la frente se tratan vis-à-vis, de quien a quien.*<sup>111</sup>

¿No es elocuente este grito de guerrero? ¿No es el mismo espíritu libertario de Bolívar? El “buen ciudadano” ahora está allí, como hermanos que se tratan de quien a quien, sin dueños ni esclavos, sin ricos ni pobres, en el régimen de una república genuinamente democrática, eminentemente popular. Nuestra historia es la historia del engaño. La historia de las grandes causas siempre frustradas. Siempre interrumpidas. Una y toda vez la mano de la traición y la componenda, de la conciliación y el maridaje, penetra entre las hendiduras de

[110]\_ Gil Fortoul. *Op. cit.* ed. 1930. Tomo II, pp. 385-386.

[111]\_ Citado por Briceño Figueroa, *Op. cit.* Tomo I, p. 322. Destacado nuestro.

la revolución para vender, cual nuevo Judas, la causa del hombre. Bolívar traicionado, Zamora traicionado, Junta Patriótica del 23 de enero de este otro 58, traicionada... Pero el odio y la cólera contra los esquiladores del pueblo revientan los pochos de coraje y la joven generación americana, como ayer, Bolívar y Zamora, desenvainan de nuevo la espada para conquistar un nuevo mundo de libertad, justicia, soberanía, paz y socialismo, que todas las traiciones de la tierra jamás podrán doblegar.

Zamora, a partir de la guerra de guerrillas forjó, a temple de combate, un ejército revolucionario, formado por masas de campesinos. Cayó muerto cuando prácticamente la victoria de la revolución estaba asegurada y las fuerzas del gobierno mordían la retirada. Falcón y los demás que lo siguieron no supieron aprovechar el triunfo y terminaron por conciliar. Pero la muerte del caudillo popular no arredró a la revolución; su empuje de masas persistió con fuerza durante varios años, relegándose a lo largo de toda la República. Un historiador reaccionario incluye juicios como estos:

...la revolución federal, o mejor dicho, social, es una hidra de mil cabezas que se muestra por todas partes, y que vencida en un punto, reaparece en diez sin dejar esperanza de su completa exterminación...

*Son las tres cuartas partes de la población y como el Fénix renace de sus cenizas...* Había pasado a ser una especie de fluido impalpable que penetraba por todos los poros de la sociedad y que estaba, podemos decir, en la atmósfera que todos forzosamente tenían que respirar.<sup>112</sup>

Estas palabras retratan el profundo carácter popular y revolucionario de esta segunda gesta emancipadora.

---

[112]\_ José Santiago Rodríguez. *Contribución al estudio de la guerra federal en Venezuela*. Edit. Élite, Caracas, 1935. Tomo I, p. 44; tomo II, p. 49; tomo II, p. 194, respectivamente. Destacado nuestro.

¿Qué ideología política cabalgaba en la punta de sus fusiles? No puede haber dudas al respecto: las mismas ideas bolivarianas de auténtica democracia popular, de libertad ciudadana y de justicia social. Las banderas de las libertades democráticas que en nuestros países no podían ser levantadas por la burguesía, para entonces inexistentes —a excepción de los comerciantes—, siguieron blandiéndolas el campesinado y la pequeña burguesía urbana, que, dirigidos por intelectuales honestos transitaban el camino revolucionario de la lucha armada. José Gil Fortoul caracteriza este ideario con plena claridad en las siguientes frases:

La teoría democrática honradamente propagada por apóstoles e ideólogos como Estanislao Rendón y Napoleón Sebastián Arteaga, se convirtió para la plebe inculta, todavía analfabeta, en una especie de espejismo, donde veían realizada la igualación de las clases sociales, aun en merecimiento y honores. ¿La libertad política? Había sido privilegio del ciudadano rico, del amo, del doctor, del hacendado. Idea confusa casi tanto como en los llaneros en la época de la emancipación; en todo caso la idea de la patria apenas se distinguía del hecho de poseer tierras. Propietarios y oligarcas eran casi sinónimos para el peón. De todas las teorías políticas leídas por algunos en periódicos, oídas por los más en rápidas conversaciones, la única que podía penetrar en la masa anónima era la de igualdad e igualación de clases. Este debía ser el credo de los pobres, de los oprimidos, de los eternos miserables, de los despreciados por el color de su piel. ¡Por fin, el negro igual del blanco, el liberto igual del amo, el pobre igual del rico, el pobre rico! Es verdad que ante la ley, el mestizo y el blanco eran iguales. Pero no lo habían sido hasta ahora efectivamente, sin limitaciones ni cortapisas sociales el mestizo no ingresaba en la clase social sino por el privilegio de su riqueza.<sup>113</sup>

No es necesario recurrir a las ideas del socialismo utópico, que indudablemente había penetrado en las hendiduras de la cultura nacional,

---

[113]\_ *Op. cit.*, ed. 1930. Tomo II, pp. 369-270. Destacado nuestro.

para calificar de avanzados y progresistas los objetivos políticos sostenidos por el movimiento federal. Como lo hemos demostrado en estas mismas páginas, esta doctrina brotó de las propias luchas de nuestro pueblo, de la cual el ideario bolivariano fue su expresión más acabada para aquel entonces. Llevar hasta el fin la revolución democrática, en sus objetivos generales populares, no en los exclusivos y clasistas de la burguesía, fue el contenido fundamental de la guerra de la Independencia, como de la guerra federal. Desde luego, la lucha contra el vasallaje extranjero cristalizó en lo fundamental el programa de la revolución emancipadora, mientras que el combate contra la explotación latifundista criolla capitalizó los intereses principales de las consignas de la guerra federal. Pero una y otra se inscriben en ese itinerario nuestro hacia la libertad, en esa revolución democrática, cada vez más radical y decisiva, por lo mismo que ha sido siempre interrumpida y traicionada. La burguesía no existía y no pudo, en consecuencia, dirigir estos movimientos. Por eso fueron, en el primer caso, comandados por la nobleza territorial criolla, el feudalismo y vasallaje español; pero después, dirigidos por la pequeña burguesía intelectual de las ciudades, el campesinado venezolano arremetió sus baterías contra el nuevo explotador tipificado por aquella nobleza territorial y sus nuevos integrantes. La explicación fundamental del hondo contenido avanzado, popular y democrático de la ideología emancipadora y federal se encuentra en el carácter profundamente violento de la revolución, que a través de la guerra revolucionaria logró incorporar al sacrificio a las masas del pueblo. La guerra popular hace avanzar hasta a los ciegos. Si hubo luz doctrinaria en la guerra de Independencia en parangón con la ideología burguesa universal existente para entonces, el movimiento federalista seguramente fue más espontáneo y natural, pero en sus objetivos pragmáticos reflejó con creces lo más avanzado del ideal revolucionario agrarista. No cabe pues asombro alguno. La burguesía no dirigió la gesta federal. Las

fuerzas fundamentales estuvieron representadas por el campesinado y la intelectualidad. Es justo comprender que semejante movimiento tuviera más alcance revolucionario, al mismo tiempo que mayor debilidad política e ideológica, lo cual entre otras causas, explica su derrota. Pero la lección más importante de la guerra federal para las actuales luchas del pueblo venezolano fue su traición. El compromiso firmado entre el general Falcón y el general Páez consagra para la historia la conducta más abyecta que dirigencia política alguna pueda profesar. Y este es otro ejemplo de la pusilánime historia que se ejercita en nuestros colegios: se cuidan de destacar la felonía de la traición, como desvirtuación de la nobleza humana, del espíritu justiciero y de la honestidad ciudadana. Así, a la traición de Falcón sigue la de López Contreras en 1936, en fin, la reciente del 23 de enero de 1958, preconizada por Betancourt y toda la pléyade de politiqueros a su servicio. ¿Por qué no educar en la dignidad a la joven generación? ¿Cuál peor ejemplo que la felonía? ¿No es extraordinario enseñar a nuestra juventud acerca de la conducta ímproba, deshonesta y desleal? Los ejemplos de traición a los principios, a sus hermanos revolucionarios y a los intereses del pueblo y de la nación están caracterizados por la actitud asumida por estos dirigentes en horas definitivas para la república. Se pusieron al lado de los opresores contra los oprimidos, de los grupos y clases pudientes contra las masas del pueblo, del vasallaje extranjero —en los casos del siglo XX— en contra de la soberanía nacional. El caso de Miranda, a pesar de toda la embestida de que fue objeto por los patriotas jóvenes de entonces no debe confundirse con estas felonías. Miranda capituló. Nada más; se le critica no haber caído combatiendo. Falcón, López Contreras, Betancourt traicionan en contra del pueblo, se pasan al enemigo, transformándose, de hecho, en agentes de las clases dominantes en el seno del movimiento popular. Esta indigna conducta, que en las figuras de Betancourt, Leoni y Caldera triplica su improbidad por el carácter neocolonial de su política, es la

que debe enseñarse en las escuelas, para que nuestros hijos sepan en la historia diferenciar entre la lealtad y la traición.

El intelectual, para entonces revolucionario, Carlos Irazábal escribió al respecto:

En realidad fue un compromiso entre federales y dictatoriales para marginar otra vez al pueblo de la dirección del país, un pacto entre godos y jefatura federal frente al empuje revolucionario de las masas populares. A ese compromiso responde la cláusula segunda que birló al pueblo el derecho de sufragio, como también la séptima de acuerdo con la cual Páez y Falcón emplearían sus respectivos ascendientes para calmar las pasiones. Bien poco valía en aquella situación el ascendiente de Páez y sus partidarios. En la práctica sería Falcón, jefe de un movimiento triunfante, *quien se comprometía a aplacar las pasiones, lo que en otros términos significaba reprimir las demandas de las masas revolucionarias*. Ese es, sin eufemismos, el espíritu del convenio que puso término a la guerra. Es, en una palabra la *consagración legal de la traición*.<sup>114</sup>

Consagración legal de la traición —término preciso. Eso fue el pacto que echó por tierra los nobles ideales libertarios de la guerra federal. Todo lo conquistado por el pueblo, a costa de enormes sacrificios guerreros, se venía al suelo por la innoble componenda. La consecuencia con la revolución es la línea definitoria que determina al revolucionario. Llevar la revolución hasta el fin, por encima de todas las dificultades y obstáculos, concebida como una lucha ardua, difícil y prolongada, que jamás podrá arredrarnos..., es el ideal del revolucionario consecuente que la historia tercamente lapida en el cerebro y corazón de nuestro pueblo. El espíritu de Bolívar y Zamora impugnan con toda la fuerza de sus blandientes espadas la conciencia de la conciliación. Sus figuras se yerguen por encima de estas malas conciencias exponiendo ante el

---

[114]\_ *Hacia la Democracia*. *Op. cit.*, pp. 158-159. Destacado nuestro.

mundo y ante la patria el ejemplo de una conducta noble, honesta y leal, desde el principio hasta el fin. En 1867, la Comisión dictaminadora sobre el proyecto de reformas constitucionales, refiriéndose a la guerra federal y las consecuencias políticas posteriores, manifestó ante el Congreso:

Ocurrieron los pueblos a la guerra para darse un gobierno propio y de su exclusiva elección como único medio de consolidar un sistema en que fuera verdad la República, y con esto, las prácticas benéficas de la democracia. Tales deseos en su mayor parte han sido efímeros; de tantos y tan heroicos *esfuerzos tiene el país por elecciones una farsa, por garantías una burla y por República, un sarcasmo...*<sup>115</sup>

Cien años han pasado exactamente y si reunimos hoy un grupo de ciudadanos honestos, desafectos al régimen, tendrían que afirmar los mismos juicios; las elecciones son una farsa continuista y fraudulenta de sucia politiquería; las garantías y derechos humanos constantemente son violados en forma inescrupulosa por los distintos cuerpos y funcionarios del régimen; la república es una burla sangrienta que, mediante la insidia y la acechanza, es carcomida por los tráfugas y renegados de la revolución. Volvamos a repetirlo una y mil veces: ¿Es amarga esta mezcla? Es la misma a la que nos tiene acostumbrados la oligarquía opresora y dominante, en sociedad con los imperialistas norteamericanos que usufructúan nuestras riquezas. ¿Cuándo dejará de ser la república un sarcasmo, las garantías una burla y las elecciones una farsa? ¿Cuándo? La historia es terca en los hechos.

El mismo texto, hace cien años, lo explica al comenzar: “Ocurrieron los pueblos a la guerra para darse un gobierno propio y de su exclusiva elección como único medio de consolidar un sistema en que fuera verdad la República, y con esto, las prácticas benéficas de la democracia”. ¿No son evidentemente claros aquellos compatriotas? ¿No expresaron acaso, con precisión, pérdida

---

[115]\_ Citado por Irazábal. *Op. cit.* p. 159. Destacado nuestro.

en nuestros días, los verdaderos propósitos del movimiento revolucionario? Se repite así el ciclo fatídico de nuestra historia: por encima de todos los contratiempos, la espada de la libertad se desenvaina una y otra vez, y bajo su brillo los pueblos persiguen la anhelada libertad. La Independencia y la Federación. Bolívar y Zamora son incansables en repetirnos que solo la guerra revolucionaria permite al pueblo alcanzar un gobierno propio y que solo con este gobierno es posible el ejercicio verdadero de la democracia. Guerra revolucionaria y gobierno del pueblo van aparejados tal como la violencia opresora y el gobierno de la oligarquía y el imperialismo en la acera opuesta. No cabe compromiso, ni conciliación, ni vacilación frente a este enemigo. Solo la santa contienda podrá hacernos realmente libres. Esto es lo que significa vibrar al compás de la historia. Este es el sentido profundamente comprometido de la alegoría “reencarnar el espíritu de Bolívar”. Este espíritu se está reencarnando: el combate de los pueblos da testimonio de ello. La historia como conciencia se transforma en historia como realidad.

Esa es la loa libertaria que el cielo encapotado de la Federación arrojó, cual lluvia bienhechora sobre el paisaje histórico de nuestro pueblo. Como Bolívar, sin entrar en discusiones pueriles acerca de lo que hubiese sido la Federación si se mantiene vivo el general Zamora, este caudillo popular representó y resumió lo más honrado, lo más patriótico y democrático, lo más corajudo y lo más ideal que el pueblo de Venezuela podía ofrecer en el curso de aquella contienda. Todo el odio de la oligarquía dominante y opresora se vertió sobre su noble figura. Su misma sangre, al caer, regó generosa la tradición heroica que desde la Independencia –y aún antes- los pueblos de América lanzaron al mundo: la gloria de morir combatiendo, en cualquier lugar, con la sonrisa del deber cumplido y con la firme convicción de que otros hombres recogerán el fusil para continuar la lucha. No podemos, retroactivamente, hacer de pitonisos de la historia, con juegos bizantinos sobre la conducta póstuma del febril caudillo. Cayó y su pedestal interroga arrogante el devenir de los siglos. Así como los revolucionarios se sorprenden de que sus palabras y acciones puedan

suscitar aplausos al bando enemigo, evidenciando con ello una posición equivocada, del mismo modo el odio y la impugnación del enemigo opresor y dominante es el mejor elogio que puede hacerse a un revolucionario. Un godo y reaccionario intelectual y periodista, al servicio de la oligarquía gobernante, escribió en la prensa capitalina refiriéndose a la muerte de Zamora:

El primer día del sitio de San Carlos, estando Zamora en la casa de los Acuña, salió con un piquete a abrir un boquete a otras casas intermedias, y al comenzar la operación recibió un balazo en la caja del ojo derecho, el cual lo derribó sin vida. ¡Bala afortunada! Bendita sea mil veces la mano que la dirigió.<sup>116</sup>

Esta inescrupulosa actitud, que llega hasta imprimirse en la prensa, muestra cómo el odio de clase al caudillo popular no respeta siquiera las fronteras de la lealtad humana, para que incluso un escritor como Juan Vicente González espante su frenético verbo vengativo contra la gloriosa vida de este héroe inmortal. ¡Así son ellos! No conocen la honestidad y dignidad. Siempre están enlodados con las pasiones más bajas y abyectas. Siempre pendientes de la zancadilla artera, acechando, cual apóstatas, para esgrimir el taimado puñal. ¿No es la misma actitud asumida por los intelectuales contemporáneos al servicio del imperialismo y la oligarquía dominantes de nuestros países, ante la muerte mártir de un La Fuente Uceda, Camilo Torres, Fabricio Ojeda, Turcios Lima? ¿La muerte de ellos no siguió acaso el sendero despejado por Ribas y Zamora, por Ricaurte y Sandino, por Martí y Emiliano Zapata? ¡Esta es la historia de América! Esta es la actitud de los pueblos, que reafirma la entereza de gigantes y la fe de mártires con que la historia esparce el manto de su enseñanza.

---

[116]\_ En *El Herald*. Caracas, 31 de enero de 1861. Destacado nuestro.



## Capítulo 9

### La dictadura militar-latifundista

Después de la Guerra Federal, el estiércol de la tiranía malogró el curso libertario de la patria. La Federación, sin embargo, había abierto caminos a la revuelta popular. El suelo de la República vio entonces surcado por sátrapas y déspotas, que unos a otros se hacían la guerra civil, aprovechando la emoción guerrera del pueblo. El país parecía un extenso mapa signado por reiteradas insurgenencias que lo hacían invocar la mano fuerte del caudillo dictatorial como vía para la consecución del orden, la tranquilidad y la paz. Quien estuviese en el poder preconizaba estos objetivos, y bajo su sombra hacía escarnio de la población. Por el contrario, quien se encontraba desasistido del poder político encabritaba a las masas para la contienda, ofreciéndoles demagógicamente villas y castillos, posteriormente traicionadas, cuando en contacto con la oligarquía, la comodidad material y la prebenda fácil, de una vida saturada por la orgía, aquel sometía la conciencia de sus tiempos levantiscos. La historia era un ir y venir en torno al poder. Facetas de hombres atravesaban la geografía del tiempo, pero como constante imperturbable, la oligarquía ejercía su dominio y opresión, transformando a estos en dóciles instrumentos de sus intereses económicos y políticos. Venezuela no encontró camino para la libertad. El mayorazgo opresivo curtió el cuero expoliado de la patria. Miseria, atraso, servidumbre, despotismo, explotación continuaban siendo el paisaje de la

república. De poco valía la acción de las estrellas fugaces de la dignidad y la honra: sus cuerpos y familias eran entregados al oscuro pozo de la ignominia. Pero Venezuela entera aquilataba sus valores. Un proceso de acumulación soterrada mantenía ardiente, a escondidas, la tea de la libertad. Pareciera que, como los volcanes, el alma de la nación entraba en una calma irredenta con erupciones reiteradas, que hacían recordar a los tiranos la entraña revolucionaria de los pueblos. ¡Ese volcán habría de explotar!

A partir de 1830 hubo en el país innúmeras insurgencias, la mayoría de las cuales fracasaron: la de Monagas, en 1831; la de Gabante, en 1834; la de Reformas, en el 35; la de Farbán, guerrillera y campesina, el 37; la de los liberales guzmancistas, en el 46; las de Páez, en el 48 y 49; las de conservadores y liberales en el 53 y 54, etc. Fracasaron y fueron vencidas por el régimen oligárquico, supuestamente constitucional. Pero, a partir de 1958, cuando la guerra federal estaba ya incubada, el viento revolucionario de los pueblos hizo añicos aquella pared de legalidad farsante y advino entonces una época de triunfos tras triunfos de las insurgencias, golpes militares, compromisos y conciliaciones, que hacían del poder político un simple juego a la rebatiña del más zorro. En marzo de 1858, conservadores y liberales se unen para provocar la caída del gobierno de los Monagas; los batallones de Casas le imprimen una derrota a Castro en 1859; la gente de Echezuría depone a Gual y proclama su gobierno en 1861; la Federación traicionada vence a Páez en 1863. Y así en lo sucesivo. El emblema de la Federación fue suficiente prueba de la fuerza acumulada por las masas en busca de su emancipación. 1858 había iniciado la apertura de una profunda crisis política, donde la participación del pueblo era inevitable: la guerra federal fue testimonio en su más excelso grado; la traición y la componenda de sus dirigentes temperaron los ánimos exaltados y paños tras paños calientes pretendieron ahogar la crisis tempestuosa de la revolución.

El 58 del siglo XX abrió también perspectivas para una mayor participación del pueblo en las cuestiones políticas, pero la droga de la conciliación, de nuevo, defraudó las esperanzas, y los agentes del imperialismo y de la burguesía

desarrollaron desde el poder una feroz política contrarrevolucionaria, escudados en la ignorancia popular y los recursos inescrupulosos que proporciona el poder. Pero ayer, como hoy, el espíritu de rebelión encendió los corazones de los humildes y de la juventud, y la tea de la revolución continúa alumbrando las conciencias. Para entonces era fácil el engaño y la conseja mezquina del individualismo caudillista, así como la postrera celada al movimiento popular, al primer contacto con las altas clases, los militares encumbrados y la élite caraqueña. Una intelectualidad desertora corría presurosa a la alabanza soez para crear el clima de conciliación y entrega, bajo el supuesto manto de la paz, la tranquilidad y el orden, “necesarios al desarrollo del país”. Hoy como ayer, acontece lo mismo. Pero el pueblo y el movimiento revolucionario han progresado en conciencia y ya no es posible que la enredadera de la “democracia” pueda abrazar las rebeldes y despertar conciencias de los combatientes revolucionarios. Esta humanidad ha dicho basta... y ha echado a andar. Nada detendrá esta marcha de gigantes.<sup>117</sup>

Los cambios sociales acaecidos en Venezuela en la segunda mitad del siglo XIX pueden reducirse realmente a tres: en cuanto a la estructura económico-social del país, la desaparición de la mano de obra esclava que fue a engrosar principalmente al campesinado enfeudado; por otra parte, la aparición, por vez primera, de los originales núcleos de obreros manufactureros, aparejados a las prístinas formas de burguesía industrial, fueron características del capitalismo naciente. El tercer rasgo, relativo a la dinámica político-social está tipificado en la guerra de guerrillas campesinas contra los terratenientes y la burguesía comercial-usurera de las ciudades, iniciada con la crisis de la Federación (1858-1863), pero que mantuvo su aliento a lo largo de las luchas políticas de toda esa centuria.<sup>118</sup> Este último elemento le imprime un profundo rasgo de democratización a las relaciones sociales en el país, superando los

---

[117]\_ *Segunda Declaración de La Habana*. 4 de febrero de 1962, La Habana.

[118]\_ Brito Figueroa. *Op. cit.* Tomo I, pp. 317 y siguientes.

prejuicios que las clases dominantes habían interpuesto. Así, la conciencia del pueblo comienza a librarse de las brujerías de las desigualdades, que los grupos privilegiados se habían empeñado en mantener. Esta liberación solo es posible al calor de las luchas políticas y armadas que los oprimidos llevan a cabo contra la oligarquía opresora y caudillista.

Se ha dicho, con tino, que la historia postrera a la independencia no fue sino una marcha irredenta de tiranos por la silla presidencial. Los gobiernos de facto predominaron sobre los gobiernos también de facto, pero cubiertos con oropel legalista. Las Constituciones sirvieron para todo. Y uno cual otro supieron con perjurio engañar a la opinión pública, bajo el supuesto manto de una constitucionalidad siempre violada. La usurpación de autoridad jamás fue óbice para quitar eficacia a las determinaciones gubernamentales. Páez, los Monagas, Guzmán Blanco, Castro, Crespo, Gómez, López Contreras, Pérez Jiménez... siempre pudieron unos más unos menos, cubrirse en el solio de la legalidad, a manera de justificar formalmente sus decretos. Los abogados de turno supieron encajar el atropello en el marco de una supuesta Constitución. Pero ni aun en el caso del peor de los tiranos, que, como Juan Vicente Gómez, hicieron del poder una aberración de delincuencia, se pudo abroquelar el impetuoso sentimiento revolucionario del pueblo, que no obstante su gobierno de “paz, pan y trabajo”, siempre dijo presente al llamado de la lucha guerrillera e insurrecta: los levantamientos armados del siglo XX contra Gómez son fieles testimonios de este indómito espíritu de nuestro pueblo.

Nuestros sociólogos e historiadores, incluso aquellos que han pretendido ir un poco más allá del determinismo positivista, han acuñado la curiosa tesis de que el conflicto político, como centro de nuestra acción histórica, estuvo polarizado entre quienes sostuvieron la necesidad del gendarme, como única posibilidad del “orden para el desarrollo”, y quienes, en oposición, levantaron el estandarte de la traición cívica

constitucionalista, que desde la época del Libertador se recoge bajo el manto hegeliano de “sociedad civil”. Esta tesis es necesario desmenuzarla y mostrar su sofisma, para poder comprender en propiedad las actuales fuerzas dialécticas que motorizan la historia venezolana del siglo XX. Aun cuando ese no es nuestro cometido, debemos señalar algunas observaciones elementales.<sup>119</sup>

*grosso modo*, caben dos notas capitales. La primera es que tal esquema de polarización de fuerzas entre partidarios del gendarme necesario (reaccionarios caudillistas) y partidarios de la tradición civilista (liberales-constitucionalistas) encubre la polarización sociopolítica real que en el plano de la lucha por el poder caracterizó la contradicción fundamental de nuestra historia: los del gendarme y aun de la tradición civilista, según la oportunidad al servicio de la oligarquía y después también del imperalismo (Gómez, López Contreras, Pérez Jiménez, Betancourt, Leoni), y en el bando opuesto el pueblo combatiente, abriéndose paso con las armas y la lucha política para conquistar la libertad. Esa polarización es evidente y cubre por completo el proceso sociopolítico de nuestra historia. La confrontación militarismo-civilismo no es sino una expresión de ella, en el particular campo de las diferencias en el mismo seno de la oligarquía y las capas dominantes acerca del mejor sistema para oprimir al pueblo, dependiente siempre de los vaivenes de la situación política. En consecuencia, es completamente falsa la tesis que aparta a un lado, precisamente, la fuerza determinante de la historia: las masas populares. Bien oprimidas, bien en rebeldía ellas son el actor principal, y sus conductores, aun cuando inconsecuentes, alcanzan el pedestal de la posteridad en la medida que saben interpretar sus profundos intereses.

La otra observación se refiere a que, en verdad, en la lucha contra el militarismo despótico la conflagración de oponentes se escenificó entre

---

[119]\_ Ver tesis de Augusto Mijares, en *Op. cit.* pp. 201 y siguientes.

el frente reaccionario-militarista, partidario acérrimo de la dictadura terrorista, y el frente democrático-revolucionario, donde, a su vez, oligarquía y masas populares luchaban por la hegemonía. Los triunfos del pueblo —muerte de Gómez, presidencia de Medina, Junta Revolucionaria de Gobierno de 1945, 23 de enero de 1958—, cual estelas fugaces, significan la victoria del segundo sobre el primero, pero inmediatamente la traición adviene en el frente democrático y las fuerzas entreguistas concilian con la reacción tendiendo la pérfida celada al pueblo y su movimiento revolucionario: López Contreras y el gomecismo; Medina y la naciente burguesía; Acción Democrática y el perezjimenismo naciente; en fin, Betancourt y Copei reaccionario. El escenario nacional de la contienda política está signado por el combate entre estos dos contrarios. Las fuerzas revolucionarias participan en el amplio frente democrático antidictadura, pero a conciencia que transitaban con mercaderes del compromiso histórico.

El 23 de enero del 58 cierra ese proceso y abre otro: un sol que muere y otro que renace. La oposición política pasa a ser entre revolucionarios consecuentes (socialistas, nacionalistas y demócratas progresistas) y el despotismo reformista (demócratas representativos), que ejercen desde el poder la dictadura de la democracia reformista. Esta nueva polarización de fuerzas le imprime un halo de avanzada a la lucha política. Y el lastre de la componenda y de la traición, de los tránsfugas y desertores de la revolución estrecha en la historia del camino de la redención. El Betancourt, ayer nada más mantenido como revolucionario por la juventud engañada, ya no puede presentar sino la faz de vergüenza y deshonra; su defección del campo patriótico y democrático fue percibida por las masas hasta ayer embaucadas, que aprendieron sobre cadáveres su escarnio sangriento. No cabe marcha atrás en la historia: la irreversibilidad del tiempo pasma. El cristal tamizado por el desarrollo y la experiencia de las luchas populares deja un destello de pureza y lealtad en los cuadros de la revolución.

Igual como el gomecismo y el perezjimenismo fueron en su época la política imperial, del latifundio y la burguesía comercial-importadora, bajo la forma desnuda de un despotismo *de facto*, ilegal y sanguinario; del mismo modo, el gorilo-betancourismo, así como sectores civiles y militares del gobierno, constituyen el instrumento actual que el imperialismo, en alianza con la alta burguesía asociada y bancaria, utiliza en nuestro país bajo la forma encubierta de despotismo legalizado. El mismo musiú con diferente cachimbo. Eso es todo. El logro de esta distinción en la conciencia de la gente de pueblo es el más importante paso ideológico en la conformación de una mentalidad revolucionaria en el seno de la población venezolana. Tales son, pues, las notas capitales que ponen en sus justos términos de veracidad histórica la interpretación de las gestas sociopolíticas recientes.

Augusto Mijares define la dictadura de Castro como insana grotesca y la de Gómez como delincuencia vulgar.<sup>120</sup> ¿Cómo habría de definir la de Pérez Jiménez?

La dictadura de Juan Vicente Gómez caracteriza en lo fundamental el tercer jalón de nuestra historia porque lo culmina, porque llevó hasta sus extremos al gendarme necesario, porque cerró una etapa del desarrollo histórico y abrió las compuertas a otro; en fin, porque tipifica todos los elementos esenciales y comunes a la llamada dictadura represiva-militar-policíaca, basada en el terror y la ignominia. La época de Gómez, en el máximo desarrollo del oprobio, fue al mismo tiempo cuna de las fuerzas y objetivos seculares con que en el panorama contemporáneo se caracteriza al movimiento revolucionario. Con Gómez nace la clase obrera, producto principal de la penetración foránea en la industria extractiva del petróleo. Se difunden y esparcen por el país político las más diferentes ideologías, que gracias a su clandestinidad cobran el valor mágico de la leyenda, estrujando en sus consignas aquellas más radicales en sus objetivos revolucionarios: penetran en el país la concepción materialista

---

[120]\_ *La interpretación pesimista...* *Op. cit.* p. 196 y siguientes.

de la historia y las ideas marxistas y comunistas, que con el estallido de la Revolución de octubre de 1917, hacen retumbar en ecos las paredes de los calabozos. La cárcel inicia su proeza como escuela revolucionaria de los cuadros futuros. La destacada explotación capitalista neocolonial de nuestras ingentes riquezas hace despertar el sentimiento soberano, anonadado y escondido en los pliegues vistosos de los libros sobre la independencia nacional. En fin, el ejercicio sin cortapisas de la tiranía doméstica enciende la chispa electrizante de la porfía democrática, en aras de una libertad verdaderamente concreta y popular. El régimen y la época de la dictadura gomecista resumen todo el porvenir de nuestra historia: recoge en embrión toda la carga futura que habrá de concitar la patria.

Hasta Gómez, el gendarme necesario fue producto social de la tradicional clase territorial, propietaria de nuestros suelos. Era, en su caracterización histórica, una manifestación del régimen precapitalista de producción, típica expresión de la opresión latifundista ejercida sobre las mayorías nacionales representadas entonces por las masas campesinas. En cambio, a partir de él, se inicia de nuevo el vasallaje extranjero en nuestra patria, gracias a la penetración imperialista. De esta manera la reaccionaria opresión semifeudal se mancomunada con el neocolonialismo norteamericano para doblegar y explotar a nuestro pueblo. Este pacto histórico-objetivo sella con nuevos lazos el sudario de las masas desposeídas. Entonces el despotismo militarista refleja en lo político no solo los intereses antidemocráticos de la servidumbre precapitalista, sino también los objetivos capitalistas del vasallaje extranjero. Imperialismo y latifundio emergen como los escollos sombríos que paralizan el progreso de la república. Contra ellos habrán de descargar sus baterías las fuerzas revolucionarias, tratando de desenmascararlos en todas sus patrañas, ganando de esta manera a las mayorías nacionales oprimidas contra este nuevo despotismo.

La ignominiosa dictadura de Gómez se caracterizó por el terror inescrupuloso como fórmula de gobierno. La coacción física, la violencia represiva ejercida desde el poder consustanciaron este tipo de Estado latifundista, que

desnudo aparecía ante nuestro pueblo y el mundo, tal como es: un aparato armado de violencia de las clases explotadoras y dominantes para oprimir al pueblo. No había cortinaje de encubrimiento, ni vestimenta demagógica, menos aún ropaje de legalidad constitucional. El ejercicio despótico del poder advenía en toda su crudeza original, sin aspavientos hipócritas, con una sinceridad admirable, como lo único positivo dentro de aquel antro oscuro lleno de ruindad y terror. No había doblaje, ni mascarada pérfida, sino mordaza. Es el ejercicio del terrorismo político contra el pueblo, el gomecismo recurría a tres típicos métodos de gobierno: 1) prolongada prisión política a sus opositores, hasta por veinte años, para numerosos venezolanos, muchos de los cuales pasaron prácticamente su vida entre mazmorras; 2) tortura infamante e indigna contra sus presos políticos en búsqueda de la delación para minar el reto de probidad y honestidad de los patriotas; incomunicación total y permanente; grillos de setenta kilos; muertes sucesivas de los más débiles físicamente, 3) violentos reclutamientos a la menor alteración del llamado “orden público”, de millares de ciudadanos indiscriminados, que eran conducidos a campos de concentración, trabajo y muerte para construir carreteras bajo el látigo del caporal de turno. Era la violencia descarnada, sin pudor, que se ofrecía en toda su desnudez, persiguiendo crear un clima de pavor y zozobra que obligase a la obediencia humillante. Las fuerzas subyacentes de la historia culminaban así toda la pujanza material de la dialéctica política. Gómez fue un extremo: de él, cual caldo de cultivo, nació la revolución en el otro bando. De las entrañas mismas, desgarradas, del terrorismo político gubernamental, brotaba límpida la fragua de la rebeldía popular hecha conciencia. Se iniciaba así el movimiento revolucionario democrático y nacionalista, con los más preciados emblemas de progreso, paz y felicidad para nuestro pueblo.

No había sombra de libertad alguna. La patria era un antro de ignominia. La prensa no podía reflejar, sin temor, siquiera los temas científicos más neutrales. Se recuerda la discusión sobre el aceite de ricino si era benigno o no para el mal de la “gripe española” cuando las características tomadas por el

debate impulsaron a la gobernación a prohibir tales artículos. También cuando un célebre médico publicó un trabajo sobre la mortalidad en Caracas, que concitó contra sí la reprimenda del dictador, siendo expulsado del país, considerado como sospechoso político. La gran prensa, como siempre, y sus escritorzuelos de cuartilla, alaban al régimen, de una y mil maneras, mientras la mordaza ruin cerraba toda la ventana a la libertad del pensamiento. El cuadro de la república era una caja de resonancia, donde todos los temas y problemas tomaron obligadamente la forma de oposición política. Y, al revés, los combatientes antigomecistas se aprovechaban de todos los resquicios para hacer pública, aun cuando fuese leve e indirectamente, la profunda aversión que la nación venezolana desataba contra aquel gobierno. Cientos de prisioneros cuarteaban el suelo de la patria y los cuerpos exánimes caían en los campos de trabajos forzados que recordaban el látigo esclavista. Los grillos enmohecían los huesos y las enfermedades mataban lentamente el cuerpo inepto de los ciudadanos, mientras sus ideas revolucionarias recorrían los muros de las prisiones enriqueciendo el arsenal doctrinario del pueblo. Los reclutas no eran simples soldados, sino siervos del domador de turno es sus propiedades. En la escalada militar no ascendían los más talentosos y capaces, valientes y disciplinados, sino aquellos cuya adulación y versania los hacían favoritos de los déspotas. La dignidad militar estaba vejada. La felonía y la insidia aportaban méritos para el ascenso. En el plano civil el efectivismo hacía de la suyas en pueblos y caseríos de toda la República. La violencia despótica contra los oprimidos, las exacciones y vejaciones no fueron patrimonio exclusivo de Gómez y los suyos. Cualquier bastión de mando por insignificante que fuera, era suficiente para esquilmar a la ciudadanía, hurtando sus propiedades, vejando a sus mujeres, imponiéndoles un trato humillante. La estructura autoritaria del país semejaba una colmena azotada por el dogal servilista. Y la patria envilecida apuntaba en estertores su repudio masivo pero indefenso a tanta ignominia. Augusto Mijares constata con su pluma aquella situación de vergüenza y deshonra:

El ambiente de horror y de angustia que semejante régimen producía queda sintetizado en el hecho de que millares de venezolanos salían anualmente del país a establecerse en las Antillas, en Colombia o en Estados Unidos. No muchos eran exilados políticos pues Gómez prefería la cárcel, y solo como una merced concedía el destierro; eran venezolanos que simplemente no podían vivir en su país bajo aquella presión enloquecedora, o que iban a trabajar al extranjero porque las desastrosas consecuencias económicas de tal política cerraban cualquier posibilidad del honrado provecho. En 1928 se podría apreciar claramente que no había familia venezolana que no tuviese algunos de sus miembros en la cárcel, en el destierro o ganándose la vida como simples obreros en los Estados Unidos del Norte.

Después se echa sobre todo esto la cortina de humo de una discusión “doctrinaria”, y aparece que al mismo tiempo se hubiesen borrado tantos sufrimientos.<sup>121</sup>

Este fue el panorama de la dictadura terrorista y machetera de Gómez. Aparte de las innovaciones técnicas, culturales, económicas y sociales impuestas por el devenir natural de la sociedad venezolana en el presente siglo cosmopolita, los rasgos distintivos de la opresión terrorista gubernamental se mantienen en los gobiernos de Betancourt, Leoni y Caldera, como dictaduras de la democracia representativa:

1) prolongada prisión política de sus opositores, algunos de los cuales no solo llevan ya cinco años de prisión –desde 1962–, sino que incluso han sido condenados formalmente a penas de hasta veintisiete años de presidio. ¿Cuál es la diferencia con Gómez, aparte de la sustitución de los grillos, que en lugar de los pies operan sobre las conciencias? Al menos Gómez tomó la responsabilidad de la condena sin comprometer en la balanza al Poder Judicial. En cambio, el despotismo reformista de hoy enloda la impartición de justicia, colocando a jueces civiles y militares en posición política partidista, al servicio del ejecutivo.

---

[121]\_ Augusto Mijares. *Op. cit.* p. 199.

2) Tortura infamante e indigna a los prisioneros, que en lugar del cortinaje y engrillaje restablece las modernas técnicas yanquis del atropello a la probidad humana: electricidad en los testículos —los célebres *tireboulet* de la Legión Extranjera Francesa en Argel—; golpes diarios y con paños mojados sobre la cabeza, el estómago y la espalda por más de noventa días consecutivos, bajo el control médico que impida dejar huella y no conduzca a la muerte al prisionero; tizones ardientes y cigarros prendidos en los genitales de las víctimas; posturas de ahorcamientos y de brazos prendidos por horas y días; agujas rojizas en las hendiduras de las uñas... y cuanto la imaginación truculenta de la nueva técnica pueda fantasear en su loco afán de doblegar conciencias. Desde luego, hay diferencias: ahora la tortura es más técnica y la complicidad médico-profesional y jurídico-legal la cubren con más acierto. Es comprensible: Gómez no necesitaba de ello, en cambio Caldera y su gobierno sí. ¿Cuál es la diferencia? ¿La nota usted, estimado lector?

3) En lugar de los conocidos reclutamientos antipopulares, tan bien cincelados por Andrés Eloy Blanco en sus versos, tenemos ahora razias infamantes contra los barrios humildes de las ciudades, allanamientos sin escrúpulos civilizados a las universidades y centros de cultura, sádico y vil terror militar-policiaco sobre las poblaciones campesinas cercanas a los frentes guerrilleros, donde la probidad humana, la honra y el pundonor de la mujer campesina, la pequeña propiedad terruña y las garantías ciudadanas no valen absolutamente nada y una estela de muertos, desaparecidos, torturados, perseguidos y prisioneros dejan un ambiente de desolación, hambre y muerte en los campos de la patria. Esa es la diferencia entre uno y otro tipo de despotismo, entre una y otra forma de dictadura. La cobertura de legalidad y representatividad no cubre sino las partes secundarias del flagelado cuerpo, mientras sus zonas fundamentales reciben aún con mayor escarnio el golpe infamante del terrorismo político esparcido desde el poder. ¿Dónde está, entonces, la diferencia?

El célebre general Antonio Paredes fue mandado asesinar por Castro, junto a Hernández Díaz y Raimundo González, por telegrama en clave fechado el 13

de febrero de 1907 enviado al general Luis Valera en Ciudad Bolívar: “Debe usted dar inmediatamente orden de fusilar a Paredes y su oficialidad. Avíseme recibo. Y cumplimiento. D. y F. Cipriano Castro”. Y el estoico general, según texto de Dominici, cuando quisieron vendarle los ojos respondió: “Nací con los ojos abiertos y así he de morir”. Habiéndolo amarrado al banquillo, gritó con todos sus pulmones prestos al sacrificio. “¡Viva la libertad! ¡Viva Venezuela!”.<sup>122</sup> Si a esta actitud noble y proba de Antonio Paredes se agrega a la pléyade de hombres que pasaron por las mazmorras gomecistas, ¿qué debemos decir de la posición asumida por Alí José Paredes o José Gregorio Rodríguez, asesinados por el gobierno de Betancourt, o bien, los bestiales homicidios perpetrados a connotados dirigentes revolucionarios como Alberto Lovera o Fabricio Ojeda, en el régimen de Leoni? ¿O los asesinatos de Belisario Marín, Luis Hernández, Botini Marín, Luis Rosas Piña, Plinio Rodríguez, Francisco Alberto Caricete, etc., durante el gobierno copeyano de Caldera? ¿Hubo orden o telegrama alguno que impusiera a sus ejecutores el crimen de Lovera? ¿Cuál es la responsabilidad de Gonzalo Barrios, de Florencia Gómez, de Lorenzo Fernández? ¿Qué palabras inmortales recogerá la historia de los labios de Lovera, inerme ante la tortura inescrupulosa de un enemigo bárbaro y salvaje? La historia es terca en fijar responsabilidad y más tarde o más temprano saldrá a la luz toda la abyección de estos funestos crímenes. El asesinato político no puede quedar impune. La fotografía de Lovera, encadenado en lugar de engrillado; arrojado al mar, en lugar del pozo séptico; flotando siempre, para después de muerto condenar con su hermosa fetidez a los culpables; este horrendo crimen, señores del gobierno, de la encumbrada burguesía, de la Embajada norteamericana, de los mandos militares y del clero, no podrá quedar impune. Como no quedarán el de Paredes, Rodríguez, Ojeda, Carmona, Paquier, Malavé, Ramón Antonio Álvarez y tantos otros. La vindicta del pueblo vendrá

---

[122]\_ Manuel Rojas Poleo. “El crimen político durante este siglo”, reportaje aparecido en el diario *El Nacional*, 13 de marzo de 1967, p. C-1.

con toda su arrolladora fuerza de justicia. El informe de la Comisión de Diputados que estudió el caso Lovera es, dentro de lo escueto, muy claro en cuanto a la responsabilidad de la Digepol.<sup>123</sup> ¡Horas de justicia vendrán en que los culpables recibirán todo el peso de la ley revolucionaria y popular!

---

[123]\_ Texto publicado completo en el semanario *Qué*. Caracas, 26 de noviembre de 1966.

## Capítulo 10

### Las dictaduras militar-policíaca y democrático-reformista

Pero la dictadura militar y policíaca no se reduce al gomecismo. Después de los intervalos de López Contreras, Medina y el gobierno de facto de Betancourt, advino la dictadura militar de Marcos Pérez Jiménez. Esta fue una dictadura de nuevo tipo, producto de la política norteamericana que, apoyada en el punto IV del Plan Truman, el imperialismo impuso a América Latina, correspondiendo a su estrategia de guerra fría en todo el mundo. Como ha dicho Gallegos, si los dictadores latinoamericanos no han nacido en Washington, “desde allí, de alguna manera, los han amamantado”. En Gómez predominó la entraña enfeudada venezolana sobre el entreguista compromiso económico con el imperialismo yanqui. El imperialismo, más bien, en su política, terminaba por apoyar al ya existente gobierno de Gómez, tratando de transformarlo en Porfirio Díaz de Venezuela, como decía *The New York Times* en su editorial del 15 de diciembre de 1908, refiriéndose a las acciones armadas extranjeras contra Venezuela de aquella época:

La doctrina Monroe no está envuelta en el caso. Sus Castros y sus revoluciones son obstáculos para el progreso comercial de su país... Lo mejor que podría ocurrir sería la llegada al poder de un Díaz venezolano lo suficientemente fuerte para mantener el orden civil y

lo suficientemente sabio para dar a los venezolanos el sincero deseo de perpetuarlo.<sup>124</sup>

Un cambio, la dictadura de Pérez Jiménez no es tan criolla, sino espécimen importado de los Estados Unidos, gracias al contubernio conspirador de la Embajada norteamericana, que prácticamente, como se acostumbraba y se acostumbra en los países del Caribe, constituye la copia diligente del solio presidencial. Pérez Jiménez, más que producto del latifundismo precapitalista, responde más bien, en lo nacional, a las exigencias de una alta burguesía comercial-importadora, que rápidamente se enriquecía en construcción y burocracia, bajo el amparo del dictamen económico norteamericano. De allí el oropel con que se revestía, a la par de haber participado de una situación boyante en el plano fiscal, característico de un auge económico común a todos los pueblos latinoamericanos, que termina justamente para 1957.

Los crímenes del perezjimenismo son recientes. La caracterización de su política corresponde más bien al análisis actual de la situación nacional, comparándola con los regímenes de Betancourt, Leoni y Caldera. Pero su nacimiento, desarrollo y consolidación, así como su estrepitosa caída, constituyen una aleccionadora experiencia para las luchas del pueblo venezolano y su movimiento revolucionario. La dictadura militar perezjimenista culmina, con su derrocamiento popular el 23 de enero de 1958, toda una importante etapa del movimiento popular y democrático. Cierra un camino y abre otro. Abrió una crisis política y revolucionaria todavía no cerrada, a pesar del empeño reaccionario, que las gestas futuras de nuestro pueblo habrán de agudizar. El perezjimenismo tipificó la política imperialista, latifundista y burguesa comercial-importadora, bajo la forma de un despotismo *de facto*.

---

[124]\_ Citado por Eduardo Machado. *Las primeras agresiones del imperialismo contra Venezuela*, México, 1957. pp. 49 y siguientes. Destacado nuestro.

El terror y la violencia política ejercidos desde el poder comportan una dictadura militar policíaca. Esta violencia y este terror se ejercen contra la inmensa mayoría de la población venezolana, especialmente las clases trabajadoras, que en su inmensa mayoría conforman el conglomerado oprimido de la nación. Para estas mayorías nacionales no hay libertad, ni democracia, ni soberanía, ni justicia, ni cultura, ni progreso. La tiranía es contra ellos. Ellos son yunque: el gobierno es martillo. Eso no quiere decir que para la otra porción de Venezuela —Pérez Jiménez y los suyos, generales, burgueses, intelectuales y profesionales, clero, etc.— no exista libertad para la diversión, democracia para el crimen, soberanía para la entrega, justicia para el dolo, cultura para la deserción, progreso para enriquecerse. Esa es la dialéctica ineluctable de la historia. La dictadura es contra unos, que se convierten en su contrario —la democracia— para quienes la ejercen desde el poder. En esencia, es la dictadura de una minoría, un minúsculo grupo de apóstatas, que viven, mandan se divierten y gozan a costa de la inmensa mayoría de la nación. Como estos no pueden tolerar tal injusticia social y necesariamente habrán de rebelarse contra tal situación, aquellos tienen que ejercer la violencia y el terror gubernamental contra estos, de manera de mantenerlos a raya y nunca lleguen a poner en peligro sus intereses, que al mismo tiempo, son los del imperialismo norteamericano, la alta burguesía y los latifundistas criollos. Esa es la situación. Con esa simplicidad escalofriante. Toda la complejidad con que los apologistas de estado burgués quieren esconder esta verdad, se viene al suelo ante la terquedad histórica de los hechos. El perezjimenismo representó al imperialismo en las condiciones de la dictadura militar-policíaca: régimen político del despotismo de facto, ilegal, abierto y descarnado inescrupuloso en cuanto al revestimiento de las normas legales burguesas.

El proceso dialéctico de los cambios acontecidos en el país en el curso del presente siglo va, entonces, del despotismo *de facto* al despotismo legalizado. De la dictadura militar-policíaca a la dictadura de la democracia reformista. Los gobiernos de Betancourt, Leoni y Caldera, en nuestros días, representan

al imperialismo en las condiciones de la dictadura de la democracia reformista y representativa. El conglomerado oprimido de la nación es objetivamente el mismo, con leves cambios en cuanto a los personajes y determinados grupos sociales y políticos conectados ahora al poder. También hoy se ejerce la dictadura contra la mayoría, mientras una minoría continuista usufructúa el gobierno para sí. Se ha ampliado un tanto el margen de libertad, democracia, soberanía, justicia, cultura y progreso; pero no en lo fundamental, sino en formalidades insustanciales que permiten continuar embaucando a sectores de las masas populares. Nuestro sectarismo no llega a negar la existencia de estos cambios: simplemente arrimamos, como lo corrobora la ciencia social, que son meros cambios formales, que la esencia de la opresión sigue siendo la misma, que el contenido del Estado opresor no ha cambiado sustancialmente. Esto es lo que afirmamos. ¿Quién se atreve, bajo las categorías científicas de las ciencias sociales, a discutir tal aserto? Los discursos, documentos, proclamas, etc., en los cuales se señala que se está realizando pacíficamente la “revolución democrática y nacionalista” no pueden causarnos sino risa, y en cierta forma, estupor, por el grado de alienación a que pueden llegar estas conciencias. La servidumbre ante el amo yanqui es la única capaz de producir ese prodigio de desvergüenza al cantar loas a la “revolución”, mientras desde el poder político se profiere el zarpazo tráfuga contra los oprimidos, traicionando aquella. No cabe mayor hipocresía.

Aun cuando los anales de la historia los recuerda a borbotones, este, con que ahora la social-democracia y el socialcristianismo reformistas se presentan en nuestra América, nos hace recordar la defección de la democracia burguesa ante el avance del nazi-fascismo en Europa antes de la Segunda Guerra Mundial. Por discursos, proclamas y programas que teoricen; por más que se atraganten con palabras revolucionarias, con verbos nacionalistas, con oraciones democráticas, con profecías comunitarias, la infidelidad a la revolución es un hecho. En el análisis, no se trata de examinar las palabras, los verbos y las oraciones encendidas, cual teatro mefistofélico donde la mala conciencia presenta

el sueño como si fuese realidad. En absoluto. Se trata de ventilar los hechos, y estos, en el dominio social, son testarudos. A un gobierno, a un partido en el poder, a un movimiento político, se les juzga por lo que hacen y no por lo que dicen. Pueden decir maravillas y contar cuentos de hadas, pero la cruda realidad es contagiosa para las gentes sencillas, Goethe en el Fausto decía con razón que “Im anfang war die Tat”; el principio no es el verbo como aconseja la *Biblia*, sino la acción. De allí ha tomado el marxismo su concepción científica de la sociedad a partir de la práctica social. La praxis es el único criterio de verdad para el conocimiento, según el célebre dicho inglés traído a colación por Engels: “*The proof of the pudding is the eating*”.<sup>125</sup> Así, la verificación de vuestra sonada “revolución democrática y pacífica” está en los hechos, en la práctica humana, y no en vuestros ditirámicos discursos. Esta es la escueta verdad. Y toda distorsión de conciencia y de ideología tendente a sacarle jugo a un clavo se pierde en su propia mistificación. Meras palabras, sueños y nada de realidades. El curso de la historia va enseñando esto a capas cada vez mayores de la población. Y en la medida que la juventud y la intelectualidad se ponen realmente al servicio de la revolución, la tempestad arrastra toda esa superchería, haciendo lúcida la conciencia hasta ayer no más alienada. Este es el aspecto “positivo” del poder, como prueba crítica definitiva de vuestra traición. El ejercicio del gobierno termina por desenmascarar las posiciones ideológicas más demagógicas.

De allí que, realmente no exageramos cuando afirmamos que nuestra historia ha marchado de los macheteros a los demagogos y de los demagogos a los revolucionarios. Pero la lucha presente es ya entre demagogia y revolución. Nosotros recogemos, con toda la carga de la historia, el contenido revolucionario de nuestra gesta emancipadora, con su doble dimensión de Guerra de Independencia y de Guerra Federal. Lo que

---

[125]\_ Tomado de F. Engels, *Del Socialismo Utópico al Socialismo Científico*. Moscú, 1946, pp. 12-13.

hacemos es darles continuidad a esas epopeyas. Vosotros estáis separados no solo del río del pueblo, sino también del linaje de la historia. Aparecen como encandilados ante el mundo. Viven solo del goce fácil de las comodidades materiales, por el cual vendieron farisaicamente la hermosa gloria de existir y combatir para y por la revolución. Los compadecemos: han sido libres para tal pequeñez de espíritu. Este hecho, en pocas palabras, atestigua la traición de la generación el 28: el fenómeno doloroso pero cierto de que la democracia reformista no es capaz de resolver los graves problemas que en los distintos órdenes de la vida hoy confronta el país, demostrándose en la práctica, en cuanto al contenido y la esencia que equivale a los otros tipos de regímenes despóticos que ha padecido la república. El pretendido salto en el vacío que la democracia reformista quiere dar en nuestro país es una estafa. No puede serlo. Y eso que este es el país más rico de Hispanoamérica. En ocho años los gobiernos de Acción Democrática han contado con cera de cien mil millones de bolívares, superior a la suma invertida por los norteamericanos en el Plan Marshall para la reconstrucción económica de Europa después de la Segunda Guerra Mundial. Y ¿qué han hecho? La miseria, el hambre, la desocupación, la incultura, la enfermedad, el vestido y la habitación siguen siendo serios problemas que confrontan las inmensas mayorías nacionales. Lo realizado aparece como una simple gota de agua en la inmensidad del mar. El crecimiento demográfico del país arropa en ritmo y en cantidad los pequeños éxitos económicos de relativa superación que prodigan en su propaganda los diarios y revistas. El cinturón de miseria estruja la vida en la ciudad. El hambre galopante carcome el estómago de nuestros campesinos. Los niños macilentos transitan, cual sonámbulos, el paisaje del país como escuela. Convénzanse: la nación no tiene otra salida inmediata que la democracia popular, aquella predicada por Bolívar, aquella sostenida por Zamora —que ahora es la forma de un contenido patriótico profundo. ¡Oh, cómo de terca es la historia! Si el eco de la opresión y la miseria aparece

y aparece en el curso de los lustros, el itinerario de la democracia para los oprimidos subyuga fascinante el mundo de los libres.

La libertad que queremos es para la justicia social: solución directa e inmediata, de raíz y en los hechos, de los problemas sufridos por las masas; porque, justamente, solo en una justicia social se es realmente libre: todos seremos iguales, sin la distinción de origen, fortuna o color, restableciendo en sus justos términos las diferencias de capacidades y de orden moral. Pero el torrente de esa democracia justiciera tiene que quebrantar al neocolonialismo capitalista que nos acogota. Otra vez, como ayer, no puede haber libertad en el vasallaje. La conquista de la genuina soberanía nacional, de la posesión de nuestras riquezas que solo y únicamente a nosotros nos pertenecen, es condición indispensable para ser libres. Del resto, como decía el Libertador, será una utopía. Por eso se fusionan en nuestra lucha el torrente patriótico y el torrente democrático conformando un progreso histórico aquilatado por los siglos. Es la revolución en marcha. La historia otra vez en juego. El compromiso del pueblo contraído. El destino de la patria en movimiento. Este proceso no podrá ser detenido. No hay fuerza capaz de hacerlo. Si la bota infamante de las boinas verdes yanquis, que hoy por centenares sirven de consejeros al ejército oficial en su lucha antirrevolucionaria contra la nación y la libertad, osa poner su planta infamante en nuestro suelo, cada brazo combatiente se hará un millar y exclamaremos al mundo el mensaje de Arismendi, ante la invasión de Morillo y Canterac: “¿Someternos? ¡Jamás! Antes convertirnos en polvo, o sepultarnos en los abismos del mar. Se harán dueños de los escombros, de las cenizas y de los vestigios que quedarán de nuestra constancia y valor. ¡Jamás de Venezuela y menos de sus defensores!”.

Este es el recorrido de nuestra historia. Pasemos por ella y cobremos conciencia. Hagamos más lúcida nuestra contienda. Este es el signo para reencarnar el espíritu de Bolívar. Para cerrar estas páginas, nada mejor que citar las palabras de *Venezuela Heroica*:

Bolívar absorbió todo el aliento de la gran revolución americana, y en él se concentró toda la vida de un pueblo defraudado en sus derechos.

En medio del caos de una sangrienta lucha, tuvo que crearlo todo, y luchar contra todo lo creado. Para alcanzar el fin de sus nobles propósitos no hubo poder humano, ni fuerza superior a detenerlo. ¡Y cuántos sacrificios con su larga carrera no tuvo que aceptar! ¡Y cuán ruda fatiga no tuvo que vencer! ¡En medio a tanto esfuerzo, ora vencido o vencedor, no descansa jamás! Entregar a la patria alma, cuerpo, fortuna, reposo, sangre, vida; no abatirse un instante; no desmayar un solo día; no abrigar una duda en su fe inquebrantable; ver impasible cebarse la desgracia en su obra de gigante, y quedar reducido a una sola energía, a un solo entusiasmo, a su fe sola.

Ver morir sus esfuerzos sin perder la esperanza, y comenzar de nuevo su labor de titán sobre las ruinas del más supremo esfuerzo; errar y, por las huellas del desastre, lanzarse a conquistar lo que no le fue dado sostener; perseverar sin tregua; alcanzar la cima al grito de victoria y caer al abismo sin flaquear su energía. Solo, contra los elementos, las preocupaciones y los hombres; blanco de todas las intrigas, de todas las acechanzas, de todos los furores.

Vencer los suyos con las armas, la persuasión o la política, para acometer seguidamente a un enemigo siempre resuelto, compacto y numeroso. No rehuir jamás un sacrificio; aceptar el peso de todas las responsabilidades; vencer su cuerpo, sus dolores, las flaquezas del ánimo, las delicadezas del corazón, las tempestades del espíritu. Sofocar la propia sensibilidad en los momentos en que perdonar casi era delinquir. Ser generoso y parecer avaro. Ser magnánimo y ostentarse cruel. Enfrentarse a lo viejo arraigado por la costumbre o la preocupación y pretender aniquilar hasta los fundamentos del vetusto edificio colonial, sin más apoyo que el de la inquieta rivalidad del mayor número de sus propios tenientes, sin exasperarse ni retroceder ante la magnitud de la empresa, prueba de fuerza sobrehumana, la energía sin ejemplo de aquel genio inmortal.

Sin faltar a la verdad, Bolívar pudo siempre decir: *yo soy la revolución; en mí se encarna la República*.<sup>126</sup>

¡Reencarnemos nosotros a Bolívar!

Leyendo estas páginas, José Martí, el mártir cubano, escribió que “cuando se deja este libro en la mano, parece que se ha ganado una batalla. Se está al menos dispuesto a ganarla —y a perdonar después a los vencidos”.<sup>127</sup> ¡Ojalá las nuestras pudieran haberla ganado, joven lector! Porque, como el propio Martí dice: “De ver los tamaños de los hombres, nos entran deseos irresistibles de imitarlos”.

En él no cupo duda. Los imitó y entregó su vida al sacrificio. ¡Imitémoslo también nosotros!

---

[126]\_ Eduardo Blanco. *Venezuela Heroica*. *Op. cit.* pp. 106-107. Resaltado nuestro.

[127]\_ *Ibidem*. pp. 5 y 6 respectivamente. Prólogo. Destacado nuestro.



## Conclusión

### Lo sustancial del mensaje transitado

Nos compete ahora resumir algunas conclusiones que se desprenden de todo el recorrido. El lector ya las siente y comprende. Nuestro esfuerzo es meramente sintético y, si se quiere, recordatorio. Comenzamos haciendo un llamamiento al pasado para sorber la sustancia de nuestra historia. El proceso atravesó los paisajes de la patria, en forma fugaz pero sostenida. Lo importante es mantener la continuidad del hilo histórico. Hemos tratado de figurar el presente con sus perfiles fundamentales. Tratamos de contribuir con esa exigencia actual de asimilar conscientemente de dónde venimos y dónde nos encontramos. Pero el futuro también ha quedado dibujado. Este es el cometido de estas últimas páginas.

Lo fundamental ha sido nuestra intención de llamar al combate, de salir de la postración, de ponernos en movimiento. Basta una pizca de sensibilidad removida en el corazón honesto para darnos por satisfechos en nuestro objetivo. Hay dificultades, diferencias, problemas, abismos..., pero subyace una y la misma voluntad de combatir. No se trata de enredar ideológicamente a nadie, que mantenga su propio credo social y político. Al contrario, se trata de estimular su horizonte específico en el marco de esta tarea común y grandiosa de todo el país nacional, de todo el país político: luchar, perseverar sin flaquezas, hasta triunfar. Compenetrarnos de esta hermosa idea por encima de todas las

junturas que hoy nos separan. En el camino, bajo el respeto mutuo, iremos enderezando las cargas. Pero todas esas cargas habrán de juntarse en una dirección única, con una estrategia única, en el marco de la lucha multitudinaria de todo nuestro pueblo, contra el enemigo principal: el imperialismo norteamericano y los venezolanos que desde el poder sirven sus intereses. Esta es la lección de la historia que necesitamos asimilar para avanzar. Nuestro mensaje se inscribe en esta perspectiva.

Las siguientes palabras pretenden resumir de la manera más escueta lo sustancial del mensaje transitado.

1. Una es la lucha del pueblo; una, esta exposición. Las secciones han sido obligadas para la comprensión. El movimiento revolucionario sostiene como alternativa de poder el gobierno popular de transición patriótica que no puede ser sino el resultado del actual desarrollo de la revolución socialista. Ello es el producto objetivo e inevitable del análisis de todos los factores sociales e históricos en juego, tanto los internacionales como los nacionales. Se trata de partir de esta realidad para participar activamente en la refriega revolucionaria. En la medida que haya más conciencia de esta incorruptible posición ideológica acrecentará el poder del movimiento revolucionario, facilitando, en cuanto tiempo y sacrificios, el advenimiento de la hora del triunfo de la revolución

2. El resumen histórico, concentrado en la ideología que brotó de la guerra emancipadora en la mente del Libertador, recoge toda la continuidad futura de nuestra contienda. Desde el atraso avanzamos hacia el progreso, en continuas marchas y contramarchas, guerras y revoluciones, traiciones y componendas. A través de la barbarie, la explotación de los humildes, el despotismo de los poderosos y el vasallaje extranjero, la patria sacude su existencia surcada por esas ansias seculares de cultura, justicia, libertad y soberanía. Bolívar simbolizó a la nación en su momento lucido. Reencarnar hoy su espíritu significa llevar hasta el fin la residencia revolucionaria de todo el pueblo, para expulsar de nuestro suelo el pie infamante de los nuevos conquistadores.

3. El país vive toda la carga de la existencia frustrada del pasado. La revolución democrática —iniciada y llevada hasta sus últimas consecuencias por nuestros próceres— ha sido una y mil veces interrumpida, desgarrada, traicionada. Al eslabón férreo de la dictadura militar-reaccionaria, le ha sucedido la dictadura de la democracia reformista. Uno y el mismo despotismo. Una y la misma opresión. Basta ya de contramarchas, defecciones, felonías, compendadas, conciliaciones. La crisis actual de la revolución solo puede ser resuelta en base al quebrantamiento del reformismo neocolonial y toda su ideología carcomida por la entrega y la vacilación. El reformismo seudodemocrático ha mostrado ya su incapacidad para sacar a flote la república. Solo la lucha democrática y patriótica puede hacer realidad los populares ideales de redención ciudadana y de justicia social de la revolución.

4. Pero el objetivo democrático está acompañado con ese peregrinaje nuestro en busca de la nacionalidad, hoy brutalmente mistificada por el neocolonialismo impuesto por las compañías yanquis del petróleo y del hierro, la Embajada y la Misión militar norteamericana. La alta burguesía venezolana se ha transformado en una sucursal de la burguesía financiera yanqui. El partido eje del gobierno se ha transformado en una agencia de delación. El pueblo ha sido traicionado. Solo la lucha tenaz, firme, única y consecuente, contra el imperialismo norteamericano puede arrojar victorias al movimiento revolucionario. Se impone una sola vía: la resistencia revolucionaria de todo el pueblo. Una sola estrategia: la unidad popular y la unidad latinoamericana contra ese enemigo principal. Una sola táctica: la lucha por el derrocamiento de los regímenes capitalistas neocoloniales y su sustitución por gobiernos patriotas, populares y democráticos. Solo así podemos forjar a Venezuela como nación, a Latinoamérica como conjunto de naciones libres. Será una cruenta guerra entre la metrópoli y sus colonias. Como en la época bolivariana, la historia es terca en presentarnos esa única alternativa. Mientras más rápido, mejor. Mientras menos dudas y vacilaciones, mejor. Mientras más empuje, mejor. La suerte está echada. Ha llegado la hora final del imperialismo capitalista

en Latinoamérica. La nación y el pueblo de Venezuela tienen el compromiso histórico de unirse a esta lucha multitudinaria de los pueblos de América. Solo en el cuadro de esta contienda podremos salir airosos en la construcción de nuestro porvenir.

5. La democracia y la nacionalidad no son objetivos por sí mismos. Ellos son los grandes instrumentos de que se vale la lucha emancipadora para hacer realidad los postulados de justicia social. Basta ya de explotación, pobreza, hambre y miseria. Los seculares problemas populares tendrán que ser resueltos de raíz. Para eso es la democracia. Para eso es la conquista de la verdadera nacionalidad. No hay valla que pueda obstaculizar estos objetivos. Las cifras demográficas y económicas son un testimonio irrefutable de la grave situación de padecen las masas populares. El democratismo reformista, a pesar de contar con fabulosos presupuestos, ha mostrado su fracaso rotundo en la solución de estos problemas. Ello evidencia la unidad inexorable de la explotación social, la opresión reformista y el vasallaje neocolonial. Rompiendo por la fuerza de la revolución los diques del neocolonialismo reformista, representado políticamente por el gobierno de turno, podremos conquistar una Venezuela donde reine genuinamente la justicia entre los hombres, única garantía de una existencia verdaderamente libre. Haremos así realidad el ideal bolivariano de la libertad igualitaria.

6. En estos combates los problemas de la cultura y la ideología tienen una importancia de primer orden. Necesitamos desarrollar una lucha ideológica de principios, pero no sectaria, contra las variantes y mistificaciones del pensamiento capitalista neocolonial. Preséntese como se presente, preséntese por quien se presente..., debemos descarnar su médula de traición nacional, reformista, oportunista. Un poderoso frente de la intelectualidad avanzada, patriótica y socialista, diciéndole firmemente no a la doctrina enemiga, constituye, hoy por hoy, una tarea decisiva de las fuerzas revolucionarias. Elevamos nuestra conciencia nacional para estimular el avance de las fuerzas del pueblo, para impedir su engaño, para sacarlo de la postración

y de la servidumbre. Este es el gran objetivo de la intelectualidad patriótica y socialista.

7. La revolución es la partera de la historia. La vía revolucionaria es el camino que las clases oprimidas y explotadas tienen para derrotar a sus opresores y explotadores. De lo contrario, seguirán dominadas y sojuzgadas. La revolución es el único sendero de los pueblos sometidos a las metrópolis colonialistas. De lo contrario, perdurarán en su calvario de vasallaje y opresión. Hoy, como nunca antes, la consecuencia revolucionaria aparece nítidamente como el instrumento inevitable para la liberación de los pueblos, la independencia de nuestras naciones, la emancipación del ciudadano. Esta es eclosión histórica de violencia repercute con energía material y moral en el corazón y el pensamiento de millones de venezolanos y latinoamericanos. En la medida que ella conquiste un palmo de terreno en esos corazones y en esos pensamientos, la revolución dará saltos gigantescos. Y los días del imperialismo yanqui y del capitalismo burgués estarán contados.

8. Del dicho al hecho. Hemos querido sensibilizar la fibra honesta y rebelde de todo ciudadano, de todo venezolano, de todo latinoamericano. Creemos que en parte hemos cumplido. Esa es una contribución a la lucha. Pero cada uno tiene la suya en el ancho campo de la entrega generosa por la patria y la libertad. La juventud venezolana debe arrojarse con toda su fuerza en el vendaval revolucionario sin mirar hacia atrás, sin contemplaciones, sin los resortes retroactivos de los intereses creados. Fragüemos a Venezuela como nación. Hagamos del venezolano un hombre plenamente libre. Arranquemos nuestra personalidad a la historia. Nuestra conducta futura será testigo en este hermoso futuro que amanece, de la conducción triunfante de las banderas libertarias que supo crear en el ejército y en el pueblo nuestro Libertador. Venezuela libre, soberana y democrática será obra del combate encarnado de los venezolanos.



**COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO**

**COMISIÓN PRESIDENCIAL BICENTENARIA DE LA BATALLA Y LA VICTORIA DE CARABOBO**

**PREPrensa e Impresión**

Fundación Imprenta de la Cultura

**ISBN**

978-980-7301-96-1

**DEPÓSITO LEGAL**

DC2021001032

**CARACAS, VENEZUELA, JULIO DE 2021**



La presente edición de  
**REENCARNAR EL ESPÍRITU DE BOLÍVAR. BOLÍVAR Y LA GUERRA REVOLUCIONARIA**  
se realizó  
durante el mes  
de julio de 2021,  
año bicentenario  
de la Batalla de Carabobo  
y de la Independencia  
de Venezuela

La edición  
consta de  
10.000 ejemplares

**EN CARABOBO NACIMOS** “Ayer se ha confirmado con una espléndida victoria el nacimiento político de la República de Colombia”. Con estas palabras Bolívar abre el parte de la Batalla de Carabobo y le anuncia a los países de la época que se ha consumado un hecho que replanteará para siempre lo que acertadamente él denominó “el equilibrio del universo”. Lo que acaba de nacer en esta tierra es mucho más que un nuevo Estado soberano; es una gran nación orientada por el ideal de la “mayor suma de felicidad posible”, de la “igualdad establecida y practicada” y de “moral y luces” para todas y todos; la República sin esclavizadas y esclavizados, sin castas ni reyes. Y es también el triunfo de la unidad nacional: a Carabobo fuimos todas y todos hechos pueblo y cohesionados en una sola fuerza insurgente. Fue, en definitiva, la consumación del proyecto del Libertador, que se consolida como líder supremo y deja atrás la república mantuanista para abrirle paso a la construcción de una realidad distinta. Por eso, cuando a 200 años de Carabobo celebramos a Bolívar y nos celebramos como sus hijas e hijos, estamos afirmando una venezolanidad que nos reúne en el espíritu de unidad nacional, identidad cultural y la unión de Nuestra América.



**Reencarnar el espíritu de Bolívar** Entre los muros de la cárcel, en 1967, escribió Núñez Tenorio este libro. Las circunstancias de la lucha armada lo llevaron a producir una reflexión crítica sobre la guerra revolucionaria. La lectura de la obra de Bolívar y lo hizo ver que era necesario reencarnar su espíritu para tener de una visión de proceso y un criterio estratégico que le dieran sentido programático al combate por el poder. Así, construyó un texto que hace del relato histórico una forma de replanteamiento del presente que aporta un potente recurso: la recuperación de la “teoría bolivariana”; síntesis de acción y pensamiento que ya había probado su valor y pertinencia.

“Nuestra revolución es portadora de un nuevo espíritu histórico para nuestro pueblo que hace volvernos a los períodos heroicos de la Independencia y la Federación”, sostuvo Núñez Tenorio desde entonces. Y a lo largo de los años revisó y actualizó el libro en su empeño por ver cumplida la aspiración de revivir en los hechos el genio de Bolívar, hasta que, en 1988, esto se cumplió: “La situación hoy, en 1998, ha terminado por hacer realidad lo que fue el subtítulo del libro Reencarnar el espíritu de Bolívar. Los sucesos del 4 de febrero de 1992 iniciaron la gesta. La creación del MBR-200 ayer y hoy de su aparato político-electoral: el Movimiento V República (MVR), con la candidatura presidencial del Comandante Hugo Chávez Frías, constituyen la reencarnación del espíritu bolivariano. Una vez más la historia nos muestra el sendero de la victoria.”

## COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO

